

Bianca™

SOLTEROS Y RICOS

A merced del magnate griego

Penny Jordan

Argumento

A Ilios Manos no le interesaba la triste historia de Elizabeth Wareham. ¿Y qué si estaba en la ruina y no tenía ni sitio donde alojarse? Quería que le devolviera su dinero y cumplir su venganza. Marcaría el precio de lo que le debía como mejor le conviniera a él.

Pero cuando Ilios se fijó mejor, percibió la inocencia de Lizzie y supo que no podría arrebatársela a la ligera. Así que escogió la siguiente opción que más le convenía.

¡Estaba dispuesto a ser compasivo.... y convertirla en su esposa!

Prólogo

ILIOS Manos miró hacia la tierra que había pertenecido a su familia durante casi cinco siglos.

Fue allí, en aquel rocoso promontorio que se alzaba sobre el Mar Egeo al noroeste de Grecia, donde Alexandros Manos había construido una copia de una de las creaciones más famosas de Palladio, Villa Emo.

La leyenda de la familia contaba que Alexandros Manos, un rico comerciante griego con su propia flota que comerciaba entre Constantinopla y Venecia, había hecho negocios con la familia Emo y la envidia se había apoderado de él ante la nueva mansión de los Emo. Había copiado en secreto los diseños que Palladio hizo de la villa, llevándoselos a Grecia consigo. Allí mandó construir su propia mansión y le puso el nombre de Villa Manos, declarando sagrados tanto a la casa como a la tierra sobre la que se alzaba. Debían pasar de generación en generación y no podían pertenecer a ningún hombre que no llevara su sangre.

Allí era donde Alexandros Manos había creado lo que era en efecto un feudo personal... un pequeño reino donde él era el monarca absoluto Ilios sabía que aquel promontorio de tierra rodeado por el Mar Egeo por tres partes y con las montañas del norte de Grecia detrás lo había significado todo para su abuelo, y el padre de Ilios había dado su vida para conservarlo... del mismo modo que su abuelo había perdido su riqueza para protegerlo. Pero no había protegido a los hijos que concibió, los había sacrificado para mantener su pacto tanto con el pasado como con el futuro.

Ilios había aprendido mucho de su abuelo. Había aprendido que cuando se carga con la responsabilidad heredada de ser descendiente de Alexandros Manos, uno debe atender al deber por encima de los propios sentimientos...

incluso negarlos si es necesario con tal de asegurarse de que la llama sagrada que suponía el deber de la familia hacia la villa fuera traspasada. La mano que llevaba la antorcha podría resultar mortal, pero la antorcha en sí misma era eterna. Ilios había crecido escuchando las historias de su abuelo respecto a lo que significaba llevar sangre de Alexandros Manos en las venas, y lo que significaba estar preparado para sacrificar cualquier cosa y cualquier persona para asegurarse de que la antorcha era transferida sana y salva.

Ahora era su deber llevarla. Y también le correspondía a él la responsabilidad de hacer lo que su abuelo no había logrado:

devolverle a la familia su fortuna y su grandeza.

Cuando era niño, Ilios le prometió a su abuelo que encontraría la manera de restablecer su grandeza, y su primo Tino se rió de él. Volvió a reírse cuando Ilios le dijo que la única manera de poder pagar sus deudas era si le vendía la mitad de la propiedad que le correspondía por su abuelo.

Ilios miró hacía la construcción que tenía delante, su bello rostro estaba marcado con la historia humana de tantas generaciones de hombres poderosos y obstinados. Parecía tal ada en mármol por las mismas manos que habían esculpido las imágenes de los héroes griegos de la mitología.

Los ojos castaños con reflejos dorados, herencia de la mujer que Alexandros se había traído de las tierras norteñas, estaban clavados en el horizonte.

Tino ya no se reía. Pero estaría planeando su venganza, tal y como había hecho desde que eran niños. Tino siempre había querido lo que tenía su primo pequeño, y no se tomaría aquella humil ación a la ligera. En lo que Tino se refería, ser el hijo del hermano pequeño suponía estar en desventaja... algo por lo que culpaba a Ilios.

Ilios era consciente de la reputación que tenía entre otros hombres por exigir lo imposible de aquéllos que trabajaban para él con el objeto de conseguir algo imposible para aquél os que le pagaban por hacer exactamente eso.

No había magia negra ni artes oscuras, como muchos parecían pensar a juzgar por el modo en que había hecho fortuna en el negocio de la construcción. Sólo había determinación y trabajo duro para lograr el éxito. El negocio de Ilios no estaba manchado con corrupción ni acuerdos dudosos se-llados en oscuras habitaciones, sino con trabajo duro. Conocía su negocio de dentro afuera y de arriba abajo, porque así era como había empezado.

Incluso ahora, ningún encargo llevaba el nombre de Manos Construction hasta que él mismo hubiera repasado hasta el último detalle. El orgullo y el sentido del honor que alimentaban su trabajo, algo que había heredado de su abuelo, se encargaban de ello.

Ilios sabía que el viaje que había hecho desde la pobreza de su infancia hasta la riqueza de la que ahora disfrutaba llenaba de envidia a muchos hombres. Se decía que nadie podía salir de la penuria hasta la fortuna que Ilios poseía y que se contaba en miles de millones siendo honrado. Y sabía que pocos hombres disfrutarían tanto viéndole caer como su propio primo.

El sol del amanecer bañó su perfil por un instante de un oro brillante que recordaba a la máscara del más famoso de todos los

macedonios griegos: Alejandro Magno. Había nacido en aquella zona de Grecia, y según contaba la tradición familiar, había caminado por aquella misma península.

A unos cuantos metros de allí le esperaba uno de sus capataces, y detrás de él estaban los operarios del pesado equipo de construcción.

-¿Qué quiere que haga? —le preguntó el capataz. Ilios observó la construcción que tenía delante con expresión adusta.

-Destrúyelo. Tíralo abajo y nivela el terreno. El capataz parecía impactado, -Pero su primo...

—Mi primo no tiene nada que decir respecto a lo ocurre aquí. Destrúyelo.

El capataz les hizo una seña a los operarios, y mientras las mandíbulas de la pesada maquinaria mordían la construcción, Ilios se giró sobre sus talones y se marchó.

Capítulo 1

ENTONCES, ¿qué vas a hacer? —preguntó Charley ansiosa. Lizzie miró a sus hermanas pequeñas. El familiar deseo de protegerlas a toda costa impulsó su decisión.

—Sólo hay una cosa que puedo hacer —respondió—. Tendré que ir.

—¿Cómo? ¿Vas a volar a Tesalónica?

—Es la única manera.

—Pero no tenemos dinero.

Aquélla era Ruby, de veintidós años, la menor de la familia. Estaba sentada a la mesa de la cocina con sus gemelos de cinco años, a los que se le había permitido una hora extra de televisión para que las hermanas pudieran hablar de los problemas que se cernían sobre ellas.

No, no tenían dinero… y eso era culpa suya, reconoció Lizzie sintiéndose culpable.

Seis años atrás, cuando sus padres murieron ahogados bajo una terrible ola cuando estaban de vacaciones, Lizzie se había prometido que haría todo lo que estuviera en su mano para mantener unida a la familia. Dejó la universidad y empezó a trabajar con una prestigiosa firma de diseño de interiores ubicada en Londres siguiendo su sueño de convertirse en diseñadora. Charley acababa de empezar en la universidad y Ruby había estado esperando para hacer los exámenes de secundaria.

La suya había sido una familia amorosa y unida, y el impacto de perder a sus padres resultó abrumador.... especialmente para Ruby, que en su desesperación buscó amor y consuelo en brazos de un hombre que la abandonó y la dejó embarazada de los adorable gemelos.

Tuvieron que enfrentarse además a otros problemas. Su guapo y maravilloso padre y su encantadora madre, que habían creado para ellas un mundo de felicidad como de cuento de hadas, habían vivido precisamente así, en un cuento de hadas que no tenía nada que ver con la realidad.

La preciosa casa estilo georgiano de Cheshire en la que habían crecido estaba hipotecada prácticamente en su totalidad. Sus padres no tenían un seguro de vida, y sí muchas deudas. Al final no les quedó más alternativa que vender la maravillosa casa familiar para poder pagar las deudas.

Con el boom del mercado inmobiliario y su necesidad de hacer todo lo posible para apoyar y proteger a sus hermanas, Lizzie utilizó

sus pequeños ahorros para montar un negocio por su cuenta en el sur de Manchester. Charley podría seguir con sus estudios en la universidad de Manchester y Ruby podría empezar de cero.

Al principio las cosas fueron bien. Lizzie consiguió contratos para diseñar el interior de varios edificios nuevos, y a través de eso llegaron los encargos de varios propietarios para que les decorara sus hogares. Gracias a esos éxitos, Lizzie tuvo la oportunidad de comprarle una casa mucho más grande a uno de los promotores para los que trabajaba… aunque por supuesto, con una hipoteca mucho mayor. En su momento le pareció que tenía sentido… después de todo, con los gemelos y ellas tres necesitaban sin duda espacio, igual que habían necesitado un coche más grande. Ella lo utilizaba para visitar los sitios en los que trabajaba, y Ruby para llevar a los niños al colegio.

Pero entonces llegaron las restricciones de los créditos, y de la noche a la mañana todo cambió. El mercado inmobiliario se desplomó y, por supuesto, también las comisiones de Lizzie. El dinero que había puesto en una cuenta especial de ahorro no había crecido tanto como esperaba, y las cosas se habían empezado a poner muy negras en el aspecto económico.

En aquel momento, Charley estaba trabajando como jefe de proyectos de una empresa local, y Ruby dijo que podría conseguir un trabajo. Pero sus hermanas no querían que lo hiciera. Querían que los gemelos tuvieran a su madre en casa, igual que ellas de niñas. Y como dijo Lizzie seis meses atrás, cuando las cosas empezaron a ponerse feas, podría trabajar por cuenta ajena.

Además, varios clientes le debían dinero. Se las apañarían.

Pero resultó ser demasiado optimista. No había conseguido trabajo porque las empresas locales no contrataban personal debido a la crisis. Muchos de sus clientes habían cancelado los contratos, y otros todavía le debían grandes cantidades de dinero que sospechaba que nunca cobraría.

De hecho las cosas estaban tan mal, que Lizzie ya había tomado la decisión de ir al supermercado del pueblo a preguntar si podía trabajar allí. Pero entonces llegó la carta, y ahora ellas… o más bien Lizzie estaba más desesperada todavía.

Dos de sus clientes más recientes, para los que había trabajado en muchas ocasiones, le habían pedido que realizara el diseño de los interiores de un pequeño bloque de apartamentos que habían comprado al norte de Grecia. Los apartamentos, situados en un bello promontorio, iban a ser el primer paso de un lujoso y exclusivo complejo vacacional que cuando estuviera terminado incluiría villas,

tres hoteles de cinco estrellas, un puerto, restaurantes y todo lo que aquello conllevaba.

El cliente le había dado carta blanca para amueblarlo todo al estilo del londinense barrio de Notting Hill.

Notting Hil estaba muy lejos de los industrializados Manchester o Cheshire, pero Lizzie supo exactamente lo que sus clientes querían: paredes blancas, baños y cocinas elegantes, brillantes suelos de mármol, muebles de cristal, plantas y flores exóticas...

Lizzie voló para ver los apartamentos con sus clientes, una pareja de mediana edad con la que nunca había llegado a congeniar. Se llevó una desilusión con el diseño arquitectónico de los apartamentos. Esperaba algo creativo e innovador que al mismo tiempo se ajustara a aquel paisaje atemporal, pero lo que vio estaba completamente fuera de lugar. Se trataba de un edificio rectangular de seis pisos de apartamentos tipo dúplex que nada tenía que ver con las viviendas de lujo que ella esperaba.

Pero cuando le expresó sus dudas a sus clientes, sugiriendo que los apartamentos serían difíciles de vender, le aseguraron que se estaba preocupando innecesariamente.

—Mira, el hecho es que conseguimos un precio tan bajo del constructor que no podríamos perder aunque quisiéramos —bromeó Basil Rainhil .

Al menos Lizzie dio por hecho que se trataba de una broma. A veces no era fácil saberlo con Basil.

Venía de una familia con dinero, como su esposa le dijo.

—Nació con una cuchara de plata en la boca, y por supuesto, Basil tiene buen ojo para las inversiones. Es un don, ¿sabes? Viene de familia.

Sólo que ahora el don había desaparecido, dejando una montaña de deudas.

Basil Rainhill le había dicho a Lizzie que, ya que no podía pagarle lo que le debía, iba a entregarle el veinte por ciento del edificio de apartamentos griego.

Lizzie habría preferido que le pagaran el dinero que le debían, pero su abogado le había aconsejado que aceptara, así que se había convertido en socia de la propiedad de unos apartamentos junto con los Rainhil y Tino Manos, el griego que poseía el terreno.

Había hecho lo que pudo con las limitadas posibilidades del edificio de apartamentos, ateniéndose a su norma de buscar muebles lo más cerca posible de donde estaba trabajando, y quedó complacida con el resultado final.

Pero ahora había recibido aquella carta amenazante de un hombre

del que nunca había oído hablar, en la que le insistía para que tomara un vuelo a Tesalónica para reunirse con él. Aseguraba que había: Ciertos asuntos legales y financieros referentes a su sociedad con Basil Rainhill y mi primo Tino Manos que necesitan resolverse en persona.

E incluía las aterradoras y siniestras palabras: Si no responde a esta carta, me veré obligado a poner el asunto en manos de mis abogados para que actúen en mi nombre.

La carta estaba firmada por Ilios Manos.

La convocatoria no podía haber llegado en peor momento, pero el tono de toda la carta resultaba demasiado amenazador como para Lizzie se negara a obedecer.

Por muy poco dispuesta que estuviera a reunirse con él, lo primero para ella eran las necesidades de su familia.

—Si ese griego tiene tantas ganas de verte, al menos podría haberse ofrecido a pagar tu vuelo —gruñó Ruby. Lizzie se sentía muy culpable.

—Todo es culpa mía, Debería haberme dado cuenta de que el mercado inmobiliario era una burbuja que terminaría estallando.

—No debes culparte, Lizzie —trató de consolarla Charley—. ¿Cómo ibas a saber lo que estaba ocurriendo si ni siquiera el gobierno era consciente?

Lizzie forzó una débil sonrisa.

—Si le cuentas al banco por qué necesitas ir a Grecia, tal vez te concedan un crédito —sugirió Ruby esperanzada.

Charley negó con la cabeza.

—Los bancos no conceden créditos en este momento a ninguna empresa, ni siquiera a las que van bien.

Lizzie se mordió el labio. Charley no le estaba reprochando que hubiera fracasado, eso lo sabía, pero se sentía fatal. Sus hermanas se apoyaban en ella. Era la mayor, la sensata. Se jactaba de poder cuidar de ellas… pero era un orgullo falso, construido sobre cimientos endebles, como tantas cosas en aquel terrible clima financiero.

—Entonces, ¿qué va a hacer la pobre Lizzie? Tiene a ese griego amenazándole con llevar las cosas más lejos si no va a reunirse con él, pero, ¿cómo va a hacerlo si no tenemos dinero? —le preguntó Ruby a su hermana mediana.

—Sí tenemos —recordó de pronto Lizzie con sumo alivio—. Tenemos mi dinero del jarrón, y puedo alojarme en uno de los apartamentos.

El «dinero del jarrón» de Lizzie eran las monedas sueltas que siempre dejaba en un decorativo jarrón que había .en la oficina. Dos minutos después, estaban todas mirando en el jarrón, que ahora estaba

sobre la mesa de la cocina.

—¿Crees que habrá suficiente? —preguntó. Ruby dubitativa.

Sólo había una manera de saberlo.

—Ochenta y nueve libras —anunció Lizzie media hora más tarde, cuando hubieron contado el cambio.

—Ochenta y nueve libras y cuatro peniques —la corrigió Charlie.

—¿Será suficiente? —preguntó Ruby.

—Yo haré que sea suficiente —les aseguró Lizzie decidida.

Serviría sin duda para comprar un billete barato, y todavía tenía las llaves de los apartamentos… apartamentos de los que poseía un veinte por ciento. Tenía derecho a quedarse en uno de ellos mientras trataba de salir del lío en que le habían metido los Rainhill.

Cómo caían los poderosos… o mejor dicho, los que no eran tan poderosos, como en su caso, pensó Lizzie cansada. Lo único que ella quería era cuidar de sus hermanas y de sus sobrinos, protegerlos y mantenerlos económicamente a salvo para que no tuvieran que volver a enfrentarse jamás al fantasma de la carencia con el que se habían visto las caras, tras la muerte de sus padres.

Capítulo 2

NO! ¡Aquello era sin duda imposible! El edificio de apartamentos no podía haber desaparecido sin más.

Pero así era.

Lizzie parpadeó y volvió a mirar, deseando desesperadamente estar teniendo visiones. Pero no sirvió de nada. Seguía sin estar ahí.

El bloque de apartamentos había desaparecido.

Donde esperaba encontrar el conocido edificio rectangular, sólo había un terreno allanado y herido con las huellas de maquinaria pesada.

Había sido un viaje largo e incómodo. El taxi que la llevó hasta allí iba conducido a toda máquina por un conductor griego que parecía dispuesto a hacer gala de su machismo al volante, y eso después de un vuelo igual de incómodo en una línea de bajo coste.

Finalmente habían salido de la autopista principal para tomar un camino estrecho, polvoriento y sin terminar que recorría la punta de la península y los apartamentos.

Mientras el taxi se movía de un lado a otro, Lizzie se abrazó para protegerse del incómodo movimiento y se dio cuenta que allí donde antes la carretera se bifurcaba y donde el año pasado había una alambrada de púas bloqueando la entrada, ahora había unas impresionantes puertas de hierro forjado cenadas con candado.

El taxista le dijo que se bajara cuando los surcos del camino se hicieron tan profundos que se negó a salir adelante. Lizzie había insistido en que le diera un precio antes de salir del aeropuerto, consciente del poco dinero que tenía para gastar. Antes de pagarle, le pidió una tarjeta con su número de teléfono para poder llamar a un taxi que la llevara a la ciudad a reunirse con Ilios Manos después de haberse instalado en el apartamento y haber contactado con él.

Lizzie se quedó mirando el suelo donde una vez se alzó el bloque de apartamentos y alzó la cabeza, girándose para mirar hacia el cabo, donde la rala hierba se juntaba con el invernal cielo gris del Egeo. El fresco viento que soplaba desde el mar sabía a sal... ¿o era la sal de sus lágrimas de impotencia y desconcierto?

¿Qué diablos estaba pasando? Basil le había asegurado que el veinte por ciento le daba derecho a la posesión de dos apartamentos, cada uno de ellos valorado en doscientos mil euros, pero el valor potencial que hubieran podido tener había desaparecido junto con el edificio. Era un dinero que no podía permitirse perder.

¿Qué diablos iba a hacer? Tenía menos de cincuenta euros en el

bolsillo, ningún lugar donde quedarse, sin medio de transporte para regresar a la ciudad, sin apartamentos… sin nada. Excepto, por supuesto, la amenaza que implicaba la carta que había recibido. Todavía tenía que enfrentarse a eso… y al hombre que le había lanzado la amenaza.

***

Decir que Ilios Manos no estaba de buen humor era quedarse corto. Y al igual que Zeus, padre de los dioses, Ilios era capaz de hacer temblar el aire que le rodeaba con la amenaza de terribles consecuencias cuando su ira se desataba. Como ahora.

El motivo actual de su furia era su primo Tino. Tras su fallido intento de conseguir dinero de Ilios por vía ilegal utilizando la tierra de su abuelo, ahora había optado por amenazar a Ilios con su derecho a la herencia. Aseguraba que en el testamento de su abuelo quedaba implícito que Ilios debería casarse, ya que la tierra debía pasar de varón a varón de la familia. Por supuesto, Ilios lo sabía, del mismo modo que sabía que a la larga tendría que tener un heredero.

Ilios había tratado de hacer caso omiso a la amenaza de Tino, pero para su ira, sus abogados le habían advertido que sería mejor evitar posibles juicios interminables y costosas batallas judiciales y darle a Tino el dinero que quería.

¿Ceder al chantaje de Tino? Nunca. Ilios apretó los labios con amargura y orgullo.

—Bueno, en ese caso tal vez podrías pensar en buscarte una esposa —le había dicho su abogado.

—¿Para qué, si lo que Tino dice no tiene ni pies ni cabeza? —preguntó Ilios furioso.

—Porque tu primo no tiene nada que perder y tú mucho. Tiempo y dinero para empezar. La batalla legal puede ser larga y compleja.

Una batalla en la que, una vez que se metiera en ella, no podría retirarse a menos que venciera, reconoció Ilios.

Su abogado había sugerido que se tomara un tiempo para revisar la cuestión, confiando tal vez en que Ilios se rindiera y le entregara a Tino el mil ón de euros que quería, una pequeña suma de dinero para un hombre que después de todo era multimillonario. Pero ésa no era la cuestión. La cuestión era que Tino creía que podía conseguir lo que quisiera de él con sólo extender la mano para recibir un dinero que no se había ganado. Ilios no lo permitiría de ninguna manera.

Estaba intentando aplacar su furia arrancando ramas de un viejo olivo enfermo cuando vio a un taxi bajar por el camino rumbo al cabo. El coche se detuvo para dejar a un pasajero antes de dar la vuelta y regresar por donde había venido.

Tocado con el viejo sombrero que tenía impreso el logo de Manos Construction, los brazos desnudos, camiseta blanca y los vaqueros enfundados en unas botas de trabajo, Ilios se acercó hacia la línea de árboles y vio cómo Lizzie miraba hacia el mar con los brazos cruzados sobre el pecho.

Lizzie se dio la vuelta para dirigirse hacia el terreno allanado en el que estuvieron antaño los apartamentos y se quedó paralizada cuando vio a aquel hombre observándola.

-Esto es una propiedad privada.

¡Hablaba inglés! Pero sus palabras eran hostiles y bruscas, lo que llevó a Lizzie a expresarse en los mismos términos.

-Una propiedad privada que en parte me pertenece.

No era estrictamente cierto, por supuesto, pero como socia del bloque de apartamentos, sin duda debía ser dueña de un porcentaje de la tierra sobre la que se había construido, ¿no? Lizzie no estaba al tanto de los detal es de la ley de propiedad griega, pero había algo en la actitud que aquel hombre mostraba hacia ella que le hacía sentir que debía reafirmar sus derechos. En cualquier caso, quedó claro que había hecho lo que no debía. El hombre des-cruzó los brazos, dejando al descubierto las líneas de un torso musculado bajo la camiseta, y se dirigió hacia ella.

—La tierra de los Manos no puede pertenecer más que a los Manos.

Estaba furioso. La dureza de su mirada la arponeó como a una presa indefensa.

Lizzie dio un paso atrás presa del pánico y perdió pie al tropezar con una mata de hierba. Cuando iba a caerse, el hombre extendió los brazos para sujetarla y le agarró los brazos para sostenerla. Su mirada dorada la atravesó con una audacia masculina que la enfureció. La miraba como si... como si fuera realmente un dios de la mitología griega con derecho para tomar y utilizar a mujeres vulnerables de carne y hueso para su placer. El sexo con un hombre así debía ser peligroso para la mujer que se viera atrapada en su hostil abrazo.

Aquella boca con su grueso labio inferior sugería que poseía una cruel sensibilidad.

Lizzie se estremeció, confundida por la inapropiada sensualidad de sus propios pensamientos. Trató de concentrarse en asuntos más prácticos.

El hombre se echó hacia atrás el sombrero y ella pudo ver ahora su oscuro cabello. Lizzie medía un metro sesenta y cinco. Él era mucho más alto, más de uno ochenta, y por supuesto poseía mucha más fuerza. Se dio cuenta de que el esfuerzo de sujetarla apenas supuso que se le movieran ligeramente los poderosos bíceps de los brazos,

pero eso no impidió que tratara de zafarse. El hombre la detuvo con fastidiosa facilidad estrechándola contra sí. Olía a tierra, a trabajo duro y a hombre. Desde algún lugar profundo, donde guardaba sus recuerdos más especiales, Lizzie tuvo la repentina imagen mental de su padre abrazándola en el precioso jardín de su casa de Cheshire. Aquellos habían sido unos años maravil osos, en los que se sintió segura y querida.

Pero aquel hombre no era su padre. ¿Por qué estaba reaccionando así con él? No le interesaba tampoco su sexualidad. No debía interesarle. No debía desear seguir entre sus brazos.

-Suélteme —le exigió con rabia.

Ilios no estaba acostumbrado a que las mujeres le pidieran que las soltara cuando las estaba abrazando. El forcejeo de la mujer provocó que su cuerpo liberara el perfume que se había puesto, delicado y ligero.

En su interior cobró vida algo visceral y desconocido. ¿Deseo? ¿Por una mujer así? Imposible. La soltó bruscamente y se apartó de ella.

-¿Quién es usted? —preguntó Lizzie, tratando de recuperar el equilibrio, tanto el físico como el emocional.

-Ilios Manos —afirmó él con sequedad.

¿Aquel hombre era Ilios Manos? ¿El hombre que le había enviado la carta?

—Ilios Manos, el dueño de esta tierra en la que no tiene usted derecho a estar, señorita Wareham —le dijo Ilios con tono grave.

—¿Cómo sabe quién soy?

-Tiene el nombre escrito en la etiqueta de la maleta —señaló Ilios señalando su equipaje.

—¿Qué ha pasado con los apartamentos?

-Ordené que los tiraran abajo.

—¿Cómo? ¿Por qué? No tenía usted derecho —el asombro de Lizzie alimentó su ira.

-Tenía todo el derecho. Estaban en mi tierra de forma ilegal.

Lizzie hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—Esta tierra le pertenece a mi socio, Tinos Manos, no a usted.

-Mi primo me ha cedido sus derechos sobre esta tierra.

—Pero no puede usted tirar un edificio de apartamentos como si tal cosa. Aparte de todo, dos de ellos eran de mi propiedad.

-Sí —reconoció Ilios—, así es.

Había algo en el modo en que la estaba mirando que hizo que Lizzie se sintiera extremadamente incómoda, como si hubiera caído en alguna especie de trampa.

—Dígame, señorita Wareham, ¿qué clase de codicia lleva a una

persona a ignorar las leyes para hacerse con algo aun sabiendo que es ilegal? —su voz resultaba profundamente cínica y amenazadora.

—No. . no sé de qué está hablando —protestó Lizzie con sinceridad.

—Claro que lo sabe. Era la socia de mi primo, usted misma lo ha dicho. Debería saber que se habían incumplido todas las normas en la construcción, que no se había pagado ni a los trabajadores ni a los contratistas para poder construir los apartamentos al más bajo coste y conseguir el máximo beneficio.

—No, no lo sabía —insistió ella. Pero se dio cuenta de que no la creía.

—¿Tiene idea del daño que ha causado su codicia? ¿El dolor que ha provocado en la gente a la que ha timado? ¿O sencillamente no le importa? Bien, pues mi intención es asegurarme de que le importe, señorita Wareham. Me aseguraré de que pague todo lo que debe.

Ilios estaba más enfadado de lo que recordaba haber estado nunca.

Su primo había tratado sistemáticamente de engañarle y manipularle, y ahora Tino se atrevía incluso a poner en duda la legitimidad de lo que le pertenecía por derecho. Ilios podía sentir cómo todo su cuerpo ardía. Tal vez su primo no estuviera allí para pagar por lo que había hecho, pero su cómplice en el delito, esa mujer inglesa que se atrevía a mentirle sí estaba allí, y se convertiría en el blanco de sus iras, decidió con fiereza.

—¿Todo lo que debo? —objetó Lizzie con el corazón en un puño—. ¿Qué quiere decir? No le debo nada a nadie.

Su insistencia en seguir mintiendo alimentó la decisión de Ilios de hacerle pagar.

El a reunía todo lo que más despreciaba en las de su sexo. Era mentirosa y trataba de encubrir su falta de sinceridad con un aire de pseudoinocencia que se manifestaba en el modo en que iba vestida, sencilla, con unos pantalones vaqueros desgastados, camiseta y chaqueta sencilla. Y en su rostro carente de maquillaje.

Al ver que Ilios no respondía, Lizzie estiró la espalda y repitió con toda la firmeza que pudo:

—No le debo nada a nadie en Grecia, y no entiendo por qué piensa usted que sí.

—No es que lo piense, señorita Wareham, lo sé. .porque la persona a la que le debe dinero es a mí. Lizzie tragó saliva y trató de no entrar en pánico.

—Pero eso es imposible.

Ilios no estaba de humor para dejar que siguiera mintiéndole.

—Me debe dinero, señorita Wareham, debido a su relación con el

edificio de apartamentos construido por mi primo en mi terreno. Además, también está el asunto de los grandes pagos que faltan por hacer a los contratistas locales.

—Eso no es culpa mía. Se suponía que los Rainhil iban a pagarles —se defendió Lizzie.

—El contrato que me ha facilitado mi primo indica claramente que es usted quien debía pagarles.

—No. . eso es imposible —repitió Lizzie.

—Le aseguro que así es.

—Tengo una copia del contrato aquí conmigo, y no dice nada de eso —insistió ella.

—Los contratos pueden cambiarse.

—Y en este caso está claro que así ha sucedido...pero no he sido yo —el rostro de Lizzie tenía una expresión desesperada.

—¿Y puede demostrarlo? —preguntó Ilios Manos, dejando claro que no la creía—. El contrato que yo tengo especifica claramente que es usted la responsable de los pagos. Y luego está la parte proporcional que le corresponde por echar abajo los apartamentos y devolver la tierra a su estado original.

—¿Por echar abajo los apartamentos? —repitió Lizzie—. Pero eso no tiene nada que ver conmigo. Usted fue quien ordenó que los demolieran, me lo ha dicho usted mismo.

Lizzie deseaba desesperadamente sentarse. Estaba cansada, impactada y asustada, pero sabía que no podía mostrar debilidad delante de aquel hombre de rostro adusto que parecía un dios griego, pero hablaba con la crueldad de Hades. Estaba convencida de que él tampoco mostraría nunca ningún síntoma de debilidad. Pero no había dónde sentarse, dónde esconderse para escapar del hombre que la estaba mirando con tanta furia.

—No tuve elección. Aunque hubiera querido conservarlos habría sido imposible dada su falta de seguridad en la construcción. Lo cierto es que eran una trampa mortal. Una trampa mortal en mis tierras bajo la fachada de un edificio construido por mi empresa.

Mientras hablaba, Ilios recordó cómo se había sentido al saber que su primo había intentado utilizar el buen nombre de la empresa que Ilios había levantado literalmente con sus manos, y su ira se intensificó.

Su empresa. Lizzie miró automáticamente el sombrero con el logo. Recordó cómo Basil Rainhil se había reído al decirle que Manos Construction, una reputada empresa, iba a encargarse de la construcción de los apartamentos. En su momento creyó que la risa se debía al buen acuerdo al que había llegado, pero ahora...

—No sé nada sobre cómo se construyeron los apartamentos. De hecho, no entiendo de qué va todo esto. A mí se me contrató para diseñar los interiores, eso es todo.

—Oh, vamos. Señorita Wareham... ¿de verdad espera que me crea eso cuando tengo un contrato que especifica claramente que el pago de sus servicios se hará con el veinte por ciento del edificio de apartamentos?

—Eso fue sólo porque los Rainhil no podían pagarme. Me ofrecieron esa posibilidad.

—No me interesa lo más mínimo cómo llegó a formar parte de la construcción ilegal que mi primo levantó sobre mis tierras, sólo quiero que pague su parte de la demolición y también lo que debe en suministros.

—Se lo está inventando todo —protestó Lizzie.

—¿Me está l amando mentiroso? —Ilios la agarró de los brazos como había hecho antes.

¿Cómo se atrevía a acusarle de mentir? El deseo de castigarla, de obligarla a tragarse su acusación, de besarla hasta que el único sonido que emitiera sus labios fuera un gemido de rendición le atravesó, derribando todas las barreras del comportamiento civilizado y obligándole a controlarse.

Lizzie supo que había dicho lo que no debía. Manos no era un hombre al que pudiera acusársele de mentir. El orgullo le marcó las facciones. Seguía sujetándola, y su contacto le quemó la piel como una pequeña descarga eléctrica. A Lizzie se le levantó el pecho cuando tomó aire en señal de protesta.

Ilios bajó la mirada hacia su cuerpo al instante, y a ella le latió salvajemente el corazón. Todos sus sentidos eran conscientes de su presencia, y deslizó la mirada sobre él como si fuera un imán, clavándose en su torso, en el cuello, en la boca.

Se debatió impotente entre el asombro y el deseo de acercarse más a él. Los senos le ardían bajo la ropa. ¿Cómo podía estar sucediéndole algo así? ¿Cómo podía reaccionar su cuerpo ante Ilios Manos como si... como si le deseara? Debía tratarse de alguna extraña forma de shock, decidió Lizzie cuando la soltó, casi apartándola de sí con un empujón.

—No le estoy llamando mentiroso —afirmó tratando de recuperar el sentido de la realidad—. Sólo digo que creo que ha entendido algunas cosas mal. Y además, ¿por qué no le exige una compensación a su primo en lugar de amenazarme y acosarme a mí? Después de todo, yo sólo poseo el veinte por ciento del bloque de apartamentos. Su primo, según me contaron los Rainhil , es el dueño del terreno y de

la mayoría de los apartamentos y también era responsable del trabajo de construcción. Yo no llegué a conocerle, nunca hablé con él de sus planes de negocio. Me dieron los apartamentos en lugar de recibir un pago por el trabajo que había hecho. Eso es todo.

Ilios sabía que era cierto, pero en aquellos momentos no le venía bien a su malhumor permitirle una ruta de escape... y menos ahora que su primo había acrecentado su furia con sus complots contra él. Ilios quería compensación, venganza... y las obtendría. Odiaba el engaño, y odiaba todavía más que la gente se saliera con la suya cuando engañaba.

—Mi primo no tiene propiedades y está muy endeudado. Los Rainhil , como supongo que ya habrá descubierto usted misma, han desaparecido. Y aunque tal vez posea sólo un veinte por ciento del valor del bloque de apartamentos; el contrato de asociación que firmó especifica que todos los socios son responsables subsidiarios de las deudas de toda la asociación. Eso significa que puedo reclamarle a usted todo el dinero que se debe.

—No, eso no puede ser verdad —protestó Lizzie horrorizada.

Ilios la miró. Ahora había auténtico pánico en su voz. Se dio cuenta de que estaba temblando. Y actuando, se dijo con firmeza. Aquello no era más que una actuación.

—Le aseguro que lo es —afirmó, ignorando su angustia.

—Pero no puedo conseguir tanto dinero —de hecho no podía conseguir nada.

—¿No? Bueno, pues debo decirle que tengo intención de ser ampliamente recompensado, no sólo con el dinero que se me debe, sino también por el laño potencial que podría habérsele hecho a mi negocio. Un negocio para el que he trabajado más duro de lo que alguien como usted, que vive de la ingenuidad de los demás, puede imaginar. Usted tiene su propio negocio.

—Sí —reconoció Lizzie—. Pero está prácticamente en bancarrota.

¿Por qué se lo contaba a él si no se le había dicho ni siquiera a sus hermanas lo mal que estaban las cosas?

Ilios se dio cuenta de que ahora estaba realmente angustiada, pero se negaba a sentir ninguna simpatía. Mostrar simpatía era una señal de debilidad, e Ilios no se permitía ser débil.

—¿Tiene usted alguna propiedad? ¿Una casa, supongo?

—Sí, pero está hipotecada, y de todas maneras la comparto con mis hermanas, una de las cuales tiene dos niños pequeños y depende todavía de mí.

Lizzie no sabía por qué le estaba contando tantas cosas, debía ser por el estado de shock. No iba a permitirse pensar en los últimos

meses de largas noches en las que se quedaba despierta preguntándose cómo iba a proteger a su familia.

—¿Su hermana no tiene un marido que se ocupe de ella y de sus hijos? ¿No tiene usted padres?

—La respuesta a ambas preguntas es no. Aunque no es asunto suyo. No existe modo de que consiga el dinero para pagarle. Lo único que poseo es mi cuerpo…

—¿Y pretende ofrecérmelo como pago?

Lizzie estaba horrorizada.

—¡No! ¡Nunca!

Su espanto enfureció todavía más a Ilios. ¿Estaba sugiriendo que era demasiado buena para él? ¿Moralmente superior? Bien, pues enseguida le haría cambiar de opinión, se prometió con decisión.

—Ahora lo niega, pero esa oferta estaba implícita en la declaración de que su cuerpo es lo único que posee.

Estaba decidido a humil arla. Lizzie lo veía claramente.

—No. Quiero decir, sí… pero no lo he dicho del modo en que lo está usted insinuando. Sólo quise decir que no tengo ningún medio para conseguir el dinero y pagarle.

Ilios ya había tenido bastante. Estaba a punto de estallar. Tendría lo que era suyo. .

de un modo o de otro.

—Muy bien, entonces —comenzó a decir, provocando un gran alivio en Lizzie, que pensó que por fin iba a aceptar que no tenía sentido seguir presionando—. Si su cuerpo es lo único que tiene para pagarme entonces tendré que aceptarlo…. porque le prometo algo; recuperaré lo que se me debe.

Capítulo 3

LIZZIE alzó la cabeza sobre el delicado soporte de su cuello y miró a Ilios sin dar crédito.

—¡No... no puede estar hablando en serio! —protestó.

—Por supuesto que sí —aseguró él.

—No puedo creer que alguien pueda ser tan... cruel e inhumano, tan carente de compasión.

El súbito sonido del teléfono móvil de Lizzie anunciando que tenía un mensaje de texto les distrajo momentáneamente a ambos.

Al ver el modo en que buscaba frenéticamente el teléfono para leer el mensaje, Ilios le dirigió una mirada de frío desprecio.

—Ya veo que está ansiosa por leer el mensaje de su amante, pero...

—Es de mis hermanas —le interrumpió Lizzie distraídamente sin levantar la vista de la pantalla—. Quieren saber si todo va bien.

—Y por supuesto, usted va a responder hablándoles de mi crueldad.

—No —respondió ella—. Si lo hiciera, se preocuparían por mí, y eso es lo último que deseo. Yo soy la mayor. Mi deber es cuidar de ellas y protegerlas, no al revés.

Ilios masticó su respuesta en silencio. No quería ver a aquella mujer como una hermana mayor decidida a proteger a las pequeñas.

—Se está yendo la luz —le dijo haciendo un gesto hacia el horizonte, donde el sol de invierno, oscurecido por unas nubes, estaba empezando a hundirse—. Pronto se hará de noche. Tengo que volver a Tesalónica. Podemos seguir allí con nuestra discusión.

«Por encima de mi cadáver», pensó Lizzie viendo de pronto la oportunidad de poner tierra de por medio entre ellos. Odiaba la idea de salir corriendo en lugar de quedarse y luchar para demostrar su inocencia, pero con un hombre como aquél no se podía discutir.

-Muy bien —accedió volviendo a sacar el teléfono móvil—. Llamaré a un taxi.

Ilios negó con la cabeza.

-Es inútil. No conseguirá ninguno que quiera venir hasta aquí. Además, no es necesario. Puede venir conmigo.

-iNo! Quiero decir, no, gracias. Prefiero ir por mis propios medios —insistió Lizzie.

—Puede dejar a un lado sus remilgos —le dijo Ilios—. Puedo asegurarle que no tengo intención de utilizar mi coche como un motel improvisado. Y además, la ingente cantidad de dinero que me debe

requeriría mucho más en pago que un simple revolcón en la parte de atrás del coche.

Cuando terminó de hablar, Ilios recogió la maleta de Lizzie con gesto veloz, sin darle más opción que asentir con la cabeza en gesto de aceptación a su oferta.

-Por aquí —le dijo él.

Ilios había llegado andando al cabo desde Villa Manos, y sería más fácil volver del mismo modo en lugar de dejar a Lizzie allí mientras iba a buscar el coche. Y además, no se fiaba de que no volviera a engañarle una segunda vez e intentara marcharse sin pagar su deuda.

El camino era estrecho y ascendente. Lizzie se dio cuenta de que Ilios esperaba que ella pasara primero. En otras circunstancias habría disfrutado del paseo bajo el frío aire del atardecer en aquel magnífico entorno. De todas formas, no pudo evitar salir de la senda hacia el extremo del cabo para poder apreciar las extraordinarias vistas.

Ilios observó cómo el viento revoloteaba alrededor del rubio cabello de Lizzie y entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Lizzie había avanzado apenas unos cuantos metros cuando escuchó la orden de Ilios a su espalda.

—No se mueva. Quédese donde está.

Era demasiado pedir renunciar a aquel pequeño placer, así que Lizzie hizo caso omiso, decidida a desafiarle y tener su pequeño momento de rebelión y triunfo aunque tuviera que rendirse ante asuntos más importantes.

Al ver que Lizzie le ignoraba y continuaba subiendo promontorio arriba, Ilios dejó la maleta y corrió tras ella.

Lizzie entendió demasiado tarde la razón de la orden de Ilios. La tierra se estaba moviendo bajo sus pies. La punta del cabo se venía abajo... y ella también. De hecho se estaba precipitando, aunque no hacia el mar lleno de rocas, comprobó aliviada, sino que cayó sobre tierra firme entre los fuertes brazos de Ilios Manos, que la agarró al vuelo y la llevó hacia atrás con una velocidad y una fuerza que los hizo a ambos caer al suelo. Le había salvado la vida.

—¿Está usted loca? ¿Qué diablos pretendía hacer?

—No iba a arrojarme al precipicio, si eso fue lo que pensó —respondió Lizzie—.

Además, no tengo seguro de vida. No tendría ningún sentido que me suicidara.

—Entonces, ¿no tenía pensado montar alguna escena dramática, asegurando que prefiere la muerte antes que el deshonor? —la desafió Ilios— Mejor, porque habría sido una pérdida de tiempo. Ya se ha deshonrado a sí misma con la deuda que ha contraído conmigo.

—Lo único que quería hacer era disfrutar de la vista —se defendió Lizzie—. No sabía que era peligroso. No hay ninguna señal de advertencia.

—No tiene por qué haberlas. Es una propiedad privada, exclusivamente mía, para mi uso y disfrute.

Lizzie seguía en sus brazos, con el peso de su cuerpo clavándola al suelo.

Debería tratar de moverse, lo sabía pero no era capaz. No estaba acostumbrada a sentir algo así por un hombre. No quería sentir algo así por ningún hombre... y menos por Ilios Manos, quien sin duda utilizaría el deseo pe sentía hacia él y lo utilizaría para castigarla. Nunca imaginó que pudiera llegar a desear a un hombre al que apenas conocía. Lizzie trató desesperadamente de ignorar lo que sentía, pero no fue capaz. Era demasiado fuerte.

Ilios sintió cómo el corazón le latía con fuerza bajo su mano, como el batido de las alas de un pájaro atrapado, desesperado por recuperar la libertad. Pero igual que aquella tierra y todo lo que había en ella, Lizzie era suya por un derecho tan milenario que estaba impreso en cada célula de su cuerpo. Era suya. Seguía sosteniéndola, y podía sentir bajo la palma de la mano el suave y cálido montículo de su seno, más redondo y grande de lo que sugería su esbeltez.

Automáticamente, por su propia voluntad, la palma de su mano se cerró sobre su piel, la yema del dedo pulgar se movió con pericia sobre un pezón blando al principio pero que se endureció al instante bajo su contacto. Ilios le cubrió completamente los pechos, acariciándole el pezón, y con la otra mano la atrajo más hacia sí. Su cuerpo se movió para poder colocar un muslo entre las piernas enfundadas en vaqueros de ella.

El mundo tal y como lo había conocido se había vuelto loco, pensó Lizzie. Sus senos se morían por ser acariciados, mientras que la pierna del hombre que sentía entre las suyas la hacía desear apoyarse contra él, moverse contra él, abrirse a todas las deliciosas posibilidades que prometía su presencia.

Aquel hombre era...

¡Aquel hombre era su enemigo!

¿Qué estaba haciendo? Ilios nunca había sentido inclinación por el sexo sin amor, y sin embargo estaba tocando a la mujer que tenía debajo como si estuviera hambriento por sentir su piel, como si el deseo que sentía atravesándole el cuerpo fuera tan fuerte que no tuviera más opción que rendirse a él.

Cuando Lizzie lo empujó, Ilios la soltó, enfurecido consigo mismo por aquel inexplicable e inaceptable deseo, y con ella por ser la

causante.

—No tenía derecho a hacer eso —le dijo Lizzie furiosa, ansiosa por dejar claro que no era ella la que había empezado.

—Eso no es lo que tu cuerpo decía.

Por supuesto, era lógico que supiera lo que estaba sintiendo. Era un hombre con un aura de poder sexual. A Lizzie se le sonrojó el rostro al pensar en cómo la hacía sentirse. Pero no iba a permitir que se aprovechara de ella, no podía permitírselo.

—Puedes pensar lo que quieras —afirmó a la defensiva—. Pero yo sé la verdad.

Por supuesto que sí. Y la verdad es que...

No quería pensar cuál era la verdad, ni en lo que había sentido entre sus brazos.

No quería pensar en otra cosa que no fuera poner tierra de por medio entre Ilios Manos y ella lo más rápidamente posible.

Capítulo 4

ADÓNDE vamos? —preguntó Lizzie insegura cuando hubo recuperado el equilibrio y él estuvo a una distancia prudencial.

—A ninguna gruta en la que pueda encerrarte como a una ninfa griega que tuviera que responder a las necesidades sensuales de algún dios, si eso es lo que estás pensando. Estamos regresando a Villa Manos, que es donde tengo el coche.

—¿Villa Manos? ¿Es ahí donde vives? —quiso saber Lizzie. Después de todo era mucho más seguro hablar de una villa que pensar en los peligrosos efectos que sus previos comentarios habían provocado en ella.

—No. Tengo un apartamento en Tesalónica, en la parte superior del bloque de oficinas de Manos Construction. La villa es muy antigua y necesita reformas. Tino confiaba en que acabaría demoliéndola porque podría suponer un peligro para los constructores del complejo vacacional que pensaba montar aquí... pero estoy seguro de que eso ya lo sabes, porque sois socios.

Casi habían llegado a la cima de la pendiente, y aunque Lizzie estaba sin aliento, se giró para mirarle. Sus ojos grises, normalmente calmados, lanzaban plateados destellos de furia.

-Ya te he dicho que nunca he visto a tu primo, nunca he escuchado sus planes de negocio.

—Planes que incluían manipularme para que le vendiera mi mitad de la tierra de nuestro abuelo cuando me hubiera obligado a destruir el hogar de nuestros ancestros.

Ilios había empezado a subir los últimos metros del camino, así que Lizzie hizo lo mismo, deteniéndose bruscamente cuando vio lo que había debajo, que estaba bañado por los últimos rayos de sol.

Al final de una entrada estrecha y larga, flanqueada por cipreses y rodeada por jardines italianos, ligeramente elevada sobre el terreno como una perla con el Mar Egeo de fondo, se alzaba...

—Villa Emo —anunció Lizzie sin aliento mientras contemplaba fijamente la construcción.

Se giró hacia Ilios para decir sin dar crédito: -Es exactamente igual que Villa Emo... el palacio diseñado por la familia Emo a las afueras de Venecia.

A ambos lados del edificio principal, unas alas se extendían en perfecta simetría, rematadas a ambos extremos con palomares de estilo clásico.

—Es una preciosidad —susurró Lizzie, maravillada con la increíble

simetría del edificio y preguntándose cómo diablos el bello palacio de la familia Emo se había transportado al parecer hasta aquel remoto promontorio de la Macedonia griega.

Algunos dirían que es una bel eza mortífera, porque alguien se empeñó en poseerla y mi abuelo estaba decidido a conservarla, y eso les costó a mi padre y al padre de Tino la vida —su voz estaba completamente cargada de amargura.

Sin esperar a ver si Lizzie le estaba siguiendo, se dirigió directamente por el camino hacia la casa.

El a le siguió al instante sin poder evitar preguntarle cuando estuvo a su altura.

—¿Qué le sucedió a tu padre? —después de todo, ella había perdido a sus padres y sabía lo que se sufría.

—¿Qué le sucedió?

Ilios se detuvo tan de golpe que Lizzie estuvo a punto de caerse encima de él.

Consiguió evitarlo poniéndole la mano en el antebrazo para estabilizarse. La apartó rápidamente por su propio bien en cuando sintió aquella familiar oleada de deseo sensual que le producía el contacto físico con él.

¿Cómo era posible que aquel hombre consiguiera lo que ningún otro había logrado sin hacer nada en realidad para despertar su deseo? Lizzie no lo sabía, ni tampoco quería saberlo.

Ilios había vuelto a hablar, y ella se esforzó por concentrarse en lo que estaba diciendo y no en lo que ella sentía.

—La junta militar consideró en aquel momento que, dado que mi abuelo no quería venderle la villa a uno de sus miembros, debería verse obligado a escoger entre la villa y la vida de sus hijos. Juzgaron mal a mi abuelo, me temo. Escogió la villa.

—¿Antes que a sus hijos? —Lizzie no pudo disimular su horror— ¿Cómo pudo hacer algo así?

Ahora habían llegado a los jardines y estaban tomando un camino que los bordeaba, pero Lizzie no se sintió decepcionada por no poder verlos con más detalle. Estaba demasiado abatida con lo que Ilios le estaba contando.

—No tenía otra opción —afirmó él cuando salieron de las sombras de un camino flanqueado por árboles para entrar en al patio de gravilla donde había dejado su coche.

—Entonces, ¿qué le pasó a tu padre? -Lizzie tenía que hacerle la pregunta.

-Le dispararon. A ambos. Pero no al mismo tiempo. Al padre de Tino, que era el más pequeño de los dos, le dejaron libre al principio.

Al parecer había convencido a la junta militar de que, si le dejaban libre, podría persuadir a su padre para que cambiara de opinión. Pero no lo consiguió. La única diferencia estribó en que a mi padre le fusilaron, mientras que a mi tío le dispararon por la espalda cuando trataba de escapar.

Lizzie no pudo evitar estremecerse.

-Qué horror. . tu pobre madre.

-Dudo que le importara mucho. Mi padre y ella sólo estuvieron casados unos cuantos meses, fue un matrimonio de conveniencia para concebir un heredero.

Cuando me tuvo a mí, la Junta había sido derrocada.

Lizzie estaba abatida.

—Entonces, ¿nunca conociste a tu padre?

—No.

—¿Y tu madre?

—Volvió a casarse con un primo del que ya estaba enamorada. A mí me mandó a vivir con mi abuelo.

—¿Renunció a ti?

La compasión había ido creciendo dentro de ella a cada seca respuesta de Ilios. Sus hermanas y ella habían recibido tanto amor de sus padres, habían disfrutado de una infancia tan feliz, que Lizzie no pudo evitar sentir el contraste entre su niñez y la que debió tener Ilios.

—El a consideraba que ya había cumplido con su deber al casarse con mi padre y tener un hijo, y por lo tanto se merecía seguir los dictados de su corazón, en el que yo no tenía cabida.

-¿Dónde está ahora? ¿La ves?

—El a y su segundo marido murieron durante una terrible tempestad cuando estaban navegando.

Lizzie podía comprender que una persona quisiera conservar una casa tan bonita para su familia... pero no a costa de la vida de sus propios hijos. ¿Cómo podía un hombre sacrificar a sus propios hijos como hizo el abuelo de Ilios?

-Villa Manos no es sólo una herencia, es un legado sagrado —le dijo Ilios con frialdad, sin duda adivinando lo que estaba pensando—. Se dice que mientras permanezca en poder de la familia, los Manos sobrevivirán y prosperarán, pero si la familia la pierde se perderá nuestra línea dinástica y nos convertiremos en polvo. Los Manos que poseen la llave de Villa Manos tienen la responsabilidad de que haya alguien a quien transmitirle esa llave. Como él es el mayor de nosotros dos, mi primo creció creyendo, igual que yo, que nuestro abuelo le entregaría la llave a él.

—¿Y por qué no lo hizo? —Lizzie no pudo resistir la tentación de

preguntar.

-Yo salí al mundo y me gané la vida mientras que Tino prefirió vivir de lo poco que le quedaba todavía a, nuestro abuelo. Al final el abuelo decidió que nuestro futuro estaría más a salvo en mis manos. Dividió la tierra entre los dos, pero me dejó la casa a mí.

Era una tragedia griega en muchos sentidos, pensó Lizzie mientras Ilios se dirigía hacia su coche, que parecía muy caro. Lizzie se fijó en que era un Bentley. Le abrió la puerta del copiloto. Lizzie sabía que no tenía más opción que entrar, pero de todas maneras vaciló.

Al final fue la compasión hacia el niño que fue y la conciencia del poder que ejercía sobre ella lo que la llevaron a sentarse en el lujoso asiento de cuero. Ilios guardó la maleta en el maletero antes de colocarse tras el volante y arrancar el motor.

Qué herencia tan terrible había recibido, pensó Lizzie con tristeza mientras enfilaban por el camino lleno de baches. El día de marzo se había convertido en noche cuando llegaron a la carretera principal que los llevaría a Tesalónica. Había sido un día muy largo para Lizzie, que se había levantado a las cinco de la mañana para tomar el vuelo, y a la ansiedad que había soportado se le unía ahora el cansancio. Combinado con el reconfortante ronroneo del coche, aquello le llevó a cerrar los ojos, pero trató de evitarlo. No se sentía cómoda durmiéndose en su presencia.

Finalmente, no pudo evitar que se le cerraran los párpados y apoyó la cabeza contra el cabecero de cuero, con el rostro girado hacia el hombre que ahora estaba al mando de su vida.

Ilios la observó. Era de una belleza clásica. La lealtad demostrada hacia su familia igualaba a la que solían tener los griegos. Reconoció que era la clase de mujer con la que un hombre se casaría en lugar de acostarse con ella por una momentánea satisfacción sexual.

Ilios suspiró al darse cuenta de hacia dónde le estaban llevando sus pensamientos.

El coche tropezó en un surco de la carretera, despertando a Lizzie. Se incorporó en el asiento y frunció el ceño cuando consultó el reloj y se dio cuenta de la hora que era.

—Perdóname, tengo que enviar un mensaje de texto —le dijo a Ilios sacando el teléfono.

-¿A tu amante? —la retó él.

-¡No! No tengo ningún amante —negó Lizzie al instante.

Ilios alzó sus oscuras cejas.

—Es perfectamente natural que una mujer de tu edad tenga un hombre en su vida y en su cama. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Dudo mucho que todavía seas virgen.

—Por supuesto que no lo soy. Y tengo veintisiete —le dijo Lizzie.

Por supuesto que no lo era. Pero su última relación sexual, o mejor dicho la única, tuvo lugar cuando estuvo en la universidad. Y sucedió porque era lo que tocaba, no porque ella y el chico en cuestión tuvieran pensado pasar el resto de sus vidas juntos.

Las cosas fueron distintas entonces. Era joven y la vida resultaba divertida. La diversión desapareció de su vida con la pérdida de sus padres.

—Pero sencillamente, tengo cosas más importantes en las que pensar aparte de los hombres.

-¿Por ejemplo?

—La familia... mis hermanas y mis sobrinos. De hecho es a los niños a quienes tengo que enviarles el mensaje. Les prometí que lo haría porque no estaré allí para leerles un cuento por la noche —la emoción hizo que le temblara la voz—. Mi familia es mucho más importante de lo que lo será nunca ningún hombre.

Dependen de mí, y no puedo decepcionarles. Me importa mucho más que cualquier... fugaz placer sexual.

Ilios quiso rechazar automáticamente aquello, negar la emoción de la voz de Lizzie cuando hablaba de su familia. No había lugar para aquella clase de sentimiento en su vida ni en sus planes futuros. Ni lo habría nunca.

—Si tu única experiencia con el placer sexual ha sido fugaz, entonces no me sorprende que no te importe renunciar a él —le dijo fríamente a Lizzie—. Un buen amante convierte en asunto suyo asegurarse de que el placer de su compañera dure tanto como ella desee.

—Eso es muy fácil decirlo —respondió Lizzie haciendo un esfuerzo por parecer tan despreocupada como Ilios.

Lo cierto era que su comentario estaba provocando un efecto intenso y no deseado en ella. La llevaba a hacerse preguntas sobre sí misma que sabía que no podía responder. Preguntas como ¿qué se sentiría al ser la amante de Ilios Manos?

—Y yo te aseguro que es algo muy fácil de hacer cuando uno sabe cómo.

El comentario de Ilios le provocó a Lizzie un suave gemido. Por supuesto, Ilios Manos sería un amante experimentado. Por supuesto que sabría perfectamente cómo complacer a su compañera... aunque fuera alguien tan inexperto como ella. Ahora se sentía como flotando, arrastrada por una marea de peligrosas sensaciones, deseos y... cielos, sí, también imágenes de dos cuerpos desnudos sensualmente abrazados, uno el suyo y otro el de Ilios.

Lizzie entró en pánico. No podía permitirse aquel tipo de autoindulgencia. Era demasiado peligroso.

Lizzie se concentró en enviar un mensaje a los gemelos, añadiendo unas cuantas palabras para sus hermanas, diciéndoles que seguía en negociaciones por el tema de la carta y que se volvería a poner en contacto en cuanto tuviera algo concreto que contarles.

-Supongo que tus hermanas están al tanto del propósito de tu viaje a Grecia —le comentó Ilios.

—Sí —reconoció ella—. Vieron tu carta. Estoy segura de que podremos encontrar una manera sensata de arreglar esto.

-¿Qué quieres decir? —preguntó Ilios.

-Tal vez pueda trabajar para ti como diseñadora de interiores.

—Los proyectos en los que estoy implicado son edificios a gran escala: colegios, oficinas, edificios corporativos, ese tipo de construcciones. Sin embargo —Ilios se detuvo, girándose para mirarla en la sombría oscuridad del coche—, hay una alternativa con la que podrías pagar la deuda que me debes.

Lizzie se humedeció los labios súbitamente resecos con la punta de la lengua antes de preguntarle con voz ronca: -¿De qué se trata?

El Bentley volvió a adquirir velocidad cuando

Ilios adelantó al coche que tenían delante. El hecho de que tardara en contestarle aumentó la tensión de Lizzie.

Pareció que había transcurrido un siglo antes de que Ilios se girara hacia ella.

—De matrimonio —le dijo.

Capítulo 5

MATRIMONIO? —preguntó Lizzie con voz quebrada, pensando que debía haberle entendido mal.

—Según mis abogados, necesito una esposa —le informó Ilios con sequedad—. Y como dices que no puedes pagarme en efectivo y yo no estoy interesado en ese tipo de mujeres que comparten su cuerpo con cualquier hombre que tenga dinero, he decidido que ésta es la mejor manera de que yo recupere lo que he perdido y me cobre.

Lizzie sintió como si tuviera pegamento en el cerebro, cercenando su capacidad de pensar. Las únicas palabras que lograba enlazar eran Ilios Manos, matrimonio y peligro… todo ello escrito en brillante tinta roja.

—No —le dijo a Ilios con voz temblorosa antes que hacer lo impensable y decirle que sí.

Fueran cuales fueran las razones por las que Ilios quería casarse con ella, no se debía desde luego a que la deseara, y más le valía no olvidarlo, se dijo Lizzie Un «no» categórico no era la respuesta que Ilios deseaba, ni tampoco la que esperaba. Conocía al menos a una docena de mujeres que se habrían puesto locas de alegría ante la idea de convertirse en su esposa, y eso sin contar con el hecho de que Lizzie Wareham no estaba en posición de atreverse a negarle nada. ¿No era consciente de la posición en la que se encontraba? Una posición en la que él tenía todas las de ganar. Y tal vez había llegado el momento de que se lo dejara muy claro.

—¿No? —la retó con frialdad—. Eso me imaginaba. Todo lo que me has dicho sobre tu deseo de proteger a tus hermanas, a tu familia, no es más que una mentira.

Ilios se detuvo un instante. Era un hombre de acción y de fuerte determinación, y no perdía el tiempo analizando sus decisiones una vez tomadas. Había decidido que Lizzie sería su esposa. También odiaba perder. Una vez tomada una decisión, se aferraba a ella por muchos obstáculos que hubiera en el camino. Los obstáculos podían superarse. Sólo hacía falta encontrar la manera de hacerlo, con rapidez y eficacia. Ilios creía conocer la manera perfecta para retirar aquel obstáculo en concreto.

—Antes de que te dieras tanta prisa en rechazarme, estaba a punto de decir que también estoy dispuesto a pagarte una gratificación de cien mil libras para que te comportes en público durante nuestra obligada relación como lo harías si fuera real. En otras palabras, espero de ti que cumplas el papel de prometida y después el de mi

esposa.

¿Una gratificación? Se estaba refiriendo a un chantaje, reconoció Lizzie sintiéndose enferma tanto por saber que no podía permitirse negarse como por lo que sentía ante la idea de casarse con él.

—Esperas que me comporte como si estuviera enamorada de ti —especificó Lizzie, decidida a no mostrar delante de él lo humil ada que se sentía.

Pero una persona valiente no se daría la vuelta y huiría de sus propios miedos, se dijo. Además, ¿cómo iba a rechazar el dinero que estaba dispuesto a ofrecerle cuando sabía lo que eso significaría para su casa? Cubriría la hipoteca, por un lado, y dejaría casi diez mil libras para los demás gastos.

Significaría que se estaría vendiendo literalmente a él, a un hombre que ya la afectaba como ningún otro en toda su vida. Pero tenía que aceptar su oferta por el bien de su familia. ¿Cómo iba a vivir consigo misma si no lo hacía?

—Que te comportes como si nuestra relación fuera verdadera —le dijo Ilios—. Muy bien, entonces —continuó al ver que Lizzie permanecía cal ada—. Si prefieres que tu familia se quede sin techo...

¿Cómo podía ser tan estúpida como para atreverse a rechazarle?, pensó él.

¿Qué esperaba? ¿Que se convirtiera en una especie de cabal ero andante que la librara generosamente de cualquier clase de pago? Ya era hora de que creciera y supiera que los cabal eros andantes no existían. La única manera de escapar de las cargas de la vida era afrontándolas. Sin duda esperaba que sintiera lástima por ella con el cuento de cómo había sufrido su familia. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Quién le había protegido a él cuando lo necesitó? Nadie.

Las dificultades hacían más fuertes a las personas. Lizzie debería saberlo, ya que ella poseía esa fuerza.

Ilios frunció el ceño. ¿Cuándo y por qué había decidido, sin saber casi nada de ella, que Lizzie Wareham era fuerte? La fuerza era algo que él admiraba y respetaba, después de todo. Sobre todo cuando esa fuerza se había ganado a pulso.

—No, por supuesto que no —le dijo Lizzie con firmeza, atormentada por las terroríficas imágenes que sus duras palabras habían conjurado—. Es que no entiendo por qué ibas a querer casarte conmigo.

Aquello era lo peor que podía haber dicho.

—No quiero —le aseguró Ilios, y la miró de tal forma, que el orgullo de Lizzie se hizo trizas—. Son mis abogados los que creen que la mejor manera de proteger lo que me pertenece por derecho de las

codiciosas maquinaciones de mi primo es casarme. Tino necesita dinero. Cree que puede chantajearme para que le entregue ese dinero poniendo en cuestión mi derecho a la herencia de nuestro abuelo. Sabe que yo nunca renunciaré a lo que es un deber sagrado para mí, una obligación para con la historia y para con nuestro apellido y su futuro, así que cree que me rendiré. Pero no lo haré. Asegura que el hecho de que yo haya jurado que nunca me casaría significa que he roto una ley no escrita. Es decir, que Villa Manos debe heredarse por la línea masculina de nuestra familia. Villa Manos y el terreno en el que se asienta son sagrados.

Pertenece a nuestra familia desde hace más de cinco siglos. Son la esencia de nuestro ser. La sangre de los Manos, la sangre de mi padre, se sacrificó por su causa. Haría cualquier cosa con tal de cumplir con mi deber. ¡Cualquier cosa!

Su furia y el orgullo que la acompañaba eran palpables, y Lizzie casi podía sentirlas y saborearlas.

—Tino cree que me ha acorralado —continuó con rabia—, que estaré dispuesto a pagarle con tal de conservar Villa Manos. Mis abogados me han aconsejado que lo mejor que puedo hacer para impedir que Tino l eve a cabo sus planes es casarme.

Después de todo, con el chantaje nunca se termina de pagar. Si me sometiera ahora a él, algo que no tengo intención de hacer, Tino pensaría que me tiene en sus manos.

—¿Por qué no buscas a alguien con quien de verdad quieras casarte? —sugirió Lizzie—. Después de todo, un hombre con tu...

—¿Con mi riqueza? —la interrumpió él—. Ésa es precisamente la razón por la que no estoy casado y por la que nunca pensé hacerlo. Sólo un estúpido se colocaría voluntariamente en una posición en la que una mujer podría disfrutar de su dinero tanto en el matrimonio como fuera de él, cuando ambos descubrieran que ya no se deseaban. La maldición del dinero es que atrae a los tiburones como la sangre fresca. Mi matrimonio contigo será diferente. Ya te habré pagado por llevar mi apellido y mi anillo. Mi primo no tiene agallas para una lucha a largo plazo.

Cuando vea que me he casado, perderá interés, y el matrimonio podrá anularse.

Lizzie se estremeció al escuchar la frialdad de las palabras de Ilios. Antes de la muerte de sus padres, ella era una joven impulsiva que creía que algún día su naturaleza sensual encontraría feliz plenitud al lado de un hombre que fuera su alma gemela. Pero eso fue mucho tiempo atrás. Desde entonces, había dejado la sensualidad y su satisfacción a un lado sin lamentarse.

Sin embargo ahora, en contra de su voluntad, sospechaba que Ilios Manos había vuelto a encender su deseo. Eso la hacía vulnerable ante él. Por su propio bien, debería regresar a Inglaterra y no volver a pensar en él jamás. Por su propio bien.

Pero, ¿y su familia? Por el bien de ellos, necesitaba quedarse y aceptar los términos de lo que Ilios le estaba obligando a hacer.

Como si le hubiera leído el pensamiento, él le dijo sin ninguna amabilidad: —Tienes dos opciones: O aceptas casarte conmigo y al hacerlo les proporcionas a tus hermanas la protección financiera que aseguras es tan importante para ti, o me rechazas y aceptas las consecuencias. Porque te denunciaré para que me pagues lo que me debes. Y te lo advierto, no cometas el error de pensar que no hablo en serio.

¿Dos opciones? En eso se equivocaba, pensó Lizzie. No tenía ninguna opción.

Sin embargo, se las arregló para mantener la cabeza alta mientras le decía: —De acuerdo entonces. Me casaré contigo, aunque parece que hay algo que se ha escapado a tus cálculos —añadió sin poder resistirse.

—¿De qué se trata? —quiso saber Ilios.

—Has dicho que Villa Manos y sus terrenos deben pasar de padre a hijo —le señaló Lizzie.

—Y así será —reconoció él—. Estamos en el siglo veintiuno. Se puede tener un hijo sin que sus padres tengan relaciones aunque estén casados.

—Pero, ¿y el amor? —preguntó Lizzie sin poder evitarlo—. Podrías enamorarte, y entonces...

—Eso no sucederá. No creo en lo que tú llamas «amor». Si una mujer tiene un hijo conmigo, estoy seguro de que en algún momento lo utilizará en su propio beneficio.

La rudeza de su voz le hizo ver a Lizzie que estaba pisando terreno peligroso, que aquél era un tema que despertaba emociones muy fuertes en él, aunque sin duda el propio Ilios negaría que fuera así. Pero no creer en el amor de ninguna clase... Lizzie se estremeció al pensar en una existencia tan fría y estéril.

El amor podía dañar profundamente el corazón humano, pero sin duda también lo protegía como un manto cálido tan esencial como el aire y el agua.

—Cuando l egue el momento —continuó Ilios me aseguraré de ser padre de uno o probablemente dos hijos. Recogerán mi ADN y el de la mujer que proporcionará los óvulos antes de colocarlos en vientre de alquiler. Ninguna de las dos mujeres sabrá quién soy, porque no es

asunto suyo. Mis hijos crecerán conmigo y sabrán que soy su padre.

—Pero nunca conocerán a su madre —Lizzie no puedo disimular su impacto—. ¿No te preocupa cómo pueda afectarles eso?

—No. Porque crecerán sabiendo que fueron hijos deseados… por mí, y sabrán la razón. También serán conscientes de que les he protegido de la explotación de cualquier mujer que quisiera utilizarles para su propio provecho económico.

Estarán demasiado ocupados aprendiendo qué significa ser un Manos para preocuparse de la ausencia en sus visas de una mujer a la que llamar «madre».

Al contrario que la mayoría de los niños, nunca estarán en posición de creer que su madre los quiere por encima de todas las cosas para luego descubrir que no es así.

¿Era aquél a la razón por la que se negaba a creer en el amor?

—¿Fue eso lo que te sucedió a ti? —le preguntó con dulzura, sintiendo de nuevo compasión por el niño que fue a pesar del modo en que se estaba comportando con ella.

La dulzura de la voz de Lizzie le afectó hondamente. Estaba furioso consigo mismo por ser tan vulnerable, y más todavía con ella por haber tocado su fibra más sensible.

—No pierdas el tiempo ni tu compasión tratando de psicoanalizarme. Lo único que quiero es que me pagues la deuda. Nada más y nada menos —le aseguró con frialdad.

Aquello era demasiado para asumirlo, pensó Lizzie. El agotamiento emocional y físico se fue apoderando de ella mientras recorrían los kilómetros, y deseaba cerrar los ojos del mismo modo que su mente buscaba la panacea del sueño para poder escapar durante un rato de la conflictiva situación que tenía por delante. Cerró los ojos.

***

Había conseguido lo que quería, entonces, ¿por qué no experimentaba una inmensa sensación de triunfo?, se preguntó Ilios.

Un sexto sentido que no sabía que poseía le alertó del hecho de que Lizzie se había vuelto a dormir. Al menos convencería en su papel de esposa, y aquél a era exactamente la razón por la que había pensado en aquel modo de hacerle pagar lo que le debía. Había tomado una decisión perfectamente lógica y sensata que dejaba su orgullo en muy buen lugar. Por eso le había ofrecido un dinero extra. No había ninguna otra razón. Por supuesto que no sentía ninguna compasión por la situación de la familia. No era de esa clase de hombres y nunca lo sería. Si Lizzie Wareham era víctima de las circunstancias y no de la codicia, ¿qué le importaba a él? Nada. No tenía por qué cargar con las penas de otros. Su deber era sólo consigo

mismo. Porque estaba solo. Así lo prefería él y así sería siempre.

Ilios pisó el acelerador. La necesidad de concentrarse en la creciente velocidad a la que estaba conduciendo podría servirle como excusa para no centrarse en la mujer que dormía a su lado, aunque no necesitaba ninguna excusa, se dijo a sí mismo. Ni tampoco era asunto suyo que la posición en la que estaba durmiendo le fuera a provocar un dolor de cuello. Pero su pie estaba en el pedal del freno antes de que se diera cuenta. Lizzie abrió lentamente los ojos Un cierto instinto le dijo a Lizzie que algo había cambiado y que tenía que levantarse. Un aroma desconocido y al mismo tiempo familiar y deseado captó sus sentidos, igual que el calor de otro cuerpo pegado al suyo, el contacto de una mano en su piel. Lizzie abrió los ojos lentamente con el corazón golpeándole con fuerza contra la pared del pecho al darse cuenta de que estaba prácticamente tumbada en el asiento delantero del Bentley con Ilios inclinado sobre ella.

Una suave luz iluminaba el interior del coche, marcando la perfección de sus facciones.

Deseaba tocarle, recorrer su rostro con la yema de los dedos como lo haría con una magnífica escultura.

Casi podía sentir la forma de su boca, el labio inferior grueso y sensual, una señal de sensualidad según había leído una vez. Lizzie hizo un esfuerzo por incorporarse, asustada ante la cercanía de Ilios y las imágenes no deseadas que se le dibujaban en la mente.

-Quédate quieta —le ordenó él con sus ojos de un oro oscuro bajo la suave luz del interior del coche.

¿No era el rey griego Midas el que convertía en oro todo lo que tocaba, privándole incluso de las necesarias comida y bebida? Hasta su hijo se convirtió en una estatua de oro cuando le tocó, impidiéndole devolverle su amor. ¿Sería eso lo que le había sucedido a Ilios? ¿Las circunstancias de su nacimiento y la carga de su herencia le habían privado de la habilidad de sentir amor? Y en caso de que así fuera, ¿a ella qué le importaba?

-No hace falta que actúes como una virgen nerviosa. Sólo estaba tratando de ajustarte el asiento para que puedas dormir más cómoda.

-Gracias —murmuró ella forzada.

Cuando Ilios regresó a su asiento, le contestó con voz crispada: —No es necesario que me des las gracias. Después de todo, si te hubieras caído encima de mí, mi seguridad estaría tan comprometida como la tuya.

Por supuesto, pensó Lizzie, no estaba pensando en ella. ¿Por qué iba a hacerlo?

Ilios había percibido cómo se apartaba de él instintivamente. Pero

por supuesto, no le afectaba. En absoluto. Lo último que él deseaba era una relación sexual que complicara todavía más la situación.

Ilios miró hacia la oscuridad que había más allá del coche. Tal vez debería dejar aquello claro. No sólo por su propio orgullo, sino también porque era lo más sensato que podía hacer.

Volvió a encender el motor y le dijo a Lizzie con frialdad: —Tendría que haber dejado claro con anterioridad que nuestro matrimonio será únicamente un acuerdo de negocios. Si estás pensando en añadir dinero a tu gratificación con un incentivo sexual, entonces déjame advertirte que no lo hagas.

Lizzie exhaló el aire con furiosa indignación, pero Ilios siguió hablando con brusquedad.

—No quiero tu cuerpo ni tu pasión. Si te vieras tentada a ofrecerme alguna de las dos cosas o las dos, debes resistirte a la tentación.

Ya estaba, con eso bastaría para dejar clara su posición, pensó Ilios. Sin duda serviría para ahuyentar cualquier posible riesgo futuro de que su cuerpo reaccionara ante su no deseada proximidad.

Sin duda Ilios se había dado cuenta del efecto que provocaba en ella, pensó Lizzie sintiéndose muy desgraciada.

Desafortunadamente, ahora que tenía el asiento reclinado y podría dormirse cómodamente, se sentía demasiado avergonzada para hacerlo. Así que encontró los botones que Ilios había utilizado y volvió a poner recto el respaldo, informándole con la voz más profesional que fue capaz de emitir —Mis hermanas esperan noticias mías. Creo que lo mejor será que les diga simplemente que voy a trabajar para ti como diseñadora de interiores en lugar de contarles lo de nuestro... matrimonio.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo en lo que respecta a mis amigos y conocidos, nuestro matrimonio será obviamente una realidad pública, y por esa razón creo que deberíamos acordar una historia creíble para nuestra relación. Sugiero que digamos simplemente que nos conocimos cuando yo estaba en Inglaterra por trabajo y que nuestra relación ha ido creciendo desde entonces. Lo mantuve más o menos en secreto, por decirlo de alguna manera, hasta que decidí que quería casarme contigo.

—Hasta que los dos decidimos que queríamos casarnos —le corrigió Lizzie con firmeza, negándose a apartar la vista y a romper el contacto visual cuando él le lanzó una mirada arrogante

—Pronto llegaremos a la ciudad —dijo Ilios rompiendo el silencio —. ¿En qué hotel estás?

-Mi intención era alojarme en uno de mis apartamentos —se vio

forzada a reconocer Lizzie.

-¿Quieres decir que no has reservado en ninguna parte? —su tono era crítico e irritado, y la hizo sentir estúpida y poco profesional. Tenía tantas cosas en la cabeza, que se le había olvidado por completo el hecho de que ahora no tenía donde quedarse.

—Déjame en cualquier lugar céntrico y encontraré algún sitio —le pidió.

Lo último que deseaba era que la dejara en algún hotel de cinco estrellas que no podía permitirse.

Ilios contuvo la irritación mientras calculaba mentalmente las posibilidades de que alguien conocido viera a Lizzie y la recordara más adelante si la había registrado en un hotel. Decidió que el riesgo era demasiado alto. A él no le importaba especialmente que su futura esposa no llevara ropa de marca ni joyas caras, pero a la sociedad local le gustaban los cotilleos, y no quería que nadie fuera haciendo preguntas incómodas.

Estaban atravesando una amplia avenida, y pasaron por delante de un espectacular edificio de cristal y mármol, pero antes de que pudiera comentarle nada a Ilios, él giró por el lateral y bajó por una oscura rampa, activando una puerta que se abrió para dejarle paso.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lizzie insegura.

—En el edificio de Manos Construction —le dijo Ilios—. Dadas las circunstancias, creo que es mejor que te quedes en mi apartamento. Hay ciertas formalidades que debo arreglar... y deprisa, para no levantar sospechas en mi primo. Ya que no tienes reservado ningún hotel, lo lógico es que te quedes conmigo.

¿Quedarse con él? A Lizzie se le secó la boca por la ansiedad y la tensión.

—¿No tienes nada que decir?

—¿Qué se supone que debo decir? ¿Gracias?

La voz de Lizzie estaba cargada de desesperación, y las emociones la embargaban cuando inquirió:

—¿Te haces una ligera idea de cómo es mi posición? No saber si puedo pagar o no las facturas, ni de dónde va a salir la comida. No tener a nadie a quien pedirle ayuda.

—Sí. He conocido todas esas cosas y algunas más... muchas más de las que tú puedas imaginar.

Su respuesta cal ó a Lizzie en mitad de la frase, dejándola con la boca entreabierta.

No era intención de Ilios hablar de sus recuerdos más enterrados, pero ahora que había empezado a hacerlo descubrió que le resultaba imposible detenerse.

Sus emociones, la rabia, la amargura y el resentimiento se pelearon entre ellas, surgiendo de su prisión como un torrente de palabras salvajes y furiosas.

—La Segunda Guerra Mundial y todo lo que siguió después destruyó la fortuna de nuestra familia. Lo que quedó se lo llevó la Junta. Yo me marché de casa cuando tenía dieciséis años con la intención de crear mi propia fortuna, como le había prometido a mi abuelo que haría. Pero terminé en Atenas pidiendo limosna a los turistas ricos. Así fue como aprendí a hablar inglés. A partir de ahí conseguí trabajo en la construcción de hoteles. Así fue como aprendí a ganar dinero.

—¿Y fuiste subiendo hasta que conseguiste tener tu propio negocio?

—Se puede decir que sí. Aunque me abrí camino gracias a una temporada que pasé en prisión y unas buenas manos de cartas. Me acusaron falsamente de robar materiales de una obra en la que estaba trabajando. En prisión me di cuenta de que podía ganar dinero jugando a las cartas. Ahorré, y luego volví al negocio de la construcción, y puse en práctica lo que había aprendido.

Sería un enemigo terrible, pensó Lizzie estremeciéndose un poco al escuchar en su voz la dureza que le había hecho ser quien era.

¿Qué le estaba sucediendo?, se preguntó Ilios. ¿Por qué estaba hablando de pronto de cosas que había jurado nunca mencionar delante de nadie? Debía de ser porque quería asegurarse de que Lizzie Wareham no pensara que era la única que había tenido una vida dura.

Satisfecho con su respuesta, Ilios salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a Lizzie.

El a se dio cuenta de que tenía un aspecto impecable, mientras que ella seguramente debía de estar hecha un desastre. Se atusó los vaqueros y trató de hacer lo mismo con el pelo. Ilios fue al maletero a sacar la maleta, cargándola como si no pesara. Lizzie no tuvo necesidad de preguntarse de dónde habrían salido sus músculos. Sin duda de tanto trabajo de construcción en las obras.

—El ascensor está por ahí —le dijo, guiándola hacia la zona de mármol y cristal que había varios metros más allá.

Activó un código marcando unos números y se retiró un tanto hacia atrás para que ella pasara primero al ascensor.

Si no le hubiera hablado de su infancia, Lizzie nunca lo habría adivinado. Poseía las maneras refinadas y la seguridad en sí mismo que se asociaba a las personas nacidas en circunstancias favorables, no a alguien que había subido luchando. Pero Ilios tenía un pasado de dinero, en el sentido de que su familia lo había poseído alguna vez.

¿Habría supuesto eso una dificultad añadida? ¿Se habría apartado de aquellos con los que trabajaba? ¿Se habría sentido alguna vez extraño y solo?

Lizzie trató de imaginarse cómo se sentiría ella si no tuviera hermanas, y luego se recordó que lo último que Ilios quería era simpatía. Era un hombre solo porque quería estar solo. Así se lo había dicho.

El ascensor subió a toda velocidad, subiéndole el estómago a la boca. Nunca le habían gustado los ascensores, y aunque aquél era todo de cristal y muy amplio, ahora estaba sumido en la oscuridad y eso le ponía nerviosa.

El ascensor se detuvo bruscamente y en silencio y las puertas se abrieron a un impresionante pasil o rectangular. Las paredes y el suelo estaban recubiertos de piedra caliza, y una luz oculta iluminaba el espacio, haciendo destacar el par de mesas de piedra caliza a juego que se encontraban a cada lado de las puertas dobles. También había dos bustos de mármol iluminados, uno en cada mesa.

Cuando la vio mirarlos, Ilios le dijo:

—Se supone que Alexandros Manos los trajo de Italia cuando regresó con las copias de los planos del palacio para construir la villa. Si conoces Villa Emo y algo de su historia, entonces sabrás que se dice que la familia Emo tiene ascendencia griega. De ahí la apariencia clásica de la villa.

—Por aquel entonces, al ser un puerto importante, a Venecia iba a parar gente de todas partes del mundo —reconoció Lizzie.

Ilios asintió con la cabeza y luego abrió las puertas, esperando a que ella pasara delante.

Un corredor forrado de mármol negro en un lado y de espejos en el otro se abría a una enorme zona de estar con paredes de cristal que iban del suelo al techo.

Lizzie pudo ver a través de ellos el cielo de la noche, cubierto de estrellas.

Había unos sofás blancos en torno a una moderna chimenea colocada en el centro de la estancia y el suelo era de baldosas negras. Ilios agarró un control remoto, apretó un botón y una de las paredes de cristal negro de la rectangular chimenea se deslizó hacia atrás, dejando al descubierto una enorme pantalla de televisión.

Todo lo que había en la habitación eran piezas de diseño y de coleccionista.

Lizzie pudo ponerle nombre al instante a la prestigiosa firma de decoración de interiores que se había ocupado del espacio, e incluso al diseñador que había encabezado el equipo.

—Walt Eickehoven —dijo en alto sin pensárselo. Ilios se dio la vuelta.

—¿Lo conoces?

—No, pero conozco su estilo —respondió ella—. Esos sofás son inconfundiblemente suyos. He oído que tiene una lista de espera de clientes de meses e incluso de años.

Ilios se encogió de hombros.

—Las colas pueden saltarse. Te enseñaré la suite de invitados y luego necesitarás comer algo. Pediré que te lo preparen. ¿Te gusta la moussaka? Si es así, podemos comer dentro de media hora.

Lizzie asintió con la cabeza. Tenía hambre, pero también estaba cansada.

—Es por aquí —le indicó Ilios.

La guió por otro corredor sin ventanas de mármol y espejos, este con unos nichos excavados, cada uno de los cuales contenía una pieza de arte cuidadosamente iluminada.

El apartamento era una pieza de arte en sí mismo, reconoció Lizzie, pero el corazón se le encogió al pensar en algo. ¿Cómo iban a criarse allí los dos hijos sin madre que Ilios Manos pensaba tener? Ni siquiera ella misma estaba segura de querer vivir en una atmósfera tan esterilizada e impoluta, aunque como profesional apreciaba el impresionante trabajo de diseño.

Ilios se había detenido ante una de las puertas del corredor que le estaba señalando.

—Creo que dentro encontrarás todo lo que necesitas.

Lizzie volvió a asentir y abrió la puerta. Cuando la hubo cerrado, supo que Ilios se había ido, no sólo porque le había visto marcharse, sino porque de alguna forma lo había sentido. El aire que la rodeaba y la reacción de su propio cuerpo le hicieron saber que ya no estaba allí. Frunció el ceño. Resultaba comprensible encontrar a Ilios Manos sexualmente atractivo, y trató de acal ar el creciente pánico que crecía en su interior al pensar en cómo iba a vivir tan cerca de él.

Sin duda un hombre tan espectacular provocaría el mismo efecto en la mayoría de las mujeres. Pero ella no era como la mayoría de las mujeres, y le asustaba tremendamente su propia vulnerabilidad. Descubrir que provocaba semejante impacto en sus sentidos, que incluso su piel registraba su presencia o su ausencia suponía un grave peligro, pensó.

En lugar de centrarse en el efecto que Ilios ejercía sobre ella, Lizzie se dijo a sí misma que debía tratar de concentrarse en lo que la rodeaba. Como diseñadora, podría aprender algo cuando su presente encierro forzado hubiera terminado por fin.

La suite de invitados, por ejemplo, era exactamente eso… un lujoso espacio abierto con aspecto de boutique de hotel que contaba con una zona de dormitorio con cama de matrimonio y una zona de estar amueblada con sofás, mesas y un escritorio. Al igual que el salón, la suite de invitados también tenía una pared de cristal del suelo al techo, pero ésta daba a un jardín, que se encontraba en la azotea del edificio. Una luz cuidadosamente colocada revelaba una vista en perspectiva de las ruinas de un pequeño templo griego que daba a un jardín y a la piscina. A lo largo de la piscina discurría una columnata cubierta con plantas trepadoras que llevaba a una gruta de las que les gustaban a los diseñadores italianos del Renacimiento.

Lizzie no quiso ni pensar en los millones que debía costar aquel apartamento.

Profesionalmente estaba maravillada. Aquel tipo de encargo estaba tan alejado de sus aspiraciones, que el único momento en el que podría verlo normalmente sería en las páginas de una revista. Pero como mujer que compartía casa con dos hermanas y dos gemelos de cinco años, aquel espacio frío y pulcro le resultaba casi repulsivo. La hacía sentir como si la presencia del ser humano estropeara su esterilizada perfección.

Ilios le había entregado la maleta antes de irse, y por supuesto, resultaba ridículamente fuera de lugar.

Media hora, le había dicho. Eso significaba que tenía que escoger entre ducharse y arreglarse o enviarles un mensaje a sus hermanas. No había opción en realidad. Lizzie sonrió para sus adentros mientras se dirigía a las puertas dobles que había a un lado de la gigantesca cama situada al nivel del suelo, inmaculadamente vestida de lino blanco y gris combinado con el gris del suelo de cerámica.

Al otro lado de las puertas dobles había un vestidor con suficiente espacio como para acoger el guardarropa entero de toda su familia, y después estaba el cuarto de baño, que tenía baño y ducha y un lavabo separado. Por primera vez desde que entró en el apartamento, Lizzie se dio cuenta de que estaba en una habitación que combinaba el diseño moderno con una exquisita sensualidad.

Para empezar, en el baño también había una pared de vidrio, lo que permitía estar en la ducha o tumbado en la enorme bañera de piedra y poder mirar al jardín. El suelo y la pared estaban cubiertos de baldosas de piedra caliza.

Tras dirigirle una mirada de tristeza a la ducha, Lizzie se lavó las manos y la cara y regresó al dormitorio, hundiéndose en el sofá blanco mientras enviaba un mensaje a su familia para contarles la buena noticia de su encargo para trabajar con el dueño de Manos

Construction.

Una vez hecho eso, sólo le quedó el tiempo justo para peinarse y pintarse los labios antes de consultar el reloj y ver que era la hora.

Cuando volvió a la zona de estar, sospechó, a juzgar por el modo en que Ilios frunció el ceño que esperaba que se hubiera cambiado de ropa. Sin duda estaba acostumbrado a que las mujeres se esforzaran por impresionarle, pero aunque hubiera tenido tiempo para cambiarse, pensó Lizzie, no habría podido impresionarle porque lo único que podía haberse puesto era otra camiseta.

Ilios no mostraba la tendencia que cabría esperar en un hombre que se había hecho a sí mismo. Aunque no le cabía duda de que tanto la ropa como el reloj que llevaba puestos costaban mucho dinero, eran lo opuesto a la ostentación.

Habían servido la comida mientras ella estaba en la suite de invitados. Se trataba de un sencillo plato de moussaka. Estaba absolutamente delicioso, admitió Lizzie cuando se hubieron sentado el uno frente al otro en la pulida mesa de cristal oscuro. Y también el vino que Ilios había servido.

Había sido la necesidad lo que le llevó a decidir que Lizzie pagara la deuda que tenía contraída con él convirtiéndose en su esposa. No tenía ningún interés personal en ella, se recordó Ilios mientras la veía disfrutar de la comida sin importarle lo más mínimo que siguiera vestida con aquella ropa que no acentuaba su figura y que no estaba diseñada para alimentar el deseo masculino. Entonces, ¿por qué le irritaba de forma tan irracional que no hubiera hecho el más mínimo intento de atraer su atención? ¿De verdad era un hombre tan estereotipado? ¿O se debía a que, aunque Lizzie no quisiera atraerle, él se sentía atraído hacia ella?

Si así fuera, entonces probablemente se debía al hecho de que hacía tiempo que no compartía cama con alguna mujer. Había puesto fin a su última relación cuando su amante comenzó a tratar de presionarle para que se casaran. De eso hacía más de un año.

—Vas a necesitar un nuevo vestuario para poder aparecer en público como mi prometida o como mi esposa —le informó.

—Tengo ropa de sobra en mi casa. Puedo pedirles a mis hermanas que me envíen algo.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Ahora mismo estás vestida como si fueras un ama de casa cuya única preocupación fuera cuidar de su familia: Vaqueros, chaqueta, mocasines... una mujer que no busca atraer la atención de los hombres, y que tal vez incluso la rechace —hizo un gesto

despectivo con la mano que hirió el orgullo femenino de Lizzie.

-No todas las mujeres son tan inseguras que necesiten anunciar su sensualidad al mundo entero. Algunas preferimos mantener ese aspecto de nuestra vida en privado. De hecho nos sentimos orgullosas de ello —le dijo con firmeza.

-¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Ilios—. ¿Qué llevas ropa aburrida y debajo ropa interior supuestamente sexy?

Lizzie sintió cómo se le subían los colores e inclinó la cabeza por encima de la copa de vino con la esperanza de que la suave caída del cabello ocultara su sonrojo mientras recorría distraídamente el borde de la copa con la yema del dedo. Lo cierto era que sus hermanas se burlaban de ella con frecuencia porque le gustaba la ropa interior de seda y de encaje, cuanto más femenina mejor.

Ilios observó su actitud y comprendió al instante la razón de su rostro sonrojado y su negativa a mirarlo a los ojos. Lo que más le preocupaba era el efecto físico que estaba provocando en él saber que Lizzie Wareham llevaba, bajo su formal indumentaria, ropa interior sexy. Tal vez hiciera más de un año que no tenía una amante, pero eso no era excusa para las imágenes que ahora le llenaban la cabeza ni para la reacción que provocaban en su cuerpo.

Ilios no recordaba haberse sentido nunca tan agradecido de estar sentado a la mesa y poder así ocultarle a una mujer la reacción que provocaba en su cuerpo. Tener una erección tan sumamente dura era algo propio de hombres jóvenes incapaces de controlar plenamente su sexualidad, no de hombres de treinta y tantos años, y desde luego no de él.

La mente podía jugarle malas pasadas a una persona, se dijo, y su reacción no se debía seguramente a Lizzie Wareham, sino a las imágenes que él mismo se había creado. No la deseaba. Estaba, por decirlo de manera clara, sencillamente excitado. Podría haber colocado cualquier cuerpo femenino atractivo en esas imágenes y sentir el mismo efecto. Desear a Lizzie Wareham no formaba parte de su plan, y por tanto no podía permitir que sucediera.

—Tengo trabajo que hacer, así que te sugiero que aproveches la oportunidad de poder irte temprano a la cama —le informó a Lizzie.

No quería tenerla por allí cerca porque su presencia le perturbaba de un modo intenso y sensual que no le gustaba. No le gustaba nada.

Lizzie alzó la cabeza, el rostro le ardía todavía más y su cuerpo respondió al instante a la palabra «cama»... y de un modo que nada tenía que ver con irse a dormir. Parecía como si sus sentidos se negaran a aceptar que algo tan natural como dormir pudiera darse en una cama que tuviera relación con Ilios Manos.

—Sí, estoy cansada —se las arregló para responder.

Estaba haciendo el equivalente mental a pasar corriendo por delante de algo peligroso sin arriesgarse a mirarlo, evitando conscientemente repetir la palabra «cama». Pero, ¿qué otra cosa podía hacer si su cuerpo señalaba con creciente intensidad el excitante placer con el que imaginaba la perspectiva de irse a la cama con Ilios Manos? Aunque aquello era algo que no iba a suceder. Así se lo había hecho saber ya. Lo suyo era un acuerdo de negocios puro y duro, eso era todo, y así iba a seguir. El a encontraría de alguna manera la fuerza para asegurarse de que así fuera.

Capítulo 6

TENGO una reunión dentro de media hora. Ilios se levantó para acabarse la taza de café que estaba bebiendo mientras Lizzie permanecía sentada, viéndole cómo consultaba el reloj antes de continuar.

—He pedido ropa adecuada para ti por internet a través de un servicio de conserjería. Debería llegar dentro de una hora. Échale un vistazo. Si hay algo que no te va bien, dímelo. No tienes por qué darme las gracias.

—No iba a hacerlo —aseguró Lizzie con seriedad.

Ilios ignoró su comentario y siguió hablando.

—Esta noche asistiremos a la inauguración de una galería, así que tendrás que llevar un anillo de compromiso. He ordenado que me envíen una selección a mi despacho. Maria llegará en algún momento para hacer la limpieza.

Ilios buscó en el bolsillo interior de la chaqueta del traje y sacó la cartera. La abrió y sacó lo que a Lizzie le parecía un obsceno montón de billetes de cien euros.

—Creo que necesitarás esto. He puesto el número de mi teléfono móvil en la agenda del tuyo. Pensé que, como eres diseñadora de interiores, tendrías uno más estiloso. Las apariencias son importantes.

—Estoy de acuerdo, pero los caprichos de lujo cuestan dinero —se defendió Lizzie. Después de todo, su móvil pasado de moda era perfectamente efectivo.

Cinco minutos más tarde, cuando se quedó sola en un espacio que olía a café y a una virilidad que atormentaba peligrosamente sus sentidos, Lizzie decidió explorar sus nuevos dominios, empezando por el jardín.

Ahora, a la luz del día, vio que la casa no daba a la ciudad, como había esperado, sino a las montañas.

Al oír el intercomunicador se dirigió hacia la entrada del apartamento recordando lo que Ilios le había dicho. Cuando abrió la puerta, no había nadie, sólo varias cajas grandes apiladas al lado de la puerta.

Casi dos horas más tarde, rodeada en la habitación de invitados de la ropa que había sacado, Lizzie deseó más que ninguna otra cosa en el mundo que sus hermanas estuvieran allí con ella para que vieran las maravillosas prendas que cubrían ahora la cama.

La ropa era preciosa, y del estilo que siempre había anhelado secretamente.

Lizzie captó por el rabillo del ojo la visión de una ropa interior preciosa y femenina que había colocado rápidamente bajo la ropa de día. Se le sonrojó el rostro. Estaba claro que Ilios había captado su reacción al comentario que le hizo la noche anterior. Era una ropa interior extraordinariamente sensual en suave seda de color crema ribeteada de encaje. Lizzie recordó el corsé con encaje en la espalda que estaba en una de las cajas. Devolvería aquella prenda sin ninguna duda. Después de todo, no tenía a nadie que la ayudara a ponérselo aunque hubiera querido llevar algo tan apretado. Tampoco estaba muy convencida con las braguitas francesas, que eran demasiado minúsculas. Por otro lado, los boxers de satén con el sujetador a juego eran deliciosos.

En cuanto a todo lo demás, ¿cómo iba a resistirse al encanto de las faldas y pantalones de cachemira de corte impecable? El abrigo era de una especie de color gris blanco con la etiqueta de una marca famosa y le quedaba de maravilla.

Había jerséis y camisas, camisetas, ropa de playa, vestidos de noche, pantalones vaqueros de un diseñador de moda y zapatos planos y al mismo tiempo tan bonitos, que a Lizzie le entraron deseos de abrazarlos. Aquella ropa hablaba un idioma internacional, la lengua del estilo discreto y la elegancia.

Lizzie acarició la chaqueta tres cuartos de Chanel blanca y negra. ¿Cómo iba a aceptar algo así? No podía hacerlo. Era demasiado. Necesitaba ropa, sí... pero no así.

Exhalando un pequeño suspiro, comenzó a guardar de nuevo las cosas que consideraba más caras, quedándose sólo con lo que pensaba que necesitaba de verdad. No le resultó fácil desprenderse de las faldas y los pantalones de cachemira ni de la chaqueta de Chanel, pero tenía que hacerlo, se dijo Lizzie con firmeza. Acababa de terminar y se disponía a llevar las cajas a la puerta de entrada cuando oyó cómo l amaban con firmeza a la puerta del dormitorio.

Debía haber llegado Maria, la limpiadora, se dijo. Pero cuando abrió la puerta se encontró con Ilios. Mostraba un esto impaciente.

—Voy a devolver esto —le dijo Lizzie, señalando las cajas que acababa de guardar.

Ilios las supervisó, fijándose en que había más en la puerta que al lado de la cama.

—¿No son de tu talla? ¿No te gusta el estilo? —preguntó con tono algo irritado.

Todavía no sabía por qué había cambiado de opinión en el último minuto y le había dicho al servicio de conserjería que escogiera ropa para una mujer que prefería un estilo discreto a la ropa sexy.

A aquel hombre no le gustaba que le llevaran la contraria sobre nada, reconoció Lizzie, aunque se tratara de la tal a de una mujer a la que acababa de conocer.

-No, me quedan perfectas, y el estilo me encanta —le aseguró.

-Entonces, ¿por qué las devuelves?

-No las necesito, y... bueno, son demasiado caras. Es el tipo de ropa que nunca podría permitirme. Habría preferido prendas menos caras.

Ilios tardó unos segundos en ajustar su pensamiento a las palabras que acababa de escuchar. ¿Una mujer que no quería que un hombre se gastara el dinero en ella? ¿A quién estaba tratando de engañar? Ilios no creía que existiera una mujer así.

—No vas a llevar la vida que llevas normalmente. Como mi prometida y futura esposa, espero que te vistas y te comportes como la clase de mujer con la que los que me conocen esperarían que me casara. Debes pensar en ti misma como en una actriz y en esta ropa como tu disfraz. No te sentirás cómoda entre mis amigos si no vas vestida adecuadamente.

—La ropa es sólo un escaparte. La verdadera confianza viene de la autoestima — señaló Lizzie con dulzura.

—Estoy de acuerdo —le dijo Ilios sorprendiéndola—. Pero vivimos en una sociedad en la que nos juzgan personas que no nos conocen por dentro. Si mi esposa va vestida con ropa de grandes almacenes, eso provocará rumores que finalmente llevaran a la prensa a decir que Manos Construction tiene dificultades financieras. No es sólo mi fortuna la que depende del éxito continuado de mi negocio. También están los puestos de trabajo de los que trabajan para mí. En los negocios, una buena reputación puede ser el noventa por ciento del éxito. Si se pierde eso, se arriesga uno a perderlo todo. Debes saberlo.

Lizzie asintió con la cabeza. Había mucha verdad en lo que estaba diciendo.

—He traído una selección de anillos de diferentes estilos y tamaños para que los veas. El que elijas puede ajustarse a tu dedo.

Lizzie se dio cuenta de que Ilios estaba esperando a que saliera de la habitación por delante de él, Lizzie pasó por delante de la cama, esforzándose tanto por evitar tener algún contacto físico con él que se tropezó con la cama, provocando exactamente lo que temía. Ilios extendió los brazos para sostenerla, apoyándole firmemente las manos en la cintura. Sin embargo, tenía la atención puesta en el suelo. Al seguir la dirección de su mirada, a Lizzie se le encogió el corazón. Allí en suelo, a sus pies, estaba el corsé que había estado mirando antes y que debió haber sacado al tropezar. Sin soltarle la cintura, Ilios se inclinó y lo recogió. Lo miró.

—Lo voy a devolver —se apresuró a decir ella—. No puedo ponérmelo.

Ilios la miró.

—¿Por qué no?

—Bueno, para empezar no es el tipo de prenda que yo me pondría, y por otro lado, necesitaría que alguien atara los lazos de encaje de atrás —se explicó—. Y eso significa que necesitaría…

—¿Un hombre? —preguntó él.

—Otro par de manos —le corrigió Lizzie.

El calor de su mano en la cintura estaba provocando una revolución erótica y sensual dentro de su cuerpo.

Dentro de su cabeza, aquel deseo estaba dibujando imágenes peligrosas. Como por arte de magia, se había quitado la ropa que llevaba y tenía puesto el conjunto de ropa interior de seda que había estado admirando antes de que llegara Ilios. Al mismo tiempo, y también por arte de magia, la mano de Ilios le estaba acariciando desde la cadera hasta el pecho mientras sus labios le besaban la curva en la que el hombro se le unía al cuello y con la otra mano le acariciaba la redondez del trasero.

Lizzie alejó esos pensamientos de su mente. Ilios era un hombre muy atractivo, y había pasado mucho tiempo desde que…

Bueno, había pasado mucho tiempo. Pero eso no le daba a su imaginación carta blanca para entretenerse con ese tipo de situaciones imposibles…sobre todo teniendo en cuenta lo que Ilios había dicho respecto a lo que esperaba de una relación.

Lizzie se apartó de Ilios y se dirigió hacia la puerta, dejándole a él mirar pensativo el corsé y luego a ella marchándose antes de dejar la prenda sobre la cama y seguirla.

***

-Estos son los anillos. Le pedí al joyero que enviara una selección para que escogieras.

Lizzie abrió los ojos de par en par mientras miraba los anillos del enorme estuche de cuero que Ilios había abierto.

Había solitarios de varios tamaños y cortes, diamantes rodeados de diamantes…

tantos que la luz que reflejaban los anillos estuvo a punto de cegarla.

-Todos son preciosos —le dijo a Ilios—. Pero son tan… deslumbrantes y grandes…

¿no podría ser algo más pequeño?

—¿Cuánto de pequeño? —preguntó él con sequedad.

Lizzie señaló uno de los anillos y dijo:

—Como un cuarto del tamaño de éste. Y sencillo. Sólo un solitario.

—¿Algo más parecido a esto, quieres decir? —le preguntó buscando en el bolsillo y sacando una cajita que abrió para revelar un solitario sencillo y perfecto montado sobre una estrecha banda de platino.

Ilios no sabía en realidad por qué se había fijado en aquel anillo, ni por qué le había hecho pensar en Lizzie y había pedido que se lo guardaran por separado, pero pudo ver en la expresión de Lizzie lo que le parecía.

Era un anillo tan sencillo y perfecto, que Lizzie se enamoró al instante de él.

—Exactamente así —le dijo.

Ilios sacó el anillo de la cajita y se lo tendió, y por alguna razón, sin pensar realmente en lo que estaba haciendo, en lugar de tomárselo de la mano, Lizzie extendió el dedo hacia él Ilios la miró y ella le aguantó la mirada. Un estremecimiento atávico le recorrió todo el cuerpo. Ninguno de los dos dijo nada. Ilios le sujetó la muñeca y le deslizó lentamente el anillo en el dedo anular.

Le quedaba perfecto. Parecía como si estuviera hecho para ella.

—Es perfecto.

La emoción hizo que le temblara la voz y le picaran los ojos. El anillo era un símbolo ancestral de amor y compromiso que se entregaba para unir a una pareja, y de pronto parecía tener un significado que la conmovió más profundamente de lo que esperaba.

—No te esperaba hasta más tarde. Dijiste que tenía una comida de trabajo.

Qué agitada y vulnerable sonaba. Como si estuviera tratando desesperadamente de hablar de cosas sin importancia para ocultar la gran brecha que se había abierto de pronto delante de ellos.

—La comida se había cancelado —no iba a decirle que fue él quien la había cancelado.

—¿Y la inauguración de esa galería a la que vamos a ir esta tarde? —comenzó a decir Lizzie.

—Será un evento con prensa, muchas caras famosas y fotógrafos —aseguró Ilios—. Mucho cotilleo y champán, ya sabes. Debo irme. Tengo una reunión dentro de media hora.

Lizzie se limitó a asentir con la cabeza.

Capítulo 7

NO estaba haciendo aquello por Ilios, lo estaba haciendo por sí misma, para demostrarse que tenía la fuerza para enfrentarse con aquel obstáculo del mismo modo que se había enfrentado a los demás en su vida, con coraje, fortaleza y una determinación que los que la necesitaban encontrarían en ella, se dijo Lizzie con firmeza mientras observaba su reflejo en el espejo del vestidor de la suite de invitados.

El vestido negro de manga larga le llegaba desde el cuello hasta las rodil as, El discreto brillo de un broche de perlas con forma de flor justo debajo del hombro izquierdo era el único adorno del vestido, pero el modo en que la prenda de Armani se movía cuando se movía ella decía todo lo necesario y Lizzie lo sabía.

Tras haber tenido toda la tarde para prepararse y haber salido un momento para comprar revistas de sociedad y ver las páginas de actos sociales, Lizzie podía entender ahora por qué Ilios había considerado necesario que reemplazara la ropa que tenía. Las mujeres griegas que vio parecían rendidas a la moda. Ropa de diseño, joyería cara, maquillaje impecable y cabello maravillosamente peinado eran al parecer obligatorios, y eso era algo que ella había decidido que no podría conseguir sin ayuda profesional.

Por eso, y con la advertencia de Ilios grabada en la frente, había ido en busca de un peluquero. Ahora, gracias al dinero de Ilios y la pericia de un estilista griego, el cabello le enmarcaba el rostro con un suave peinado que conseguía ser elegante y al mismo tiempo delicado y femenino, con delicados mechones sueltos que le caían por las sienes y el cuello. También tenía las uñas impecables. Se había negado a pintárselas con la laca rojo oscuro que le ofrecía el estilista, no le parecía apropiado para una mujer que acababa de prometerse. Resultaba demasiado agresivo. Sin embargo reconocía que cualquier mujer que se hubiera prometido a Ilios Manos querría que el mundo lo supiera y para ello luciría su anillo, así que había accedido a una laca de color rosa pálido porque iba a juego con su lápiz de labios favorito.

Consultó su reloj. No era el bonito Cartier que le habían regalado sus padres cuando obtuvo su licenciatura, ése se lo había pasado a Ruby cuando nacieron los gemelos. Se trataba de un sencillo reloj comprado en unos grandes almacenes. Eran las seis y media pasadas. Ilios regresaría enseguida, y no quería que tuviera que volver a llamar a la puerta de su dormitorio por segunda vez para encontrarla.

Lizzie recogió el bolso negro que iba a juego con los zapatos de tacón alto y con el abrigo de cachemira que sin duda era la prenda

más poco práctica que se había creado jamás. Abrió la puerta y salió al pasil o, lo que le dio a Ilios, que estaba al otro extremo del mismo camino de su habitación, la oportunidad perfecta para observarla y juzgar su aspecto.

—¿Y bien? —lo retó Lizzie—. ¿Parezco lo suficientemente refinada para ser tu prometida?

Decir que se había quedado sin palabras sería una exageración, pensó Ilios, pero no lo era asegurar para sus adentros que la Lizzie que estaba al final del pasil o esperando su respuesta era una mujer cuya discreta y sensual elegancia le dejaba sin respiración.

Cuando Lizzie vio que fruncía el ceño, el corazón le dio un vuelco y al mismo tiempo sintió una punzada de orgullo herido. Si no era lo suficientemente buena para él, lo sentía. Después de todo, no era ella quien había insistido en aquella relación falsa.

—Necesitarás esto —le dijo Ilios con sequedad mostrándole varias cajas sin responder a su pregunta.

Luego, se apartó de ella para dirigirse a la habitación principal.

Lizzie aceptó de mala gana las cajas. «No te atrevas a l orar», se dijo mientras entraba en la zona de estar. No podía hacerlo con la cantidad de rimel que se había puesto.

¿De verdad le habría costado tanto decirle que tenía buen aspecto aunque no lo pensara de verdad? Tendría que saber lo nerviosa que estaba. Cuánto necesitaba la seguridad que su apoyo le habría dado. Lizzie dejó el abrigo en uno de los sofás y abrió la primera de las cajas. Cuando vio lo que había dentro no se lo podía creer. El col ar que brillaba sobre el terciopelo no podía ser real, ¿verdad? Todos aquellos diamantes con el brazalete a juego... Cerró la caja rápidamente. Tal vez su vestido recordara a Desayuno con diamantes, pero no iba a arriesgarse a ponerse algo que valía el rescate de un rey sólo para reforzar su imagen.

Estaba a punto de abrir las otras cajas cuando Ilios regresó. Estaba claro que se había duchado, porque tenía el pelo todavía húmedo... y no sólo el de la cabeza. Lizzie tuvo que hacer un esfuerzo por apartar la mirada del oscuro, húmedo y sedoso vello que atisbó a ver mientras Ilios terminaba de abrocharse la camisa. Su inesperada petición de ayuda mientras abría la palma de la mano para revelar un par de gemelos la sobresaltó mientras volvía a centrar la mirada. Se le secó la boca al instante mientras un lento deseo se abría paso en el interior de su cuerpo.

Se las arregló sin saber cómo para ponerse de pie y acercarse a él para agarrar los gemelos. Eran sencillos y de oro, y los sintió suaves y cálidos en la palma. Las iniciales estaban un poco borradas, aunque

todavía podían verse una «A» y una «M» enlazadas. Lizzie pasó la yema del dedo por ellas distraídamente.

—Eran de mi padre —escuchó la voz de Ilios por algún lugar de encima de la cabeza—. Es un diseño veneciano. Cuando un niño alcanza la edad de la madurez, en nuestra familia existe la tradición de que su padre le entregue unos gemelos así. Es un signo de hombría. Como mi padre no pudo hacerlo conmigo, llevo los suyos.

Por segunda vez en menos de media hora, Lizzie tuvo que recordarse el daño que las lágrimas provocarían en su maquillaje.

Al ver la cabeza de Lizzie inclinada sobre su muñeca, con la nuca al aire, Ilios tuvo que resistir la tentación de extender el brazo y envolver con el dedo uno de aquellos mechones de pelo. Podría haberse puesto fácilmente los gemelos él solo, lo habría hecho incluso más deprisa que Lizzie, pero por alguna razón decidió pedirle que lo hiciera por él. ¿Cómo una prueba de su idoneidad para ser su esposa?, se preguntó. ¿O una prueba a sí mismo, para demostrarse que no era tan susceptible a ella como su cuerpo se empeñaba en repetirle?

Lizzie admitió que deseaba no tener que estar haciendo aquello. Tenía los dedos rígidos y al mismo tiempo temblorosos. Podía oler el aroma del cuerpo recién duchado de Ilios mezclado con una discreta colonia varonil, y aunque no podía decir que el efecto que provocaba en sus sentidos la llevara a desear abrirle la camisa y hundir el rostro en su torso, lo cierto era que se trataba de algo parecido.

Fue un alivio terminar por fin la tarea y poder apartarse de él para respirar un aire que no estuviera cargado de Ilios.

—No te has puesto las joyas.

-Pen... pensé que sería excesivo.

Ilios alzó sus oscuras cejas.

-No estoy de acuerdo. Debes llevarlas.

Porque si no lo hacía estaría fuera de lugar. Aquél era el mensaje que le estaba transmitiendo sin palabras, pensó Lizzie mientras escogía dos cajas pequeñas y las abría. Tuvo que parpadear ante la magnificencia de los pendientes de diamantes que tenía delante. Desprendían tanto brillo, que cegaban.

Lizzie se los colocó rápidamente en las orejas. Con el cabello recogido sí necesitaba llevar algo, reconoció. Pero no aquellos pendientes tan caros...

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ilios.

—Estaba pensando en la cantidad de familias a las que se podría alimentar con lo que valen estos pendientes. Me parece mal llevar algo así cuando hay tanta gente pasándolo mal. Me hace sentir incómoda.

—Entonces, si los ofreciera de regalo, ¿preferirías que entregara su

valor en dinero a una obra de caridad? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Sí —afirmó ella, sinceramente y sin vacilar.

—Ponte el reloj. Será mejor que nos vayamos —fue toda la respuesta de Ilios.

Ella estaba mintiendo, por supuesto; tenía que ser así. No le había engañado ni le engañaría nunca, ni ella ni ninguna otra mujer.

El reloj era caro pero discreto, una sencilla correa de cuero negro con una esfera de oro blanco rodeada de pequeños diamantes.

Como Ilios ya se estaba poniendo la chaqueta del traje, Lizzie se abrochó rápidamente el reloj y fue a recoger el abrigo… justo cuando Ilios iba a agarrarlo. Las yemas de sus dedos se encontraron y se rozaron, las de Ilios por encima de las suyas, cálidas y fuertes, inundando a Lizzie de deseo de agarrarle los dedos con los suyos en una silenciosa plegaria que suplicara aceptación.

Pero retiró la mano a toda prisa, agarrando el abrigo con la otra mano y diciéndole a Ilios rápidamente:

—No pasa nada, no necesito ponérmelo. Lo llevaré en el brazo hasta que salgamos del coche.

Lizzie creía no estar preparada para tener más contacto físico en aquel momento con un hombre cuya mera presencia parecía ser capaz de excitarla.

Cuando llegaron a la galería, la encontraron iluminada por las luces y por el brillo que desprendían la gran cantidad de diamantes que llevaba la gente. Ilios tomó a Lizzie del brazo y la guió a través de la masa de paparazis que esperaban para tomar fotografías de los ricos y famosos mientras se dirigían a la entrada.

—Ahora entiendo por qué no te gusta mi atuendo. Está claro que para ser considerada digna de ti tendría que haberme vestido de forma muy distinta —se vio obligada a reconocer Lizzie una vez estuvieron dentro.

Había visto cómo muchas de las demás mujeres llevaban vestidos minúsculos literalmente pegados a sus delgados cuerpos. Los vestidos revelaban fragmentos de piernas bronceadas y los montículos de unos senos imposiblemente redondos y firmes.

Con razón había ridiculizado su elección de vestuario, si aquello era lo que consideraba normal para vestir el cuerpo de una mujer.

—Las mujeres que estás viendo son fulanas de lujo que están en venta, a la caza de maridos ricos —le aseguró Ilios con seriedad—. La ropa que llevan delata su profesión, igual que su afán por ser fotografiadas. Ven conmigo.

Como por arte de magia, la masa de cuerpos bronceados se abrió

para dejarles paso, aunque Lizzie se dio cuenta de que las mujeres le lanzaban miradas invitadoras a Ilios.

Aparte de las chicas de compañía y de los hombres que pululaban a su alrededor, en el interior de la galería había varios grupos de personas, hombres en traje de chaqueta y- elegantes mujeres vestidas con ropa de marca.

Uno de los hombres se acercó a ellos con la mano extendida.

—Ilios, amigo mío, me alegro de verte.

—Eso sólo dices porque quieres convencerme para que compre algo, Stefanos —respondió él girándose hacia Lizzie con naturalidad —. Agapi mu, permíteme que te presente a Stefanos. Debo advertirte que insistirá en ofrecernos alguna espantosa pieza de supuesto arte como regalo de bodas.

Agapi mu... ¿No significaba eso «amor mío»? Pero por supuesto no era su amor, se recordó Lizzie mientras admiraba la forma tan inteligente en la que Ilios había anunciado tanto su relación como su inminente boda.

La gente se arremolinó a su alrededor, sonriendo y exclamando, y Lizzie no tuvo que fingir la súbita timidez que la hizo acercarse instintivamente a Ilios, que le tomó la mano y se la colocó al brazo.

—Ilios, ¿cómo es posible? Siempre has jurado que nunca te casarías.

La que hablaba era una mujer que tendría la misma edad que el propio Ilios.

Sonreía pero había una cierta dureza en su tono de voz que le hizo pensar a Lizzie que tal vez hubiera salido con él. Seguramente no le haría demasiada gracia la noticia de su próxima boda, aunque llevaba anillo de casada e iba acompañada por un hombre fuerte de mandíbula cuadrada que parecía ser su marido.

—Lizzie me ha hecho cambiar de opinión, Eleni —le respondió Ilios.

La sonrisa que le dedicó a Lizzie cuando se giró para mirarla le hizo sospechar que, si le hubiera sonreído así de verdad, se habría derretido allí mismo.

—Bueno, no podéis pasaros la noche pegados como un par de tortolitos —replicó Eleni—. Quiero que convenzas a Michael para que me construya una nueva villa en la isla.... Y tú, por supuesto, debes encargarte de la obra. No existe otro constructor al que pudiéramos encargarle algo así. Tengo pensado que copies Villa Manos para nosotros, ya que insistes en negarte a vendernos la original.

Lizzie sintió al instante cómo el brazo de Ilios se volvía rígido contra el suyo.

Si habían sido amantes en el pasado, la separación no había sido amistosa, adivinó Lizzie, ya que ahora se notaba el resentimiento que había entre ellos.

Eleni debía saber sin duda que Ilios nunca vendería la casa de su familia.

-¿Te ha enseñado ya Ilios Villa Manos, Lizzie? ¿Te ha dicho que espera que la conviertas en tu hogar cuando estéis casados? Personalmente, yo no podría vivir en un lugar tan apartado. Al menos no durante todo el año. Y luego, por supuesto, una no puede dejar de preguntarse qué estará haciendo su marido mientras está en Tesalónica y tú atrapada en una península en medio de la nada.

-Yo nunca me casaría con un hombre en el que no confiara plenamente — respondió Lizzie pausadamente y con cal ada dignidad.

-Querida, eso es muy valiente por tu parte —Eleni estaba literalmente ronroneando—.

Odio tener que decirte esto, pero aunque los hombres prometen cualquier cosa en los comienzos del amor, el matrimonio suele traer un gran cambio. Cuando la mujer está ocupada con la casa y los hijos, su marido puede empezar a buscar la diversión en otro lado. Después de todo, los hombres griegos tienen el ejemplo de nuestros dioses. El propio Zeus fue incapaz de mantenerse fiel a su esposa. Tuvo muchas aventuras extramatrimoniales, o al menos eso es lo que cuenta la mitología.

-Si un hombre es realmente feliz en su matrimonio no busca satisfacción fuera de él, Eleni, y sé que con Lizzie encontraré toda la felicidad que necesito —defendió Ilios su relación llevándose la mano de Lizzie a los labios depositando un suave beso en sus dedos mientras la miraba a los ojos.

Ilios debería haber sido actor, pensó ella luchando contra la oleada de deseo que la atravesó. Debía ser fuerte, se recordó. Tenía que luchar contra el efecto que provocaba en ella. Tenía que demostrarse que podía superar lo que le provocaba su cercanía.

-Es una ex, supongo. . —no pudo evitar murmurarle a Ilios cuando se hubieron escapado.

—Algo así —reconoció él—. Aunque la presa que perseguía era mi primo, no yo.

Cuando descubrió que él no iba a heredar Villa Manos, le dejó.

—¿Y te dedicó a ti sus atenciones?

—Lo intentó —admitió Ilios—. Pero no tuvo éxito. Has manejado a Eleni de maravilla — dijo,

Entonces se detuvo. Incapaz de detenerse, le dijo con brusquedad:

—Interpretas muy bien tu papel. Creo que todos los hombres que hay

aquí me envidian.

¿Qué diablos le había llevado a decir aquello, aunque fuera cierto? ¿Por qué debería importarle que otros hombres la desearan? La admiración que podía ver en sus ojos le beneficiaba a él, porque significaba que la aceptaban como futura esposa para él.

Lizzie no pudo evitar sonreírle. Experimentó una sensación suave y cálida en el interior del cuerpo, algo tierno y dulce parecido a la felicidad. Y todo porque Ilios había... ¿qué? ¿Le había dicho un cumplido? No debería sentirse así.

Lo que le había dicho era cierto, Ilios lo sabía. Pero sobre todo, Lizzie tenía un calor que atraía a la gente. Lo había visto en los ojos de sus amigos y en el modo en que se acercaban a ella. ¿Y si se había equivocado con ella, y si la había juzgado mal? Bueno, ¿y qué si así era? Después de todo, no le debía nada. Era Lizzie la que estaba en deuda con él, no al revés.

Lizzie no lamentó que llegara el momento de salir del restaurante donde habían cenado con los amigos de Ilios, situado al lado de la galería. Aunque la gente que había conocido había compensado el sarcasmo de Eleni con su calor y sus ganas de agradar y la comida estaba deliciosa, Lizzie estaba muy nerviosa al saber que sólo estaba representando un papel, temerosa de cometer un error que dejara al descubierto la verdad, y al mismo tiempo incómoda con la mentira.

Un aparcacoches les llevó el vehículo, y unos minutos después de salir de allí, ya estaban de regreso en el apartamento.

—Ya he empezado con los preparativos de nuestra boda —le dijo Ilios., Será una ceremonia civil que se celebrará en el ayuntamiento de la ciudad.

Normalmente, las parejas que celebran una boda civil organizan una fiesta más tradicional con la familia, pero en nuestro caso no será necesario. Correré el rumor de que estoy tan impaciente por convertirte en mi esposa que hemos decidido renunciar a una celebración más fastuosa.

Lizzie asintió con la cabeza, aliviada de estar dándole la espalda para que no pudiera ver el efecto que sus palabras habían provocado en ella. Aquella noche, actuando como su futura esposa, olvidando por momentos que sólo estaba interpretando un papel, se había sentido invadida por la felicidad y...

¿Y qué?

Y nada, se apresuró a decirse Lizzie mientras se quitaba el reloj y luego los pendientes de diamantes. Le temblaban las manos ligeramente mientras recordaba cómo se había sentido aquella noche al lado de Ilios, deseándole, soñando con que se diera la vuelta y la

mirara con el mismo deseo que ella sentía por él.

Lo que sentía por Ilios no era más que deseo. Un deseo intenso, sí, pero de todas formas eso era más seguro que sentirse emocionalmente atraída por un hombre que no la quería.

Uno de los pendientes de diamantes se le deslizó entre los dedos. Justo a tiempo, Ilios puso la palma de la mano debajo de la suya y lo recogió. Lo atrapó como en cierto modo la había atrapado a ella en la red. Si Ilios lo supiera, la arrojaría a un lado como un pescador que desechara una pesca no deseada. Lizzie alzó la vista para mirarlo... y deseó no haberlo hecho.

No confiaba en sí misma para recoger el pendiente de su mano, porque eso significaría tocarlo, así que Lizzie alzó la cajita hacia él.

¿Qué estaba tratando de decirle al negarse a recibir el pendiente de sus manos?, se preguntó Ilios mientras lo dejaba en la caja. ¿Qué sentía indiferencia sexual hacia él? Si así era, ¿por qué le entraban deseos de abrazarla y besarla hasta que su boca se suavizara bajo la suya y le rogara que le hiciera algo más que besarla?

Lizzie recogió en silencio las cajas con las joyas y se las tendió a Ilios.

—Guárdalas tú. Las necesitarás para volver a ponértelas —le dijo con sequedad.

Lizzie negó con la cabeza.

—Prefiero que no. Como te he dicho antes, son demasiado valiosas y deberían estar en un lugar seguro.

Ya era más de medianoche. No tenía ningún motivo para permanecer allí en el salón con él. Además, estar a su lado le resultaba demasiado peligroso, se recordó con dureza por si sentía la tentación de quedarse. Su fuerza de voluntad parecía haberse vuelto demasiado frágil. Se había pasado la noche fingiendo que estaban íntimamente unidos, que eran amantes, y para ello ayudaron las dos copas y media de champán que había bebido en la galería. Todas aquellas burbujas tenían que afectar el sistema de cualquier persona, y más a una persona que estaba descubriendo lo vulnerable que era ante el hombre que tenía delante.

—Buenas noches —logró a decir como despedida. Ilios se limitó a asentir levemente con la cabeza.

Ya le estaba dando la espalda cuando Lizzie abrió la puerta y salió al pasillo.

Estaba claro que María había pasado por ahí, notó Lizzie, porque la cama estaba hecha de manera impecable, como si fuera a recibir a un nuevo huésped.

Se dirigió al vestidor y abrió una de las puertas del guardarropa

con la intención de desvestirse y colgar la ropa, pero estaba vacío. Lizzie miró rápidamente también en los cajones, y descubrió que también estaban vacíos. Y

tampoco estaba su maleta. Ni sus cosas de baño.

Empezó a sentir pánico. ¿Qué estaba sucediendo? Tendría que contárselo a Ilios.

Lo encontró en el salón, de pie al lado de la pared de cristal, con los pantalones del traje y la camisa y una copa de vino en la mano. Se dio la vuelta cuando ella se le acercó, y la camisa se le estiró sobre los músculos de la espalda, provocándole una dolorosa sensación a Lizzie en la parte inferior del cuerpo.

—No encuentro mis cosas —le dijo indefensa—. Ha desaparecido todo, incluida mi maleta e incluso el cepillo de dientes. La doncella ha estado allí, porque la cama está hecha.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Lizzie le miró con incredulidad.

¿Qué estaba pasando? ¿Había decidido que después de todo ya no le gustaba la ropa nueva y la había devuelto?

—Están en mi habitación.

—¿Qué?

Ilios se encogió de hombros irritado. Había sido un desagradable descubrimiento para él encontrar las cosas de Lizzie en el dormitorio principal, tanto como obviamente lo había sido para ella descubrir que habían desaparecido de la habitación de invitados. La fuente principal de la irritación de Ilios, sin embargo, era su propio desliz al no darse cuenta de que eso podría suceder.

—Está claro que María las ha trasladado por su cuenta. Debe haber oído que vamos a casarnos y parece que ha decidido que, como probablemente ya estamos compartiendo cama, para ella es más cómodo llevar tus cosas a mi habitación.

—Pero no la compartimos. Quiero decir, no puede ser —Lizzie estaba aterrada—.

Habrá que llevarlo todo de vuelta. Lo haré yo misma mañana cuando tú no estés aquí. Pero tendrás que decírselo a ella.

—No creo que eso sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque lo último que quiero es que María haga circular el rumor de que dormimos en camas separadas.

—Pero tú dijiste que nuestro matrimonio no sería... que nosotros no... no compartiríamos cama.

—No había pensado las cosas apropiadamente entonces —se vio forzado a admitir Ilios.

¿Estaba admitiendo que había hecho algo mal? Lizzie no se lo podía creer.

—Si te preocupa lo que pueda decir María, entonces, ¿por qué no le dices que no venga más? Yo puedo hacer su trabajo mientras esté aquí —sugirió.

Ilios ya estaba negando con la cabeza

-¿Y dejar a María sin el dinero que gana? No. Su familia depende de su sueldo, y María disfruta de un cierto estatus en la comunidad porque trabaja para mí. No sería justo privarla de esas cosas.

Lizzie tuvo que tragarse el disgusto que sintió cuando Ilios la regañó por su falta de consideración hacia las necesidades de los demás... un disgusto intenso porque antes había sido ella la que señaló esa falta de consideración en él.

—Pero no quiero compartir. . la cama —protestó.

Qué ridículo resultaba tener que hacer un esfuerzo para decir la palabra «cama». Ella, una diseñadora de interiores que en el transcurso de su trabajo estaba perfectamente familiarizada con esas cuatro palabras. Familiarizada con las letras, pero no con el modo en que la palabra «cama» le hacía sentir en presencia de Ilios Manos.

—¿Y crees que yo sí? —la retó Ilios, haciendo que se sintiera humil ada al instante— . No tenemos opción. Por suerte es una cama muy grande —afirmó con seriedad.

Por supuesto, debía sentirse encantada y aliviada de que su presencia en la cama de Ilios fuera tan mal recibida, se dijo Lizzie. Necesitaba y quería que Ilios no la deseara, aunque fuera al menos para protegerla de sus propios sentimientos. Pero estaba inundada por una mezcla explosiva de sensaciones y emociones.

No era inmadura ni iletrada; sabía que resultaba perfectamente posible que una persona experimentara deseo sexual sin necesidad de estar enamoradaa. Sin embargo, nunca había esperado ser una de esas personas. Había dado por hecho que sólo las mujeres con gran libido tenían las hormonas preparadas para desear a un hombre con quien no querían comprometerse emocionalmente.

Pero ahora, por supuesto, sabía que no era así. Y lo que sabía le hacía ver que no podía arriesgarse a compartir cama con Ilios. Bajo ninguna circunstancia. Por supuesto, podía controlar sus sentimientos y lo haría, pero, ¿y si fracasaba? ¿Y si se sentía tentada? Pero no, no podía permitir bajo ninguna circunstancia que aquellas tormentosas imágenes que había visionado con anterioridad se deslizaran en el interior de su cabeza.

Ilios había dicho que era una cama muy grande. Pero en lugar de que eso apagara el fuego que se había encendido en su interior, sus

palabras sólo sir-vieron para alimentarlo. Una cama grande significaba más espacio en el que disfrutar de todos los placeres que el cuerpo humano podía procurar.

Lizzie podía sentir el cosquilleo del sudor nervioso que se le abría paso a través de la piel. Aquello no podía seguir así. Podía terminar haciendo algo de lo que no sólo se arrepentiría, sino que también le provocaría humil ación y vergüenza.

Se sentía enferma de ansiedad. No podía compartir cama con él. No confiaba en ser capaz de hacerlo sin caer en la tentación. Aunque fuera capaz de controlarse milagrosamente mientras estuviera despierta, ¿quién sabía lo que podría suceder cuando estuviera dormida? Le resultaba terriblemente fácil imaginarse acercándose a él, buscando su cuerpo mientras dormía, deseándole, y luego despertarse tocándole.

Lizzie dejó escapar un suspiro de desesperación.

—Creo sinceramente que no deberíamos compartir cama —le dijo a Ilios, dándose cuenta al instante de que no le gustaba lo que le estaba diciendo.

-¿Por qué no? —inquirió Ilios.

¿Se habría dado cuenta Lizzie de que la deseaba a pesar de su determinación de no admitirlo ni ante sí mismo? ¿Consideraba que era tan deseable, tan irresistible y él tan débil que no sería capaz de evitar que aquel deseo se convirtiera en algo más íntimo?

—Sencillamente, creo que no es una buena idea —respondió Lizzie, deseando desesperadamente que dejara de presionarla.

-¿Acaso te estás imaginando que yo te deseo, a pesar de que te haya dicho que no habría intimidad entre nosotros? —la acusó Ilios.

—No —Lizzie lo negó al instante—. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Me temo que no puedo decírtelo.

-Y yo me temo que vas a tener que hacerlo... o acatar las consecuencias —le advirtió Ilios con voz pausada.

Lizzie exhaló lentamente el aire. Lo que Ilios quería decir era que iba a tener que compartir cama con él a menos que le diera una buena razón por la que no debería hacerlo. Tal vez su razón fuera sólida, pero su valor desde luego no lo era. De todas las situaciones desagradables a las que podría tener que enfrentarse, aquél a era la peor de todas. Ahora estaba en una posición en la que se veía obligada a protegerse de su propio deseo por un hombre que no la deseaba revelando el deseo que sentía por él.

Nunca se había sentido más vulnerable, pero lo cierto era que necesitaba la ayuda de Ilios para evitar que la situación fuera a peor.

Cuando estuviera al tanto de cómo se sentía, Lizzie sabía que Ilios daría los pasos necesarios para asegurarse de retirar la tentación de su camino.

Las situaciones desesperadas hacían necesarias las medidas necesarias, y sin duda no había ninguna medida tan necesaria como la que iba a adoptar ahora, Como hacían los bomberos al afrontar un fuego que amenazaba con destruirlo todo a su paso, ella iba a crear un cortafuegos destruyendo deliberadamente parte de sus propias defensas con la esperanza de que al hacerlo consiguiera protegerse finalmente de sí misma.

—No es tu deseo lo que me preocupa —le dijo con sinceridad enfatizando deliberadamente la palabra «tú».

Capítulo 8

LA confesión de Lizzie fue tan inesperada, tan brutalmente directa y sincera, que Ilios tardó varios segundos en asumir lo que había dicho.

La miró y observó el modo en que el color desapareció de su rostro, vio la herida expresión humillada que le ensombreció los ojos, y algo que no supo reconocer cobró vida en su interior.

¿Por qué no decía algo, lo que fuera?, se preguntó Lizzie ansiosa, aunque fuera para rechazarla. Sin embargo, cuando habló lo hizo de forma pausada, espaciando las palabras.

-¿Estás tratando de decirme que no quieres compartir cama conmigo porque me deseas? —le preguntó sin dar crédito .

A Lizzie se le había formado un nudo tan grande en la garganta, que le dolía.

-Sí. Es decir, creo que sí. No estoy acostumbrada a sentir... a desear... en realidad nunca había deseado a nadie con anterioridad —admitió sonrojándose.

Lizzie se dio cuenta de que aquello le había impactado.

-Lo siento —se disculpó—. No quería que sucediera, pero ahora te darás cuenta de lo difícil que sería, ¿verdad? He intentado realmente no... no pensar en ello, pero a veces es como si me abrumara. Me temo que, si tuviéramos que compartir cama, entonces... bueno, lo que quiero decir es que sé que tú no quieres que suceda nada entre nosotros. Me habría gustado no haber tenido que decir nada.

Le dirigió una media sonrisa. Ilios la escuchaba con una creciente sensación de incredulidad y asombro.

—¿A qué mujer le gustaría? —continuó Lizzie reprobándose a sí misma —. Pero al menos ahora que lo sabes, puedo contar con que me ayudes a asegurarme de que... bueno, de que no va a ocurrir nada.

Ilios no podía creer lo que estaba oyendo. ¿De verdad estaba Lizzie diciéndole que no quería compartir su cama porque tenía miedo de no poder resistir la tentación sexual de su proximidad? ¿De verdad pensaba que era la clase de hombre que permitiría que una mujer adquiriera el papel de cazadora en la caza entre sexos? Ilios lamentó al instante haber utilizado aquella metáfora, porque había conseguido en cierto modo provocar unas imágenes muy sensuales en su imaginación, imágenes que estaban provocando en él el efecto contrario de lo que Lizzie pretendía.

Con la cabeza inclinada, ella admitió:

—Sé, que debes estar impactado. Yo también lo estoy. Esa es parte

de la razón por la que no quería acceder a casarme contigo.

—¿En ese momento ya lo sabías? —la desafió Ilios. Lizzie tragó saliva para pasar el doloroso nudo de angustia que tenía en la garganta.

«Lo supe desde el instante en que te vi», podría haberle dicho. Pero, por supuesto, no debía hacerlo.

—Sabía que había algo—le dijo cuidadosamente—. Pero pensé que desaparecería.

—¿Y no ha sido así?

Lizzie negó con la cabeza.

—Creí que podría luchar contra ello, que sería como enfrentarme a los obstáculos que tuve que superar cuando mis padres murieron, y lo conseguiré, pero ahora mismo, después de esta noche y del champán, no creo que...

—Entonces, ¿es sólo hoy cuando no quieres compartir mi cama?

—No, no es sólo esta noche.

—Entonces, ¿no es sólo por el champán tampoco?

Lizzie no podía hablar. No podía mirarle ni tampoco podía huir de él. Lo único que pudo hacer fue negar con la cabeza.

—Mentiría si dijera que no se me había declarado una mujer con anterioridad, y mentiría todavía más si dijera que me gustó la experiencia —le dijo Ilios con brusquedad—. Por lo que a mí respecta, soy un hombre que sale a cazar, que selecciona la mujer que le gusta y la persigue, no al revés.

Lizzie alzó la cabeza.

-No me estaba declarando —protestó con firmeza—. Sólo estaba tratando de explicarme, de advertirte.

Al ver que Ilios no decía nada, continuó con decisión.

Podría dormir en la habitación de invitados, y luego, por la mañana...

Ilios estaba negando con la cabeza.

—No. Ahora que soy consciente de la situación, puedes confiar en que daré los pasos necesarios para enfrentarme a esto. Eso era lo que tú querías después de todo, ¿verdad? Que yo me responsabilizara de la situación.

-Sí —se vio obligada a admitir Lizzie.

-Muy bien. Tengo trabajo pendiente, unos presupuestos que revisar y contestar algunos correos. ¿Por qué no te pones cómoda en la que vas a ser tu habitación y dejas de preocuparte? Es deber del marido proteger a su mujer, ¿no es así?

La actitud de Ilios daba a entender que ya había dado por finalizado el asunto.

—No soy tu mujer. Y en cualquier caso, muchas mujeres dirían que no tienen necesidad de ser protegidas.

—Te estás preocupando sin necesidad e imaginando problemas donde no los hay —le dijo Ilios con firmeza.

Si se iba a la cama ahora, con un poco de suerte se dormiría antes de que Ilios se uniera a ella. Con toda probabilidad ésa era la razón por la que iba quedarse trabajando un rato, reflexionó Lizzie mientras recogía el abrigo y asentía para darle le razón a lo que acababa de decir.

La habitación de Ilios tenía el doble de tamaño que la suite de invitados, y contaba con baño y zona de ducha unidos. No era que Lizzie tuviera pensada pasar más tiempo del que era absolutamente necesario en aquel moderno baño, con su suelo de piedra caliza y su gigantesca bañera en forma de cuenco.

La cama, tal y como Ilios le había dicho, era muy grande, suficiente sin duda para que cupieran una pareja y al menos cuatro niños; suficiente para que dos personas adultas durmieran completamente separadas. En cualquier caso, Lizzie miró hacia el enorme sofá que había al otro lado del dormitorio, y entonces, todavía envuelta en la toalla, se acercó a él. Se llevó uno a uno todos los cojines a la cama, donde los colocó cuidadosamente en medio de la inmaculada colcha de algodón gris pálido.

Ya estaba. Eso debería detenerla si intentara hacer alguna tontería mientras dormía.

Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar el pijama de algodón que había traído de su casa.

Diez minutos más tarde, con el pijama de camiseta y pantalones cortos, Lizzie retiró la ropa de cama y se metió en su mitad de la cama.

Ilios se pasó las manos por la cara para relajar la tirantez del rostro y luego consultó su reloj. Eran casi las dos de la mañana. Lizzie debería estar dormida a aquellas alturas. ¿De verdad tenía necesidad de hacer aquello?, le preguntó una voz interior. Después de todo, era perfectamente capaz de asegurarse de que no sucediera nada que él no quisiera que sucediera, ¿verdad? O tal vez, teniendo en cuenta los extremos a los que estaba dispuesto a llegar para evitar unirse a ella, no estuviera tan seguro como le gustaría estar.

Ilios miró al sofá. Si así era como se sentía, entonces más le valía no arriesgarse, ¿verdad? Recogiendo una de las mantas de cachemira que había colocadas encima de uno de los sofás, Ilios se tumbó y se tapó con ellas. Después, apagó las luces con el control remoto.

Aquello sin duda no era algo que había imaginado cuando decidió

que Lizzie sería una esposa falsa perfecta, pensó con ironía. Dormir en el sofá mientras ella ocupaba su cama con el propósito de protegerse de sí misma…

Capítulo 9

CAFÉ.

Era una afirmación, no una pregunta, y la voz varonil y familiar que la pronunció despertó bruscamente a Lizzie de su sueño.

Ilios, vestido con un albornoz blanco y oliendo a piel de hombre limpia, estaba de pie al lado de la cama, de su lado de la cama, tendiéndole una elegante taza de porcelana blanca con la clara intención de que la agarrara. Lizzie salió obediente del cálido nido de la ropa de cama para sentarse y extendió una mano para hacerse con la taza mientras que con la otra mantenía la ropa de cama pegada al cuerpo

—Entonces, ¿todavía no estoy a salvo? —bromeó Ilios.

Un brillo de algo parecido a la diversión iluminó sus ojos de águila.

¡Estaba sonriendo! Lizzie sintió una oleada de alegría que la llevó a devolverle la sonrisa antes de que pudiera evitarlo mientras tomaba la taza que le ofrecía.

Entonces recordó la conversación de la noche anterior y gruñó para sus adentros.

No se le ocurrió ninguna respuesta adecuada ni madura, así que apartó los ojos de él y estuvo a punto de dejar caer el café sobre las sábanas cuando vio que los cojines del sofá que ella había colocado cuidadosamente la noche anterior habían desaparecido.

Con los ojos abiertos de par en par, acusó a Ilios.

-Te has llevado los cojines.

—No tuve elección. Tengo que pensar en el daño que sufriría mi reputación si María llegara y te encontrara parapetada a un lado de la cama.

-Podrías haberle dicho que hemos tenido una discusión.

—Sí, podría —reconoció Ilios—. Pero hay un dicho que afirma que uno no debe dormir nunca con un enfado ni sin su mujer. María es de la vieja escuela, y pensaría que cuanto más fuerte la discusión, más apasionada la reconciliación.

A ojos de María, una pelea entre marido y mujer sólo puede terminar de una manera... con el nacimiento de un bebé nueve meses más tarde.

Lizzie se estremeció.

¿Por qué le había dicho eso? Debía saber el efecto que podría tener sobre ella después de lo que le había confesado. Si aquél a era su manera de asegurarse de que no se dejara llevar por el deseo hacia él,

Lizzie no creía que estuviera funcionando.

—Tiene que haber algo que le puedas decir a María que le haga aceptar que durmamos en habitaciones separadas… después de todo, todavía no estamos casados.

—No, no hay ninguna —afirmó Ilios—. Debes saber que, en esta parte de Grecia, un hombre debe probar su hombría delante de todo el mundo para ganarse su respeto y mantenerlo. Eso es lo que implica ser el amo de la casa. Ningún hombre griego admitiría públicamente que los requerimientos sexuales de su esposa no son bien recibidos.

—No estaba sugiriéndote que le dijeras eso —afirmó Lizzie indignada.

Ilios miró hacia la cama. Sin maquillaje, con el pelo cayéndole por los hombros y con la parte de su cuerpo que no estaba oculta bajo la ropa de cama cubierta con lo que parecía ser una camiseta grande, Lizzie no tenía aspecto de seductora.

Entonces, ¿por qué su cuerpo afirmaba que sí, y por qué se sentía tentado por ella?

Lizzie miró a su alrededor con aire ausente y se dio cuenta de algo en lo que no se había fijado antes: el otro lado de la cama estaba sin deshacer.

Se giró hacia Ilios con gesto acusador.

—No has dormido conmigo, ¿verdad?

Al ver que él levantaba las cejas, se corrigió.

—Quiero decir que no has dormido en esta cama esta noche.

—No, así es.

—Entonces, ¿dónde has dormido?

—En el sofá. Cuando terminé de trabajar, era ya muy tarde, y no quise molestarte. Verás, estabas durmiendo en mi lado de la cama. Podría haberte movido mientras dormías, sin despertarte, por supuesto, pero después de lo que me habías dicho, no me pareció oportuno arriesgarme a que te despertaras en mis brazos y pensaras…

—¿Temías que te buscara en sueños?

—Algo así —reconoció Ilios tenso.

Lo que iba a decir era que no quería que se despertara en sus brazos pensando que él sentía el mismo deseo. Ni tampoco iba a admitir que la idea de estrecharla entre sus brazos había atormentado su cuerpo con un salvaje deseo sexual durante las largas y lentas horas de la noche en las que no había podido dormir.

—He estado pensando que tal vez deberíamos estar sólo prometidos. No casarnos.

Entonces podrías decirle a María que no soy el tipo de mujer que comparte cama con su novio antes de que sea su marido —le dijo

Lizzie a Ilios.

—Necesito una esposa, no una prometida. Ya lo sabes. Y además, ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

A Lizzie empezó a latirle el corazón con fuerza.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos una cita a las once y media de la mañana con el notario que ha llevado el papeleo de nuestra boda. Nos va a acompañar al ayuntamiento para que formalicemos los últimos trámites y entonces podremos casarnos.

—¿Hoy? ¿Tan pronto? Pero eso es imposible. Quiero decir, ¿no se tarda un poco más en arreglar las cosas?

—Normalmente sí. Pero cuando les expliqué a mis amigos del ayuntamiento lo impaciente que estoy por convertirte en mi esposa, aceleraron amablemente los trámites para nosotros. Manos Construction tiene actualmente un contrato para renovar ciertas partes de la ciudad, y el gobierno local está encantado con la idea de que ese trabajo termine antes de lo previsto.

—¿Estás diciendo que les has sobornado para que podamos casarnos rápidamente?

—le acusó Lizzie. —No, no les he «sobornado», como tú dices —los ojos de Ilios brillaron con ira—. No llevo mi negocio a base de sobornos, creí que eso te había quedado claro. A lo único a lo que accedí fue a hacer todo lo posible para asegurarme de que las obras estén terminadas antes de plazo y con la máxima calidad, algo en lo que siempre insisto. Aquí estamos en zona de terremotos. Es importante que eso se tenga en cuenta en los proyectos de construcción, aunque algunos contratistas con pocos escrúpulos intentan hacer recortes. Y

ahora, me vestiré mientras te acabas el café, y luego te dejaré tranquila para que te vistas.

—¿Tranquila? ¿Cómo iba a sentir algo remotamente parecido a la tranquilidad ahora que había conocido a Ilios?, se preguntó Lizzie una hora más tarde, cuando estaba en el vestidor que ahora compartía con su futuro marido observando su propio reflejo.

Se había puesto un vestido de lana blanca con falda de vuelo y chaqueta a juego, lo más cercano que había sido capaz de encontrar entre su ropa nueva que resultara «nupcial». Aunque aquélla no era una boda auténtica, ni ella una novia de verdad, por supuesto. Debía recordarlo. Aunque iba a resultar difícil que lo olvidara, ¿verdad?

Había sido un impacto descubrir que iban a casarse tan rápidamente, pero tendría que haber imaginado que Ilios no perdería

el tiempo para poner sus planes en práctica.

Se dirigió hacia la puerta. Suponía una extraña sensación saber que la próxima vez que se mirara en aquel espejo ya no sería Lizzie Wareham.

Sería la señora de Ilios Manos.

Capítulo 10

RECUERDA que tú accediste a esto —le advirtió Ilios a Lizzie mientras estaban juntos en los escalones por los que se accedía al ayuntamiento.

El notario de Ilios, que había estado con ellos todo el rato durante la sencil a ceremonia que los había convertido en marido y mujer, se retiró discretamente cuando Ilios la tomó del brazo.

Lizzie, que no se veía capaz de hablar, asintió con la cabeza y forzó una sonrisa.

Hacía muy bien recordándose a sí misma que aquél no era un matrimonio de verdad, ni una boda auténtica, y que Ilios no era su marido de verdad. Y sin embargo, hubo un momento espantoso cuando estuvieron frente al funcionario que los casó, y dentro de su cabeza Lizzie visualizó la pequeña iglesia del pueblo en el que había crecido y a ella vestida de blanco, con su padre al lado muy orgulloso y su madre colocándole el vestido mientras sus hermanas reían e Ilios los miraba a todos sonriendo. Lizzie experimentó entonces una dolorosa sensación de pérdida que le golpeó el corazón.

—Vamos —la urgió Ilios.

El sol brillaba con fuerza, secando el suelo todavía húmedo por la l uvia que había caído mientras estaban en el interior del edificio. La brisa resultaba fresca.

Todavía faltaban muchas semanas para que llegara el verano con su calor, y por primera vez desde que había accedido a casarse con Ilios, Lizzie deseó desesperadamente que aquellas semanas pasaran volando para poder ser libre de regresar a casa con su familia. Se había sentido muy mal y muy sola al casarse

sin ellos aunque se tratara de un matrimonio falso. Sentía una inmensa nostalgia de su infancia, su casa, sus hermanas y sus sobrinos.

El sol brillaba con fuerza sobre su flamante anillo de casada. Tenía que dejar de sentir lástima por sí misma y recordar por qué había accedido a casarse con él. Todavía la tenía sujeta por el codo, como si fuera un novio atento, sin duda de cara al notario con el que ahora está hablando en griego. Los dos la estaban mirando, excluyéndola de la conversación, recordándole que era una forastera en tierra extranjera en la que estaba sola.

La presión de la mano de Ilios en su brazo la atrajo hacia él, como si... como si hubiera presentido lo por lo que estaba pasando y quisiera tranquilizarla como hubiera hecho un marido de verdad. Aquello, por supuesto, era ridículo.

Aunque hubiera averiguado cómo se sentía, lo normal era que no le interesara, ¿verdad? Podía sentir cómo le acariciaba la piel con el pulgar a través de la chaqueta. Sin duda estaba tan acostumbrado a acariciar a sus amantes, que ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo, pensó Lizzie mientras trataba de ignorar el efecto que su distraída caricia estaba provocando en ella. Ilios estaba girándose hacia ella, sonriéndole con cariño, seguramente de cara a la galería.

-Discúlpanos por hablar en griego, agapi mu —le dijo—. Estábamos hablando de negocios. Pero ahora, Nikos, estoy impaciente por llevar a mi bella esposa a la comida de celebración.

El notario se marchó enseguida e Ilios la acompañó de regreso a su coche.

Lizzie había dado por hecho que la llevaría directamente al apartamento, y que la dejaría allí para ir después a la oficina, pero lo que hizo fue aparcar el coche en un espacio situado fuera de un elegante restaurante.

-No creí que dijeras en serio lo de la celebración —le dijo Lizzie.

—No lo dije en serio.. pero tenemos que comer —apuntó él, restándole importancia antes de salir del coche y rodearlo para abrirle la puerta.

Tal vez no fueran a celebrar públicamente su matrimonio, pero el sagaz dueño del restaurante, que había saludado a Ilios con mucho cariño cuando entró, debió notar algo, tal vez el anillo de boda, pensó Lizzie. El corazón le dio un vuelco cuando se acercó ahora a su mesa con champán y una sonrisa. Por supuesto, no podía ofenderle negándose a aceptar su amabilidad, pero no pudo evitar mirar a Ilios mientras les llenaba las copas del espumoso líquido.

Deseó no haberlo hecho cuando él alzó la copa hacia la suya y dijo con voz suave y cargada de intención:

-Por nosotros.

-Por nosotros —repitió ella débilmente, bebiéndose rápidamente su propia copa para ocultar el hecho de que le estaba temblando la mano.

Trató de consolarse diciendo que no podía culparse demasiado por su reacción.

Después de todo era lógico que una boda, aunque fuera falsa, provocara algún efecto en las emociones de una persona.

Del mismo modo que era normal que un hombre como Ilios tuviera un efecto sexual sobre una mujer.

El brindis no debía tomarse como un brindis por ellos como pareja, y Lizzie estaba segura de que el énfasis que Ilios había puesto en él era

un recordatorio privado para ella de que estaba brindando por ellos como individuos independientes y no como una pareja recién casada.

Lizzie se dio cuenta de que, aunque antes había tenido hambre, ahora tenía las emociones demasiado a flor de piel para dar buena cuenta de la deliciosa comida. Desesperada por encontrar algo que la distrajera del hecho de que, por muy extraño que fuera, estaba casada con Ilios, Lizzie miró a su alrededor.

Le l amó la atención un grupo familiar que había en una mesa. Los padres, una mujer joven de cabello oscuro y un hombre de sonrisa paternal, estaban acompañados por sus tres hijos: un niño que parecía un poco mayor que los gemelos, una niña que debía tener cuatro años y un bebé en un carrito. Aunque los niños no eran de la misma edad ni del mismo sexo, la relación que había entre ellos le recordó a su propia infancia.

El niño, que tenía una expresión seria y sin duda se sentía orgulloso de su papel de hermano mayor, vigilaba a la niña pequeña y al bebé mientras la niña se inclinaba sobre el cochecito para hacerle monerías al bebé. Por encima de sus cabezas, sus padres intercambiaron una sonrisa tierna.

Lizzie agarró rápidamente su copa de champán para tratar de pasar el nudo de emoción que se le había formado en la garganta. No por sí misma, ya que sus hermanas y ella habían vivido la clase de amor que emanaba de aquella familia. No, su tristeza y su dolor se debían a otros niños... los hijos de Ilios.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, le preguntó a Ilios: —¿Estás seguro de que no existe alguna manera de que tu primo y tú podáis arreglar vuestras diferencias?

—Si estás tratando de decirme que estás deseando que nuestro matrimonio acabe cuanto antes, entonces...

—No, no se trata de eso —le detuvo Lizzie—. Es por los niños... tus hijos —enfatizó cuando vio a Ilios fruncir el ceño mirando hacia la mesa de la familia.

Inclinándose sobre la mesa, le preguntó con voz pausada: —¿Se te ha ocurrido pensar lo que sería de ellos si algo te ocurriera a ti? No tendrían a nadie... ni padre, ni madre ni ninguna familia. No tendrían a nadie en su vida que les proporcionara seguridad, y no habría nadie para contarles su propia historia, nadie que les hablara de ti. Sé que financieramente estarán protegidos, pero eso no es suficiente. Estarían terriblemente solos.

Ilios estaba mirando su plato. Le había enfurecido. Lizzie esperaba que le dijera que el futuro de sus hijos no era asunto suyo. Cuando alzó la cabeza y miró a Lizzie, le resultó imposible descifrar su

expresión.

—Entonces, ¿crees que debería arreglar las cosas con mi primo para que, ante un eventual fallecimiento mío, abriera los brazos y el corazón a mis hijos y se convirtiera en un segundo padre para ellos?

Dicho así, lo que Lizzie había dicho parecía algo sacado de una película romántica, admitió ella.

—La familia es importante —insistió Lizzie.

-¿Y si hago lo que me has sugerido y mis hijos terminan siendo humil ados y maltratados por mi primo, como me sucedió a mí? ¿Y si abusa de la confianza que puse en él por su propio beneficio económico?

-Por eso te preguntaba si sería posible que arreglaras las cosas con él —se defendió Lizzie—. Ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—Entiendo. Yo me reconcilio con mi primo y tú te libras del compromiso que has adquirido.

-¡No! Estoy preparada para permanecer casada todo el tiempo que haga falta.

Ilios arqueó una ceja en señal de burla y luego pregunto: —¿El tiempo que haga falta para qué?

Lizzie sintió deseos de dar un fuerte pisotón al suelo. Ignorando su propio rubor, le dijo con firmeza:

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. No estoy intentando librarme de nuestro acuerdo. Si yo hiciera esto estarías en tu derecho moral a exigir que te pagara el dinero que me has dado... dinero que necesito para asegurar la seguridad financiera de mi familia. Sé que has dicho que no crees en el amor, pero negarle a tus propios hijos la protección emocional que van a necesitar...

Lizzie vaciló y luego optó por ignorar la angustia que le producía causarle enojo. Si iba a defender a los hijos de Ilios, debía hacerlo sin pensar en su propia posición.

—Seguro que no querrás que sufran como tú en su infancia, ¿verdad?

Ilios la miró en silencio mientras ella contenía la respiración a la espera de su respuesta.

Cuando llegó, resultó ser muy inesperada.

—Está claro que el champán no sólo te despierta deseo hacia mi cuerpo, sino también el deseo de hablar claro.

—Lo que he dicho no tiene nada que ver con el champán — aseguró ella con vehemencia.

—¿No? ¿La frase in vino veritas no significa nada para ti?

«En el vino está la verdad». No era el champán lo que había liberado sus inhibiciones. Fue el hecho de ver a aquella pequeña

familia feliz. Pero Lizzie tenía la sensación de que Ilios no la creería.

¿Arreglar las cosas con su primo? Ilios pensó en el modo como Tino le había atormentado cuando era niño recalcando que él tenía una madre, tías, tíos y primos, mientras que a él su propia madre le odiaba tanto, que le había abandonado. Por supuesto, Tino había tenido que cargar con su propia cruz. Su abuelo no había permitido nunca que olvidara que su padre había muerto como un cobarde. Para su abuelo, los descendientes varones sólo estaban allí para cumplir con el destino de los Manos: Hacerse cargo de la villa, de la tierra sobre la que se alzaba, y continuar con su antaño gloriosa historia. Todo lo demás no importaba.

Pero Lizzie tenía razón. Ningún hombre era inmortal, y si él muriera antes de que sus hijos fueran lo suficientemente mayores como para manejar sus propios asuntos, entonces habría una gran cantidad de buitres rondándoles para lanzarse sobre el bocado de su herencia.

Lizzie y él veían la vida desde puntos de vista muy distintos. El a creía apasionadamente en el poder del amor, en la paternidad y en la familia. El, no. Cuando llegó la ocasión, Lizzie había antepuesto a sus hermanas a ella misma, y cada palabra que pronunciaba dejaba claro que haría cualquier cosa que estuviera en su mano para protegerlas. Igual que haría con sus hijos si llegara a ser madre.

Ilios frunció el ceño. Aquello no casaba con la opinión que él tenía de las mujeres.

Podría aceptar que Lizzie pudiera ser una rara excepción. Bueno, ¿y qué? El problema radicaba en que había demasiados «y qué» en su modo de reaccionar ante Lizzie Wareham reconoció Ilios recordando que él mismo se había hecho esa pregunta cuando se vio obligado a admitir que sentía una cierta atracción por ella.

Atracción sexual y deseo. No tenía ninguna explicación racional para el modo en que le hacía sentirse, y tratar de averiguarlo sólo servía para acrecentar ese deseo.

Y sin embargo, por mucho que quisiera imponer su voluntad sobre aquella atracción, su cuerpo se negaba a aceptarlo. De hecho sucedía justo lo contrario. El deseo que había estado atormentándole se había convertido en algo insoportable. Aquello iba totalmente en contra de todo lo que creía saber de sí mismo. El hecho de que Lizzie hubiera admitido que le deseaba había aumentado su propio deseo en lugar de destruirlo.

Ilios miró la copa de champán medio vacía de Lizzie, y luego la botella que todavía estaba metida en hielo. Agarrándola, le dijo: -Será mejor que termines esto si no quieres ofender a Spiros… y yo no

quiero terminar sin poder levantarme de la mesa.

Lizzie negó con la cabeza.

—Ya me he tomado una copa entera —le recordó ella.

-¿Y si tomas dos puede que no seas capaz de controlar el deseo que sientes por mi cuerpo? —la retó.

Antes de que Lizzie pudiera pensar en una respuesta adecuada, Ilios continuó con tranquilidad mientras le rellenaba la copa: —Tengo la sensación de que la mejor manera de sofocar tu curiosidad sexual sería satisfaciéndola.

¿Qué diablos le había llevado a decir algo semejante?, se reprendió Ilios para sus adentros. Pero por supuesto, ya conocía la respuesta. Lizzie no era la única que estaba luchando contra un deseo que no quería sentir. Tal vez lo que él había sugerido era la mejor manera de que ambos se libraran de una atracción que ninguno de los dos deseaba experimentar.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Estaba sufriendo alucinaciones o de verdad Ilios estaba sugiriendo que...? No, debía estar imaginándolo.

—¿Es. . es una proposición? —consiguió preguntarle a Ilios con la esperanza de que pareciera que sabía que no era así.

Pero se quedó completamente desconcertada ante su respuesta.

—Si tú quieres, sí.

¿Quería? ¿Qué estaba sucediendo allí? ¿Estaba dando a entender Ilios que la deseaba? ¿Físicamente? ¿Sexualmente?

Lizzie se negó a responderle. Sencillamente, no se atrevía.

No le gustaba el modo en que Ilios la estaba mirando. Y no le gustaba nada que aquella mirada estuviera haciendo que el fuego líquido del deseo corriera por sus venas, como si fuera una fan adolescente en presencia de su ídolo, indiferente a la realidad o al peligro. Tampoco le gustaba el modo en que de pronto quería mirar la boca de Ilios e imaginar... Apenas podía respirar, ni pensar... al menos en nada que no implicara cierta intimidad con Ilios. Quería descubrir si aquel labio inferior carnoso implicaba lo que parecía. ¿Qué sucedería si lo tocaba con las yemas de los dedos, lo saboreaba con la lengua, lo exploraba y...?

Desesperada, Lizzie le dio un sorbo a su copa de champán. Sin duda necesitaba algo para enfriar el calor sensual que se había apoderado de ella. Ilios seguía mirándola, mirándola como si supiera todo lo que estaba pensando y sintiendo. No, no le gustaba aquella mirada ni lo que sugería.

Lizzie aspiró con fuerza el aire mientras la conciencia la aguijoneaba. Bueno, de acuerdo, le gustaba, pero no le gustaba que le gustara.

Diez minutos más tarde, cuando Ilios le abrió la puerta del coche, Lizzie se dio cuenta de que la verdad era que, por mucho que deseara vivir la experiencia de tener una relación sexual con Ilios, y por muy dispuesta que estuviera a explorar cada rincón de él, seguía siendo lo suficientemente mujer como para querer que fuera él quien diera el primer paso y le mostrara que la deseaba tanto ella a él o más. Necesitaba sentir su deseo. Necesitaba sentir que la deseaba tanto, que no podía negar aquel deseo. Sólo entonces se dejaría llevar por su pasión. Y por supuesto, eso no iba a suceder... ¿verdad?

Pero, ¿y si sucedía? Ilios podía tener razón, y la mejor manera de superar el deseo que la estaba atormentando era irse a la cama con él. Una cálida excitación le recorrió el cuerpo. Era una mujer, se recordó a sí misma, después de todo tenía veintisiete años, no era una adolescente. Conocía perfectamente cuál era la situación. ¿De verdad quería volver a casa sin experimentar lo que Ilios le ofrecía sólo por miedo? ¿No miraría años después hacia atrás con arrepentimiento, o peor, con dolor, por lo que no había hecho? Después de todo, era algo perfectamente seguro. No era que estuviera enamorada de Ilios y pensara que, teniendo relaciones sexuales con él, o haciendo el amor con él, Ilios fuera a enamorarse o a perder la cabeza por ella.

No, aquello era deseo sexual puro y duro. Se trataba de responder, de explorar, de satisfacer el deseo que había ido creciendo en su interior desde su primer encuentro. Nadie excepto ellos dos tendría que saber que ella se había salido brevemente del papel que se había adjudicado tras la muerte de sus padres...

un papel que significaba que siempre había sido la hermana mayor responsable, que controlaba su comportamiento para dar buen ejemplo a sus hermanas pequeñas.

Allí, con Ilios, era libre para experimentar lo que nunca podría en la vida real: pasión sensual sin tener que pensar en nada más. ¿Qué mal podría haber en ello? Si llegaba a ocurrir, sería sólo una vez, eso era todo, una aventura excitante y seductora. Si Ilios repetía la oferta, ¿sería lo suficientemente valiente como para hacer lo que de verdad deseaba?

¿O sería una cobarde que se pasaría el resto de su vida lamentando haber vacilado?

Capítulo 11

HABÍAN hecho el trayecto de regreso al edificio de Manos Corporation en, silencio, y en ese mismo silencio habían salido del coche y se habían subido al ascensor del que acababan de salir ahora. Ilios abrió la puerta del apartamento con la llave.

—¿Qué es esto? —preguntó Lizzie con curiosidad casi olvidando la razón de su anterior incapacidad para hablar cuando se inclinó para recoger un pequeño abalorio azul que había en el suelo al lado de la puerta.

—Está claro que María ha pasado por aquí, y también que debe saber que hoy es el día de la boda —respondió Ilios quitándole el abalorio y volviendo a colocarlo en el suelo—. Se utiliza para proteger del mal de ojo, una tradición griega. Está claro que María aprueba nuestro matrimonio, y al dejar esto nos está protegiendo de la mala suerte.

Lizzie asintió con la cabeza. Le habría gustado haberse quitado el vestido de lana blanca y el abrigo y ponerse algo menos arreglado, pero le preocupaba que cualquier movimiento en dirección al dormitorio por su parte pudiera ser malinterpretado por Ilios.

—¿Quién ha diseñado el jardín? —le preguntó para cambiar de tema—. Todavía no he salido, pero...

—Yo lo diseñé. O al menos copié ciertos elementos de los jardines de Villa Manos y los adapté aquí.

Mientras hablaban habían entrado en el salón.

—¿Estaré a salvo si te ofrezco dar un paseo por el jardín? —preguntó Ilios.

¿De verdad pensaba que podía abalanzarse sobre él? ¿Esperaba que tomara ella la iniciativa? No podía. No sin saber que él también la deseaba.

Lizzie se preguntó qué estaría pensando de verdad... y sintiendo. ¿Había hablado en serio cuando le dijo aquello en el restaurante o simplemente se estaba riendo a su costa? Y lo que era peor, ¿había estado pensando en llevársela a la cama y luego, tras reflexionar, decidió no tomarse la molestia? Tal vez había interpretado mal las palabras de Ilios, o se las había tomado demasiado en serio. Y ahora él estaba echándose atrás porque no había hablado en serio. A Lizzie se le sonrojó el rostro al pensarlo.

—Si no te importa que te lo diga, si quieres ir a dar una vuelta por el jardín tal vez quieras ponerte primero algo más cómodo, algo menos...

El sonido de la voz de Ilios hizo que Lizzie centrara la atención en lo que le estaba diciendo y tratara de concentrarse en el momento, —¿Algo menos blanco? —sugirió con alegría.

Se negó a utilizar la palabra «nupcial» por todo lo que implicaba.

Ilios asintió con la cabeza.

—Mira, necesito mandar un par de correos, así que, ¿por qué no vas a cambiarte? Tómate todo el tiempo que quieras. No hay prisa.

***

Si Ilios había sabido lo incómoda que se estaba sintiendo con aquella ropa, no podría haber sido más efectivo para ayudarla a sentirse bien, reconoció Lizzie unos minutos más tarde cuando estuvo bajo la ducha del baño del dormitorio principal. No era que pensara que podría haber sabido lo que sentía. De hecho, probablemente sólo querría que se apartara de su camino.

Cuanto más pensaba en ello, más se consideraba una estúpida por haber pensado que estaba sugiriendo que la deseaba.

Se duchó rápidamente y utilizó su gel favorito de Jo Malone. Al hacerlo se dio cuenta de que el envase estaba prácticamente vacío. Ya no iba a poder disfrutar de los tratamientos de Jo Malone. Sin duda, todos los miembros de la familia terminarían utilizando algo adecuado para los gemelos. Sonriendo para sus adentros, Lizzie salió de la ducha, se secó rápidamente y luego se colocó una tol a gigante alrededor del cuerpo. Después de quitarse el gorro de ducha que se había puesto para mantener el cabello seco, abrió la puerta del vestidor y se detuvo en seco con los ojos muy abiertos al ver a Ilios abriendo su guardarropa. Al parecer se había dado una ducha, igual que ella... sólo que él se había colocado la toalla en la parte inferior de las caderas, y le llegaba sólo a media pierna.

La exclamación de Lizzie fue un sonido medio ahogado y tan traicionero como la manera en que se agarró a la toalla con gesto protector.

-Creí que habías dicho que ibas a estar ocupado mandando unos correos —fue lo único que se le ocurrió decir.

-Cambié de opinión y decidí darme una ducha. No iba a decirle que el deseo que le había provocado hacía que le resultara imposible hacer nada que no fuera darse una ducha fría.

Seguramente habría utilizado la ducha de la habitación de invitados, y ésa era por supuesto, la razón por la que ahora estaba allí buscando ropa.

—Yo. . esperaré en el baño hasta que.. hasta que hayas terminado.

¿Era suya aquella voz nerviosa y agitada?

—¿Para qué así no te abrume el deseo que sientes hacia mí?

¿Por qué le habría contado aquello? La broma estaba empezando a resultarle a Lizzie muy pesada.

—Te voy a decir una cosa...

La voz de Ilios quedó amortiguada por la puerta del guardarropa que había abierto y que se interponía ahora entre ellos, y Lizzie tuvo que agudizar el oído para escuchar lo que estaba diciendo. Dio automáticamente un par de pasos hacia él para poder escucharle bien.

¿Qué iría a decirle?

—En lugar de hablar por el deseo que sientes hacia mí, ¿por qué no vienes aquí y me lo demuestras?

La puerta se cerró de golpe. Ilios estaba demasiado cerca de ella... o mejor dicho, Lizzie estaba demasiado cerca de él. Pero cuando decidió dar un paso atrás, la mano derecha de Ilios le agarró la toalla y tiró de ella con firmeza.

¿Qué podía hacer Lizzie? Si se quedaba donde estaba, se encontraría en peligro de perder la toalla, y si se movía tendría que ser hacia delante, hacia él, y eso significaría...

—¿No tienes nada que decir?

Estaba casi pegada a él, y la mano de Ilios no estaba agarrando la toalla. Lo que estaba haciendo era acariciarle el brazo desnudo hasta el hombro, recorriéndole el cuello, cubriéndole el rostro. Primero con una mano y luego con las dos.

—Muy bien, entonces, ¿por qué no hago yo esto?

Ilios terminó la frase en un susurro, pronunciando las palabras prácticamente contra sus labios. Los de él resultaban suaves, cálidos y expertos cuando se movieron lentamente sobre los suyos, deteniéndose, levantándose para permitir que ella tomara aire con un jadeo tembloroso. Los dedos de Ilios le acariciaron la piel del rostro y luego volvió a besarla otra vez, lenta y seductoramente. Cada segundo de contacto le proporcionaba un mundo propio de placer que le entregaba para luego retirárselo. Un increíble placer erótico, tormentoso y seductor. No fueron más que unos besos suaves, pero resultaron al mismo tiempo tan profundamente sensuales, que la transportaron a un mundo completamente nuevo.

Cada vez que la besaba y luego se retiraba, Lizzie se acercaba en busca de más. Alzó la mano hacia su rostro.

—He deseado esto desde el instante en que te vi —admitió sin respiración, rozándole la piel con la yema de los dedos, absorbiendo su textura, aprendiéndose la forma de los músculos que había bajo la piel cálida.

—¿Sólo esto? ¿Nada más?

La voz de Ilios sonó suave y cálida, tan erótica para sus sentidos

como la fina línea de sedoso vello que le recorría el cuerpo. Sus palabras, con su tentadora invitación, la hicieron temblar con la intensidad de su propio deseo.

—¿Esto, tal vez? —sugirió Ilios deslizando la mano por la curvatura de su cuello y besándole el hombro desnudo.

Cada movimiento de sus labios le provocaba una tormenta de estremecido placer.

—¿O esto?

Su lengua le recorrió la sensible piel de debajo del lóbulo de la oreja, provocando que se estremeciera visiblemente y se agarrara a él como si temiera derretirse. Le deseaba demasiado, y eso hizo que le resultara más difícil de soportar que dejara de besarla y la soltara.

¿Eso era todo? ¿Iba a dejarla así, deseando con toda su alma que...?

—Vamos —le dijo Ilios—. Te enseñaré el jardín.

¿El jardín? ¿Ahora? No quería ver el jardín. Lo quería a él. Pero Ilios estaba ya tomándola de la mano y tirando de ella mientras se dirigía hacia la puerta.

Habían regresado tarde de comer y ahora era casi de noche. Unas luces colocadas estratégicamente iluminaban el jardín, transformándolo en un lugar lleno de imágenes mágicas. El templo en ruinas destacaba contra el cielo de la noche, la columnata estaba cubierta por una red de pequeñas luces.

—Es precioso —admitió Lizzie con aire ausente, todavía mareada por sus besos y todavía envuelta únicamente en la toalla.

Era cierto lo que había dicho del jardín, pero estaban en un dormitorio con una cama enorme, y en aquel momento lo único que quería era estar allí tumbada con Ilios sin que nada se interpusiera entre ellos.

Estaba claro que Ilios no sentía lo mismo, porque la estaba llevando por un pequeño sendero. Las baldosas resultaban frías bajo sus pies desnudos. Los muros que se habían levantado para proteger el jardín hacían que resultara confortablemente cálido, y por encima de ellos, el cielo de la noche estaba plagado de estrellas que parecían diamantes sobre un fondo de terciopelo. Su brillo se reflejaba en la piscina.

Debió ser una noche como aquél a cuando los dioses descendieron del Olimpo para mezclarse con los mortales... y con las mujeres, pensó Lizzie recordando cómo algunos mitos griegos contaban la historia de mujeres que se quedaban embarazadas de hermosos dioses. Se detuvo para tocar las hojas de un olivo.

—Olivos y viñas. Comida y bebida —murmuró Ilios.

—Ambrosía y néctar —susurró a su vez Lizzie. Habían llegado al extremo de la piscina, y cuando Lizzie miró hacia las ruinas, Ilios sugirió de broma: —Creo que podemos prescindir de eso, ¿verdad?

Lizzie contuvo el aliento cuando le quitó la toalla, pero el pudor que esperaba sentir había desaparecido, fundido, sospechaba, con el calor que la inundó cuando su mirada la recorrió como si la estuviera acariciando.

¿Qué le estaba ocurriendo? Estaba con un hombre que la hacía sentir como ningún otro le había hecho sentirse nunca, y era la sensación más deliciosamente sensual que había experimentado jamás. La conciencia de su propia desnudez le proporcionó un escalofrío de placer añadido, le hizo desear estirarse eróticamente bajo el calor de la mirada de Ilios. Observó cómo se quitaba él también la toalla y el corazón le latió con anticipación mientras esperaba a que la tomara entre sus brazos.

Pero él se sumergió en el agua de la piscina, y salió un instante después unos metros más allá antes de girarse con los brazos extendidos hacia ella.

—Salta. El agua está caliente.

¿Iban a darse un baño?

Lizzie aspiró con fuerza el aire y saltó.

Los brazos de Ilios la rodearon. Estaban cuerpo contra cuerpo, el agua apenas le cubría los senos. Era un contacto cálido que le rozaba los sensibilizados pezones y el espacio de entre las piernas, tan sensual como la caricia de un amante.

Las manos de Ilios le recorrían la piel, sus movimientos vibraban en el agua.

Tenía completo control sobre el deseo de Lizzie, la llenaba de placer y luego la vaciaba. Su cuerpo era un recipiente dispuesto a ser llenado con el placer que le proporcionaba. Sentir la respiración de Ilios contra la piel la llevó a gritar suavemente, a arquear el cuello ante su contacto del mismo modo que arqueaba el cuerpo para que la poseyera. Era suya, podía hacer con ella lo que quisiera.

Lizzie cerró los ojos ante la dulce agonía de aquel deseo creciente, y volvió a abrirlos al instante cuando Ilios se colocó de espaldas en el agua, atrayéndola hacia sí para que se colocara encima de él con el cuerpo apretado contra el suyo. Cada centímetro de su ser era consciente de cada centímetro del suyo.

Ilios dio unas fuertes patadas al agua y deslizó las manos por la espalda de Lizzie lentamente, acariciándole la piel con las yemas de los dedos, deslizándose cada vez más hacia abajo. Lizzie contuvo la respiración para defenderse de la fiebre de su propio deseo. Cuando

finalmente le recorrió las caderas para cubrirle las nalgas, Lizzie pudo exhalar un suspiro tembloroso de alivio. Ahora podía por fin sentir el sexo de Ilios contra el suyo, sólido por la excitación, apretándose contra ella mientras Ilios la estrechaba contra sí.

Dentro de ella, el calor de su propio deseo parecía fundirle la piel. Su cuerpo se movió bajo las manos de Ilios, que la sujetó con más fuerza. Le resultaba trabajo creer que estuviera sucediendo así, sin otra necesidad que no fuera la de satisfacer la compulsiva necesidad que estaba atravesándola, pero así era. En lo único en lo que podía pensar, lo único que quería, era sentirlo dentro.

Ilios era como un dios de la mitología, pensó Lizzie mareada. Sus caricias hacían desaparecer la realidad y la razón, sustituyéndolas por los anhelos humanos más ancestrales. Lo único que deseaba era fundirse en él.

Había llegado al extremo de la piscina, donde el agua caía en una cascada iluminada de forma tenue.

Cuando Ilios la apartó de su cuerpo y se incorporó, Lizzie se dio cuenta de que allí cubría menos. El agua de la piscina recorría el cuerpo de Ilios, y ella siguió el recorrido de las gotas con mirada ansiosa.

—¿Qué? —preguntó Ilios mirándola a los ojos—. ¿Qué es lo quieres hacer? ¿Esto?

Se inclinó hacia delante y le sujetó la cintura, besándole el escote hasta llegar a los senos. Las caricias de su lengua por la piel húmeda le hicieron arder de deseo por hacer ella lo mismo. Ilios le puso las manos en los muslos. Lizzie dejó escapar un gemido que se convirtió en un jadeo de atormentado placer cuando Ilios empezó a besarle un seno y luego le recorrió el pezón con la punta de la lengua.

El fuerte latido del deseo de la parte inferior de su cuerpo aumentó de ritmo. Se reclinó en los brazos de Ilios y abrió las piernas. Él le lamió el pezón en respuesta. Lizzie se acurrucó contra él, recibiendo feliz el calor de su mano entre las piernas, gimiendo de placer cuando sus dedos encontraron su humedad. Todo su cuerpo clamaba un alivio inmediato.

Pero Ilios la sacó del agua y la colocó a un lado de la piscina. Luego, salió para unirse a ella. A Lizzie le latía el corazón con fuerza. Todo su cuerpo ardía frustrado ante la interrupción de sus caricias.

Alzó los brazos hacia él, quería mostrarle cómo se sentía. Le sujetó el rostro tal y como él había sujetado el suyo antes, y luego le besó con pasión y arrebato, arqueando su cuerpo contra el suyo.

-Tenemos que entrar —le dijo él.

Su voz estaba cargada de deseo cuando la urgió hacia el

dormitorio.

-Lo sé —susurró Lizzie—. Pero no quiero soltarte. Te deseo mucho.

Volvió a besarle mientras le recorría el cuerpo con las manos. Su propio cuerpo estaba en l amas.

De alguna manera, entre besos cada vez más apasionados, se las arreglaron para llegar al dormitorio, donde Lizzie estrechó con fuerza a Ilios entre sus brazos y le besó, saboreando su boca con la suya. Le deslizó las manos por los hombros y la espalda, alimentando el calor de su propio deseo con cada caricia mientras sus sentidos absorbían codiciosamente el placer de su intimidad. Cada centímetro de Ilios estaba a su alcance para explorarlo y disfrutar de él, y las yemas de sus dedos memorizaron la suave piel de la nuca, el grosor de su oscuro cabello, la forma de las orejas, mientras sus sentidos grababan la respuesta de Ilios a sus caricias: el modo en que inclinaba la cabeza hacia atrás, el pequeño sonido de placer que emitió cuando le acarició la suave piel de detrás de la oreja, el acelerado sonido de su respiración cuando le besaba.

Lizzie guardó todos aquellos fragmentos en el corazón.

¿El corazón? Pero eso significaba que... sólo había una razón por la que su corazón quería conservar cada detal e de su intimidad con Ilios. Si el corazón estaba implicado, también lo estaban sus sentimientos. Sentimientos e Ilios eran dos palabras que no podían y no debían mezclarse. Eran incompatibles. Igual que Ilios y ella.

Lizzie se volvió hacia él, pero antes de que pudiera siquiera pensar en algo razonable que decir para poner fin a algo que ahora sabía que sólo le causaría un daño emocional, Ilios la estaba levantando y llevándola a la cama. La besó con impactante sensualidad mientras la colocaba sobre el colchón, despertando de nuevo en ella el deseo.

A Lizzie le resultó imposible escuchar cualquier otra voz, le resultó imposible pensar en nada que no fuera la creciente tensión sensual que se estaba apoderando de su cuerpo. Inclinándose sobre ella, Ilios le acarició el cuerpo con una

profunda intensidad que resultaba insoportablemente erótica. Sus labios rozaron los suyos; sus manos le acariciaron el sexo. Le abrió los labios con la punta de la lengua mientras le separaba los muslos con la mano.

Lizzie sentía el corazón golpeándole contra las costil as. Apoyándose en la cama con la otra mano, Ilios observó su rostro mientras la tocaba lenta e íntimamente hasta que se abrió a él indefensa, arqueándose para pedir más.

—Te deseo. Te deseo, Ilios. Ahora. . por favor.

Las palabras de Lizzie, susurradas con anhelante urgencia,

atravesaron el ardiente deseo de Ilios, encendiendo una alarma en su interior. No tenía forma de saber si su intimidad sería segura. Por lo que Lizzie le había contado, dudaba mucho que utilizara algún método anticonceptivo de forma regular. Rechazó al instante la idea de que la salud de alguno de los dos resultara afectada por su relación sexual. Nunca había corrido ningún riesgo en ese aspecto, y dudaba mucho que Lizzie tuviera experiencia sexual previa para poner en peligro la suya. Pero no estaban protegidos contra un embarazo no deseado, y eso significaba que debería detenerse en aquel instante. Después de todo, tenía su futuro planeado, incluidos los niños. Sus hijos estarían protegidos del dolor que él había sufrido en la infancia, protegidos de una madre que pudiera rechazarlos o utilizarlos para sus intereses económicos.

Unos niños que, según Lizzie, al haber sido concebidos en la esterilizada atmósfera de un laboratorio y colocados en el vientre de una madre a la que nunca conocerían, se verían privados de amor.

—¿Ilios?

Lizzie levantó las manos y le tocó la cara sin comprender por qué no estaba respondiendo a sus caricias. Le recorrió el torso cubierto de sudor con las yemas de los dedos, trazando la estrecha línea de vello de su vientre plano.

La expresión de absoluto deseo que la luz de la luna reveló en su rostro reavivó el que Ilios había tratado de suprimir. Le recorrió como las lamas devorando madera seca, arrasando con todo lo que intentaba interponerse en su camino, incluida su propia voz interior de alarma. Su cuerpo se movió por su propia voluntad, su mente no fue capaz de controlar su deseo. Y Lizzie lo atrajo hacia sí con los labios entreabiertos, presa de un deseo que Ilios podía sentir también en el modo en que se movió para recibirle entre las piernas.

El primer roce caliente y húmedo de su sexo contra el suyo tiró por tierra lo poco que le quedaba de control con la misma fuerza que la marea echaba abajo un castillo de arena en la playa.

Estaba dentro de ella, tomándola, dándose a ella mientras comenzaban la veloz ascensión hacia la inmortalidad. Durante el trayecto hubo unos breves segundos de tiempo en los que el placer resultó tan intenso, que sintió como si tuviera las estrellas al alcance de la mano. Lizzie estuvo a punto de intentar agarrarlas, pero el movimiento del cuerpo de Ilios dentro del suyo le recordó cuál era el propósito final de aquel viaje.

A ella le llegó a través de una convulsiva tirantez del cuerpo que se precipitó hacia el orgasmo mientras sentía cómo Ilios se rendía a su abrazo y se de-rramaba dentro de ella.

¿Dentro de ella? Como una mosca molesta que se entrometiera en medio de la maravil osa paz de una tranquila tarde de verano, aquellas tres palabras zumbaron en el interior de su cabeza, ignorando los intentos de Lizzie por apartarlas de sí y así poder disfrutar del delicioso y pleno placer de estar en brazos de Ilios tras el estal ido de su éxtasis.

No habían utilizado ningún método anticonceptivo. Tal vez no fuera cierto que mantener relaciones sexuales de pie evitaba el embarazo, pero por si acaso, si se levantaba en lugar de seguir allí tumbada... después de todo, era una adulta responsable y en su vida no había cabida para un embarazo no planeado.

Entonces, ¿por qué en lugar de hacer algo, o incluso de decir algo, estaba disfrutando de la sensación de tener a Ilios cerca, de ponerle la mano en el pecho y comprobar cómo el latido de su corazón regresaba poco a poco a la normalidad? Sus dedos jugueteaban con el suave vello húmedo de su pecho, y le gustaba sentir su pierna encima de la suya, como si quisiera mantenerla cerca de sí.

Ilios estaba inclinado sobre ella, con la mano en su cuello, acariciándole la piel con los dedos.

-¿Estás bien? —le preguntó.

-En el cielo —respondió Lizzie con sinceridad.

Ilios la atrajo más hacia sí, ignorando la voz interior que le advertía que acababa de hacer algo que rompía todas las reglas, algo de lo que se iba a arrepentir.

Capítulo 12

TENGO que ir hoy a la villa para reunirme con uno de los contratistas. Me preguntaba si te gustaría venir conmigo.

Ilios frunció el ceño nada más haber hecho la invitación, lo que llevó a Lizzie a preguntarse si no habría hablado sin pensar y ahora se estuviera arrepintiendo.

Pero ante la perspectiva de pasar otro día sola, haciendo turismo por la ciudad, en lugar de estar viendo aquella casa que tenía una historia tan fascinante, decidió no preguntarle a Ilios si quería retirar la invitación.

—Me encantaría —le dijo con sinceridad.

Después de todo, no quería sólo conocer Villa Manos más a fondo. También quería estar con Ilios. El corazón le dio un vuelco y se sintió culpable.

Había sido muy extraño despertar en brazos de Ilios a primera hora de la madrugada después de haber hecho el amor... hacía varios días ya. Sabía que había cruzado una línea que no había querido traspasar. Con la cabeza apoyada en el pecho de Ilios, escuchando el sonido de su respiración, Lizzie se vio obligada a admitir lo que ya había descubierto por la noche. De alguna manera, los sentimientos se habían mezclado con lo que ella consideraba sinceramente un deseo físico. Y aquel sentimiento era amor. Un sentimiento que Ilios ya le había dicho que no quería en su vida.

Pero no pasaba nada, se dijo ahora con decisión. Después de todo, no iba a confesarle su amor por él. No iba a ofrecérselo. No iba a hacer nada diferente por esa causa. Cuando llegara el momento, haría el equipaje, guardaría su amor en un rincón de la memoria y se lo llevaría con ella. Era suyo, y si quería cuidarlo y protegerlo y de vez en cuando sacarlo de donde lo había escondido para revivir los recuerdos, eso era cosa suya. Era lo suficientemente madura para no permitir que eso influyera en lo que en realidad era una relación de negocios.

Ilios le había pagado para casarse con él, no para acostarse con él. Al hacerlo ella le proporcionaba el medio para librarse de su primo.

¿Qué diablos le había llevado a pedirle a Lizzie que le acompañara? Ilios no lo sabía... o mejor dicho, estaba decidido a no saberlo por lo que pudiera acarrear conocer la respuesta a su propia pregunta.

Acostarse con ella lo había cambiado todo entre ellos. Y también le había cambiado a él. Ilios sabía que había gente que le consideraba

duro y exigente, pero lo que les exigía a los demás, las cosas que esperaba de ellos, no eran nada comparado con lo que se exigía a sí mismo.

En primer lugar, al llevarse a Lizzie a la cama había roto sus propias reglas, y eso ya era suficientemente malo. Y sin embargo, aunque sabía que no estaban utilizando ningún método anticonceptivo, había seguido adelante, y aquello era lo que más le extrañaba de sí mismo. Podría haber parado. Su cabeza le había dado un aviso que podía haberle concedido la oportunidad de parar. Pero había ignorado ese aviso. ¿Por qué? ¿Porque en aquel momento estaba demasiado excitado para parar? Maldita sea, tenía treinta y seis años, no era un adolescente y él lo sabía. Había una cuestión que le estaba molestando como una piedra en el zapato y que exigía respuesta.

¿Por qué, sabiendo lo que estaba haciendo y consciente del riesgo que estaba corriendo, no había parado cuando tuvo oportunidad de hacerlo? ¿Por qué había continuado deliberadamente, de hecho, sabiendo lo que podía pasar? Ya tenía la vida planeada, el camino despejado. Dejar embarazada a Lizzie no formaba parte de aquel plan, y ni ese niño ni ella tenían lugar en su futuro. Y ahora, cuando debería estar distanciándose de Lizzie, la había invitado a pasar el día con él.

Lizzie sabía que sería el paraíso y al mismo tiempo el infierno pasar el día con Ilios. ¿Qué había sido de su decisión de luchar contra lo que le estaba pasando?

Lo haría, se dijo a sí misma. Pero por un día iba a permitirse gozar por dentro de la felicidad que la invadía y de las ganas de estar con él. Por dentro. Por fuera, por supuesto, debía tomarse aquel día y al propio Ilios exactamente igual que si fuera una cita de trabajo con algún cliente al que acompañaría para ver una propiedad que fuera a decorar. De acuerdo, Ilios no iba a pedirle que redecorara Villa Manos, y por su propio bien debía recordar por qué se había casado con ella. En cuanto Ilios considerara que su matrimonio había servido a su propósito, volvería a casa y todo habría terminado.

Con aquella idea en menté, cuando se reunió con él en el salón media hora más tarde de que hubieran terminado de desayunar, llevaba puesto su «uniforme profesional» de vaqueros y camiseta. Aunque los nuevos vaqueros que llevaba formaban parte del vestuario que había encargado el señor Manos y eran de diseño. Se le ajustaban a la perfección, igual que la camiseta. Llevaba una chaqueta al brazo. Igual que ella, Ilios iba vestido también de manera informal, con pantalones vaqueros. Cuando le dio la espalda para dejar la taza de café en el lavaplatos, Lizzie tuvo una excelente vista del modo en que los vaqueros se ajustaban a la musculosa firmeza de sus nalgas, y

sintió avergonzada cómo le aumentaba el ritmo cardíaco cuando mantuvo la mirada más tiempo del que debería.

¿Ella? ¿Admirando el cuerpo de un hombre? ¿Desde cuándo? Pero Ilios no era un hombre normal, ¿verdad? Era el hombre al que amaba. Y la tentación de apoyarse contra él con la esperanza de que la estrechara entre sus brazos resultaba casi abrumadora.

No ayudaba el hecho de que ahora Ilios se acostara siempre después de que ella se hubiera quedado dormida y se levantara por la mañana antes que ella abriera los ojos, dejándole muy claro que no quería repetir la intimidad .que habían compartido. Lo bueno de haber descubierto que le amaba era que ahora no tenía que temer sentirse desbordada por el deseo. Saber que le amaba lo había cambiado todo. Significaba que no podía permitir que Ilios supiera lo que sentía.

Empastando una sonrisa profesional en su rostro, le preguntó a Ilios con naturalidad:

—¿El interior de Villa Manos es también una copia de Villa Emo, como el exterior?

Aquel era otro asunto extraño al que tenía que enfrentarse, reconoció Ilios. El hecho de que Lizzie no hubiera hecho referencia ni una sola vez a lo ocurrido desde que se acostó con ella. Ni una mirada, ni mucho menos una palabra.

¿Se arrepentiría de lo sucedido? ¿Habría desaparecido el deseo sexual que sentía antes por él; una vez satisfecho? Debería haber recibido de buena gana cualquiera de las dos opciones, y sin embargo sentía que ambas eran poco satisfactorias, que la situación entre ellos resultaba insatisfactoria. Tenía la sensación de que las cosas habían quedado pendientes, que quería...

¿Qué quería? ¿Volver a llevársela a la cama y repetir su inconsciente comportamiento? ¿Doblar las posibilidades de que se quedara embarazada?

¿Era eso lo que de verdad quería? La fuerza con la que el corazón le latió contra las costil as le pilló por sorpresa. Lo último que deseaba era que Lizzie estuviera esperando un hijo suyo.

Ilios hizo un esfuerzo por centrarse en la pregunta de Lizzie.

—Sí y no —respondió—. Es similar y al mismo tiempo diferente. Tendrás que juzgarlo tú misma. En cualquier caso, lo que puedo decirte es que desde el punto de vista estructural, mi antepasado siguió las directrices de Palladio para el interior, tal y como hizo con el exterior. Así que la villa respeta la importancia que Palladio le daba a la armonía arquitectónica. En el interior, el espacio habitable forma un centro clásico dentro del que hay seis habitaciones que repiten los módulos estándar de Palladio. Por ejemplo, a cada lado del vestíbulo

de entrada hay dos habitaciones que miden dieciséis pies trevisanos de ancho por veintisiete de largo.

Se detuvo un instante por si lo que estaba diciendo le resultaba a Lizzie demasiado complicado, pero a juzgar por su expresión, parecía que estaba siguiendo perfectamente sus palabras.

-Para crear una proporción —comentó ella—. Los números perfectos de la arquitectura renacentista. He leído referencias a los edificios de Palladio que dicen que son como música congelada, porque adoptó las proporciones que Pitágoras decía que producían combinaciones de notas armoniosas para el oído humano.

Ilios asintió con gesto de aprobación.

—Esa conexión con Grecia le l amó mucho la atención a mi antepasado, según cuenta la tradición familiar. En cuanto a Villa Manos, entre las habitaciones más pequeñas, que son las dos que he mencionado, hay cuatro habitaciones más que dan al este y al oeste de la villa y que juntas tienen las mismas medidas de Palladio.

—Igual que en Villa Cornaro.

-Está claro que eres fan de Palladio.

-Es imposible no serlo si te gusta la arquitectura clásica —Lizzie sonrió—. Estaba acariciando la idea de estudiar Arquitectura cuando mis padres murieron. No fue mi primera elección de estudios, pero trabajar como diseñadora de interiores me enseñó la importancia de la estructura. ¿Qué ocurre? —preguntó al ver que la expresión de Ilios se había endurecido.

Él se lo contó de mala gana.

—Mi padre era arquitecto, y de niño mi ambición fue seguir sus pasos en ese sentido. Quería construir estructuras modernas que celebraran el estilo de Palladio, basándome en sus principios. Por supuesto no había dinero, pero los niños no son conscientes de eso. La Junta impuso unos impuestos tan tremendos a los que estaban en su contra, como era el caso de mi abuelo, que los arruinaron. A él no le quedó nada, y tuvo que ver cómo Villa Manos se venía abajo sin poder hacer nada para evitarlo. Mantenerlo en gesto de desafío a la Junta fue como una pírrica victoria para él. Cuando la Junta fue derrocada, no le quedaba ya nada que vender ni que hipotecar, y desde luego ningún dinero para poder educarme con los estándares necesarios para poder convertirme en arquitecto.

Él amaba la villa más que a cualquier ser vivo.

Ilios dejó bruscamente de hablar, preguntándose por qué había revelado tanto de su infancia y de su familia al contarle a Lizzie cosas que no le había contado nunca a nadie, y menos a una mujer con la que había compartido cama.

¿Qué tenía ella que le llevaba a reaccionar como lo hacía? Como si Lizzie fuera diferente... y especial. No debía exagerar la situación ni su modo de reaccionar ante ella, se advirtió Ilios a sí mismo. El hecho de que Lizzie supiera cosas de Palladio y de su trabajo era lo que le había llevado a confiarse a ella del modo en que lo había hecho, nada más.

Lizzie contuvo las lágrimas cuando Ilios terminó de hablar.

—Pero seguro que te quiso a ti también. Después de todo, te dejó la villa le dijo siguiendo un impulso.

Deseaba instintivamente sanar lo que sin duda debía doler. ¿A quién no le dolería dadas las circunstancias?

—No, para él mi valor estaba en mis genes, nada más —fue la cortante respuesta de Ilios.

Lizzie sintió una gran lástima por él. ¿Sería su infancia la razón por la que Ilios estaba decidido a no casarse y a no permitir que sus hijos tuvieran madre? ¿El hecho de que no hubiera podido confiar en el único adulto en el que podría haberse apoyado le había dejado tan herido, que no era capaz de confiar ya en ningún otro ser humano? Haría falta una gran fuerza emocional y una gran madurez para sobrevivir a la infancia que había tenido Ilios y salir indemne.

Lizzie sentía un gran dolor por el niño que fue Ilios. Tanto dolor, que deseaba estrechar a ese niño entre sus brazos y darle la misma infancia llena de amor que ella había tenido. Pero por supuesto, ese niño ya no existía, y el hombre en el que se había convertido se burlaría sin duda de sus sentimientos.

—El pasado, pasado está. Mirar hacia atrás no sirve de nada —le dijo Ilios con sequedad—. Después de todo, vivimos en el presente.

—Eso es cierto, pero a veces necesitamos mirar hacia atrás para entender quiénes somos ahora.

—Eso es autocompasión y no sirve para nada —insistió él consultando su reloj—. ¿Está lista para salir?

Lizzie asintió con la cabeza. El tema de la infancia de Ilios y el efecto que debió tener sobre él estaban claramente cerrados, y sospechaba que así iban a quedarse.

Pronto sería primavera, y las temperaturas se habían elevado un tanto. En la cuneta del camino florecían flores silvestres. Lizzie sonrió mientras Ilios conducía hacia el este, donde se encontraba Villa Manos.

Ilios era un buen conductor, así que no tenía motivos para sentirse nerviosa. Tal vez no hubiera una razón lógica para ello, pero ¿desde cuándo resultaban lógicas las reacciones de una mujer enamorada?, se preguntó Lizzie.

Pasaron por delante del famoso Monte Athos, con sus monasterios

y su norma de que ninguna mujer podía poner el pie allí, incluidas las hembras de animales, y se detuvieron brevemente en una pequeña taberna para tomar un sencil a ensalada griega y fruta. Comieron en el mismo silencio que había prevalecido desde que se pusieron en marcha.

Si Ilios lamentaba haberla invitado, entonces ella se arrepentía sin duda de haber aceptado su invitación. Se sentía rechazada, distanciada de Ilios por su silencio, un silencio que su propio orgullo le impedía romper.

Ilios condujo directamente a la villa, situada en la parte oeste del promontorio.

Ignoró la desviación de la carretera que llevaba al este, donde antes estaban los apartamentos. Parecía que hubiera transcurrido una vida desde que conoció allí a Ilios. Entonces era una mujer soltera, su única preocupación era la situación económica y el futuro de su familia.

Sus propias emociones como mujer, sencillamente, no entraban en la ecuación.

Ahora estaba casada, al menos a los ojos del mundo. Su familia se encontraba financieramente segura y su nerviosismo se debía únicamente a sus sentimientos.

Ruby le había enviado por el móvil una foto de los gemelos para que pudiera ver los uniformes escolares que les había comprado ante la insistencia de Lizzie de que podían permitírselo. Una sonrisa tierna curvó sus labios. Los dos niños de cinco años aparecían muy orgullosos con sus pantalones de franela gris y las chaquetas marrones y el cabello oscuro bien peinado.

Lizzie adoraba a sus sobrinos. Había estado presente en su nacimiento, preocupada por su hermana pequeña y sufriendo por el hecho de que Ruby tuviera que pasar por aquel dolor sin sus padres y sin el padre de sus hijos. Pero cuando nacieron los gemelos y los abrazó, olvidó todos los aspectos tristes de su nacimiento en medio de una oleada de amor y de alegría,

Ahora habían llegado a la villa, y aunque la hubiera visto antes y supiera qué esperar, Lizzie volvió a llenarse de admiración al contemplar sus magníficas proporciones, dibujadas contra el brillante cielo azul. El color crema de la villa entonaba perfectamente con el tono envejecido de las columnas de mármol que sujetaban el pórtico delantero, y también con las persianas gris claro de las ventanas. La gravilla sobre la que se había detenido el coche era del mismo color que la columnas de mármol, y el verde del césped contrastaba con el verde más oscuro de los cipreses alineados en la entrada. Toda la

escena que tenían delante destilaba armonía visual.

No había más coches aparcados fuera, y Lizzie dio por supuesto que el hombre al que Ilios había ido a ver no había llegado todavía.

—Hemos llegado antes de lo esperado, así que te enseñaré el interior antes de que llegue Andreas —anunció Ilios mientras abría la puerta del coche para que saliera Lizzie y esperaba a que lo hiciera.

Cruzaron la puerta el uno al lado del otro, aunque separados por algunos metros, pensó Lizzie con tristeza mientras esperaba a que él abriera las magníficas puertas dobles.

Por encima de ellos, allí donde en Italia se hubiera colocado el escudo de armas de la familia, estaba la imagen de un pequeño velero.

—Alexandros Manos ganó su fortuna con el comercio marítimo —le contó Ilios, que había seguido la trayectoria de su mirada—. Fue su flota la que pagó esta tierra y esta villa,

Ilios abrió la puerta y se apartó a un lado para que Lizzie entrara antes que él.

Lo primero en lo que se fijó ella fue en que olía a pintura fresca, algo que se podía reconocer al instante. Su educado olfato le dijo que aquel olor procedía de una pintura tradicional, no de una moderna.

Como las persianas estaban bajadas, el interior estaba sumido en la oscuridad hasta que Ilios encendió las luces, provocando que Lizzie contuviera el aliento en asombrada admiración cuando se dio la vuelta y observó los frescos que recorrían la totalidad de la estancia central de doble altura.

Había visto frescos con anterioridad, por supuesto, muchos de ellos. Pero no como aquél os.

—¿Son escenas de La Odisea? —preguntó con incertidumbre tras haberlas observado.

—Sí —le confirmó él—. Sólo que Ulises tiene un asombroso parecido a Alexandros Manos. Retratarse como el héroe de La Odisea, por supuesto, era algo bastante común en aquel tiempo. Hice que repintaran los frescos para reparar el daño que habían sufrido a lo largo de los siglos. Por suerte teníamos algunos bocetos de las escenas originales con los que poder trabajar. El trabajo no ha terminado todavía —añadió Ilios, indicando el panel final del fresco.

En él había representada una mujer inclinada sobre un telar, sacando un hilo, y con el perfil de un perro grande a sus pies.

El fresco estaba muy dañado, tenía peladuras de pintura y marcas, como si alguien lo hubiera atacado con algo afilado. En cualquier caso, seguía siendo posible ver lo que el panel representaba.

—¿Penélope? ¿La esposa fiel? —adivinó Lizzie recordando la leyenda.

La esposa de Ulises, Penélope, había mantenido a raya a los pretendientes que querían casarse con ella y tomar posesión del reino de Ulises diciendo que sólo aceptaría a uno de ellos cuando hubiera terminado su tapiz. Cada noche volvía a deshacer en secreto la labor que había hecho durante el día para no terminarla nunca. Estaba completamente segura de que su esposo regresaría.

—Sí —respondió Ilios con sequedad.

A Lizzie le quedó claro que no quería hablar del tema del tapiz, así que se limitó a seguirle hacia las habitaciones pequeñas.

Allí, los andamios indicaban que había artesanos trabajando en la reparación del trabajo ornamental del techo, en cuyo centro había un fresco que representaba un grupo familiar.

—Tuve que ir a Florencia a encontrar los artistas que pudieran hacer este trabajo —le contó Ilios a Lizzie.

—Se trata de un trabajo muy difícil —reconoció ella Dos horas más tarde, Ilios había terminado de enseñarle toda la casa. El hombre con el que supuestamente habían quedado llamó por teléfono para decir que tenía que cancelar la cita. Su mujer se había puesto de parto antes de tiempo.

—Espero que el bebé y ella se encuentren bien —fue el comentario instintivo de Lizzie cuando bajaron por la escalera.

La villa quedaría impresionante cuando los trabajos de restauración hubieran terminado. Una auténtica obra de arte. Pero Lizzie no podía visualizarla como un hogar.

—No te resultará fácil criar aquí a tus hijos —se vio obligada a comentar.

—No tengo intención de vivir aquí —contestó él. Lizzie le miró desconcertada.

—Pero creí que... tú dijiste que esta casa tenía que permanecer dentro de la familia.

—Y así será. Pero no como casa familiar. Tengo otros planes para ella. Hay pocas oportunidades para que los jóvenes aprendices aprendan las labores de mantenimiento de una casa como ésta. Yo mismo lo he comprobado. Así que he decidido que Villa Manos se convierta en un lugar en el que aquellos que quieran mejorar esa habilidad puedan aprender. En lugar de convertir la villa en un museo muerto, tengo pensado convertirla en un lugar vivo de trabajo en el que se den cursos para artesanos.

-Qué idea tan maravillosa! —Lizzie no hizo amago de ocultar su aprobación.

—Construiré una casa para mí al otro lado del promontorio.

—¿Donde estaban los apartamentos?

—Sí. También habrá un lugar donde alojarse, aulas y espacios de trabajo apropiados para los alumnos. Estarán situados en la zona boscosa que hay entra la villa y el otro lado del promontorio…

Ilios se detuvo cuando el móvil de Lizzie emitió un sonido.

—Lo siento —se disculpó ella rebuscando en la bolsa para sacarlo y poder silenciarlo. Su rostro adquirió una gran sonrisa cuando vio la imagen que había aparecido en la pantalla.

—Son los gemelos. Mis sobrinos —le dijo a Ilios—. Mi hermana me mandó antes una foto de ellos con sus nuevos uniformes escolares, y ahora me ha mandado otra.

Lizzie alzó el teléfono para que pudiera verlos.

Ilios miró sin gran interés hacia la pantalla y se dio cuenta de que no podía apartar los ojos. La joven de la fotografía, que estaba arrodillada y tenía a cada lado a un niño vestido de uniforme, tenía la misma expresión de amor y felicidad en el rostro que Lizzie cuando hablaba de su familia. No cabía duda de lo unidos que estaban todos, ni del amor que Lizzie sentía por sus hermanas y por aquellos dos pequeños de pelo oscuro.

Tal vez no tuvieran padre, pero sonreían a la cámara, seguros del amor que les rodeaba. Tampoco cabía ninguna duda de la determinación de Lizzie de proteger a su familia y velar por ellos. Si Lizzie llegara a tener hijos, los querría con la misma lealtad y la misma devoción que ahora veía en su rostro. Un hijo…

su hijo. Anonadado por la inmensidad de lo que estaba pensando, Ilios no se dio cuenta de que Lizzie se había acercado a él hasta que sintió su mano en el brazo y le dijo:

—Gracias a ti pueden llevar estos uniformes.

¿Gracias a él? Ilios se puso tenso como defensa a lo que le estaba sucediendo, como defensa el salvaje arrebato de dolor que le atravesó al escuchar las palabras de Lizzie. Porque le recordaron la verdad. La única razón por la que ella estaba allí con él porque la había chantajeado para que se casaran.

Dio un paso atrás y le dijo:

—Hay algunas cosas interesantes en el jardín. Te las enseñaré.

Sintiéndose rechazada, Lizzie apagó el móvil y volvió a guardarlo en el bolso.

Estaba claro que Ilios quería que su relación fuera estrictamente profesional. No quería verse obligado a ver las fotos de su familia.

—¿Cuánto tiempo crees que tendrá que pasar para que tu primo acepte que no tiene causa para intentar impugnar el testamento de tu abuelo? —le preguntó a Ilios mientras se dirigían al jardín trasero de la villa.

Allí, más allá de la amplia terraza, unos escalones llevaban a lo debió ser en el pasado un parterre que rodeaba una piscina con una fuente. Pero Lizzie no podía concentrarse en el entorno. Deseaba desesperadamente que sucediera un milagro, porque sería un milagro que Ilios le dijera que había cambiado de opinión respecto a poner fin a su matrimonio porque quería que estuvieran juntos para siempre.

Él se encogió de hombros.

—Estás impaciente por volver con tu familia, por supuesto.

—Les echo de menos —reconoció Lizzie con el corazón el puño.

Aquél a no era la respuesta que había esperado. Cierto que echaba de menos a su familia, pero también le resultaba cada vez más difícil actuar como si nada hubiera ocurrido entre Ilios y ella. Por ejemplo ahora, cuando salieron de la casa, casi le pasó el brazo por el suyo, como si fueran una auténtica pareja. Por supuesto, deseaba tener intimidad física con él, como cualquier mujer enamorada.

—Lamentablemente, mis abogados creen que deberíamos seguir casados durante un tiempo, porque un divorcio tan repentino despertaría sospechas. En cualquier caso, puedes estar segura de que yo tengo tantas ganas como tú de poner fin a nuestro matrimonio —afirmó Ilios con frialdad.

Su respuesta era producto del orgullo y de la necesidad de defenderse de las extrañas emociones que estaban sintiendo.

Aquellas frías palabras se le clavaron a Lizzie en el corazón como si fueran aguja de hielo. Pero si le dolía era culpa suya, se dijo Lizzie con decisión.

—Esto es lo que quería mostrarte —le dijo Ilios casi media hora más tarde, cuando hubieron atravesado los inmensos jardines de la villa para salir a un lado del bonito lago artificial.

Le mostró una gruta rodeada de estatuas y adornada con una pequeña fuente de agua fresca.

-¿Qué es esto? —le preguntó Lizzie

—Es un ninfeo —explicó Ilios—, un santuario dedicado a las ninfas. Villa Barbaro posee uno, supuestamente algunas de sus estatuas fueron hechas por Marcantonio Barbaro. En realidad se trata de un acto de vanidad. Un modo de que el dueño de la villa haga gala de su talento como escultor o del de su patrocinado. Este lago hay que dragarlo, y el templete de la isla necesita restauración.

-Es un sitio impresionante —le dijo Lizzie con sinceridad—. Entiendo que tus antepasados quisieran conservarlo en la familia. Sin embargo, creo que tu idea de convertirlo en un taller vivo es maravillosa... y muy generosa. Un increíble regalo para las futuras generaciones que permitirán que pueda continuarse con la tradición

artesanal.

—No me mueve la generosidad. He tenido que renunciar a muchos contratos por falta de artistas experimentados. Por eso lo hago —la voz de Ilios volvía a resultar fría, como si el halago le hubiera molestado.

Lizzie se dijo a sí misma que no debía lamentar lo que no podía tener, si no conservar en su corazón lo que habían compartido brevemente, se dijo Lizzie.

No debía permitir que esa felicidad se viera ensombrecida. Tampoco debía permitir que el hecho de que Ilios no correspondiera sus sentimientos evitara que ella se comportara como lo habría hecho de no estar enamorada de él.

—Hoy he disfrutado mucho. Gracias por traerme y enseñarme la villa —le dijo mientras se dirigían al coche para regresar a Tesalónica.

Él también había disfrutado, se dijo Ilios. Cuando no tenía que enfrentarse a los sentimientos que Lizzie despertaba en él.

De regresó a Tesalónica, se detuvieron en la misma taberna en la que habían almorzado. El pequeño pueblo daba al mar, y la parte delantera de la taberna estaba lo suficientemente protegida de la brisa como para poder sentarse fuera.

Comieron jugosas aceitunas negras y deliciosos kebabs a la plancha, y estaban justo terminando el café cuando sucedió. Un extraño sonido parecido a un trueno, y el movimiento de la tierra bajo sus pies.

La mesa se movió, derramando el café de Lizzie, y entonces Ilios se puso de pie, acercándose a ella y agarrándola, tirándola al suelo y cubriéndola con su propio cuerpo mientras le advertía:

—Es un terremoto.

—¿Un terremoto? —repitió Lizzie.

—En esta zona son frecuentes. No va a pasar nada. Tú sólo quédate quieta.

Lizzie no tuvo más opción que quedarse quieta con el peso del cuerpo de Ilios sobre el suyo, clavándola al suelo. Le sujetaba con la mano la parte de atrás de la cabeza en gesto protector, apoyándole el rostro contra el hombro, permitiéndole aspirar su aroma, que ahora le resultaba tan familiar. Lizzie confiaba en que diera por hecho que los fuertes latidos de su corazón se debían al susto y al miedo al terremoto, y no a la proximidad de sus cuerpos. El destino debía estar burlándose a su costa, consciente de que, cuando deseó que Ilios la estrechara entre sus brazos, no se refería precisamente a aquellas circunstancias.

—¿Qué es eso? —preguntó con ansiedad por encima del creciente

ruido.

—Son algunas piedras y rocas que se han desprendido por el terremoto y que están rodando colina abajo.

Lizzie contuvo el aliento cuando la tierra volvió a moverse con un estremecimiento que pudo sentir por todo su cuerpo, provocando que Ilios la abrazara con más fuerza. Si él la amara, aquel momento habría estado plagado de las más intensas emociones, y seguramente habría terminado con una celebración por estar vivos y por amarse llevada a cabo cuando tuvieran un momento de intimidad. Después de todo, el sexo era la única actividad humana que combinaba vida, nacimiento y una experiencia de la muerte en el instante en que la persona volaba libremente hacia el infinito.

Ilios. ¿Por qué había tenido que enamorarse de él? ¿Por qué no habría podido sencillamente desearle físicamente y nada más? ¿Porque era una mujer, y las mujeres, por mucho que les gustaría que las cosas fueran diferentes, estaban genéticamente programadas para comprometerse emocionalmente?

El suelo se había asentado, y también el ritmo de su corazón, ralentizándose para ponerse a tono con el latido de Ilios. En una situación en la que normalmente habría pasado mucho miedo por su integridad física, se había sentido completamente segura, protegida y a salvo con él.

Pero en brazos de Ilios no había ninguna seguridad emocional, sólo peligro emocional, se recordó Lizzie a sí misma.

Ilios volvió a hablarle oído.

-Creo que he terminado, pero será mejor que nos quedemos donde estamos durante unos minutos más.

El calor de su respiración le provocó pequeños escalofríos de placer sensual en las terminaciones nerviosas, y el saber que los labios de Ilios estaban tan cerca de su piel le hicieron desear que se acercara todavía más. Recordó lo que había sentido cuando le acariciaba la piel con la punta de la lengua.

-¿Habrá afectado a la villa? —preguntó Lizzie genuinamente preocupada por la villa pero al mismo tiempo buscando también la forma de distraerse para no pensar íntimamente en Ilios y en lo mucho que le amaba.

-No. El promontorio no está en la zona de riesgo.

Lizzie oyó las voces de la gente llamándose. Ilios levantó el cuerpo del suyo.

Deseaba con toda su alma rogarle que no lo hiciera, y no sólo por el terremoto.

El se puso de pie y luego la ayudó a incorporarse.

-Tienes polvo en la cara.

Antes de que pudiera impedírselo, Ilios se inclinó hacia ella y le limpió la mejil a con la mano.

Lizzie pensó que le gustaría quedarse así para siempre, con la mano de Ilios sobre la piel, su mirada clavada en la suya, su brazo sujetándola como si ella de verdad le importara y quisiera protegerla porque la amaba. Se acercó a él con anhelo, pero Ilios reculó.

Ilios se preguntó qué le estaba pasando. Su propio comportamiento le resultaba tan extraño, que verse a sí mismo era como enfrentarse a un desconocido que tuviera su cuerpo. Un extraño que al parecer quería apoderarse completamente de él. Un extraño que había nacido con la llegada de Lizzie Wareham a su vida.

Un extraño cuyo primer instinto era proteger a Lizzie.

¿Por qué?

Porque le convenía protegerla. Después de todo, tenía un interés personal en su seguridad.

Nadie en el pueblo parecía particularmente preocupado por el temblor. Todo el mundo volvió a sus quehaceres y los hombres estaban ya trabajando en la retirada de los escombros que habían caído de la colina cuando Lizzie se puso de pie.

-¿Estás bien? —le preguntó Ilios.

—Sí, gracias a ti.

Oh, sí, se estaba apartando definitivamente de ella. Rechazaba su gratitud, rechazaba cualquier contacto emocional entre ellos, y por supuesto, la rechazó también emocionalmente con un brusco asentimiento de cabeza.

-En la Antigüedad se creía que la ira de los dioses era la responsable de estos temblores —comentó unos minutos más tarde mientras le abría a Lizzie la puerta del coche—. Ahora construimos edificios especialmente diseñados para enfrentarse al movimiento que provocan.

Capítulo 13

RESULTABA ridículo, ya que no había hecho otra cosa durante el día más que ver y disfrutar del jardín del tejado del apartamento de Ilios, pero Lizzie se sentía increíblemente cansada. Trató de contener un bostezo y de aparentar que estaba disfrutando de la fiesta a la que había asistido, organizada por el gobierno para atraer nuevas inversiones a la zona.

Naturalmente Ilios, como director de un negocio con base allí y de éxito internacional, estaba muy solicitado, y tuvo que disculparse con Lizzie por dejarla para hablar de negocios con alguien al que acababan de presentarle.

No era la única esposa a la que habían dejado sola con la copa, reconoció Lizzie mientras miraba a su alrededor por el salón de baile en el que se estaba celebrando la recepción. Pero su copa sólo contenía agua. El champán era algo que estaba decidida a evitar mientras estuviera casada con Ilios.

Una de las mujeres que había conocido en la inauguración de la galería le sonrió, y Lizzie se dirigió hacia ella aliviada. Ahora que tenía algo más de conocimiento sobre la sociedad tesalónica, se había vestido de manera más acorde, con excesivo boato para su estilo, de hecho. Aquella noche, aparte del vestido de marca de seda amarilla, se había puesto también joyas. Después de todo, Ilios tenía una posición que mantener, y no sólo por el bien de su estatus personal. Los empleados de Manos Construction dependían de él y del éxito de su negocio. Una mujer impecablemente peinada y bien vestida venía a decir que marido tenía buen gusto y dinero, valores tranquilizadores para los demás hombres de negocios.

Sumida en sus pensamientos mientras se abría paso a través de la abarrotada sala, no vio al primo de Ilios, a quien el propio Ilios le había presentado antes, dirigiéndose hacia ella hasta colocarse delante, bloqueándole el camino.

A Lizzie le dio un vuelco al corazón.

Cuando Ilios le dijo que seguramente estaría presente su primo, tuvo curiosidad por conocerlo. Su opinión personal era que Ilios, por razones perfectamente válidas que se remontaban a la infancia, le había convertido en una figura más desagradable de como realmente era.

Había necesitado estar menos de un minuto en compañía de Tinos Manos para darse cuenta de que estaba equivocada. Ese hombre era más desagradable todavía de lo que Ilios había dicho.

—Vaya, una oportunidad de hablar con la flamante esposa de mi primo sin que Ilios esté delante —le dijo con sorna desagradable.

Mientras hablaba, Tino tenía la mirada clavada en sus senos, discretamente cubiertos por el alto escote del vestido de seda que no resultaba en absoluto provocativo. Sin embargo, el modo en que Tino la estaba mirando provocó que Lizzie sintiera deseos de cruzarse de brazos para proteger su cuerpo de su escrutinio visual.

Resultaba extraño cómo a veces se podía saber nada más conocer a una persona si te va a caer bien o mal, reflexionó Lizzie tratando de que no se le notara lo desesperadamente que quería escapar.

Bajo y robusto, con los ojos oscuros y astutos, Tino Manos era la clase de hombre que a Lizzie le hubiera caído mal independientemente de de quién fuera pariente. Ahora entendía perfectamente por qué Ilios le había hablado como lo hizo cuando le sugirió que hiciera las paces con su primo por el bien de sus hijos. Ningún padre en su sano juicio le confiaría nunca a sus hijos a un hombre así.

—Tienes que felicitarte por haber capturado a Ilios. Debes tener algo realmente especial para haber conseguido que renuncie a su libertad. Siempre había jurado que nunca se casaría.

Lizzie hizo un esfuerzo por no demostrar lo ofensivas que le resultaban las indirectas de por qué Ilios se había casado con ella. El modo como Tino la estaba mirando y su tono de voz le repelían física y emocionalmente, y escuchó con gran alivio cómo Ilios respondía a su primo.

—Sí, tiene algo especial, Tino... y ese algo es mi amor.

Lizzie no tuvo necesidad de actuar cuando se giró hacia su marido y le lanzó una mirada de gratitud.

—¿Amor? Creía que eso era algo de lo que tú renegabas.

Tino era como un perro con los dientes clavados en una presa que no pensaba soltar, reconoció Lizzie.

—Y así era —reconoció Ilios—. Hasta que conocí a Lizzie.

Mientras hablaba se había girado hacia ella, sonriéndole con ternura y extendiendo la mano para tomar la suya y acariciándole le piel con el dedo pulgar en un gesto que resultaba tranquilizador y al mismo tiempo cariñoso.

—Y te casaste con ella tan precipitadamente que ni siquiera tuviste tiempo de invitar a nadie a la boda.

Tino tenía sospechas, Lizzie estaba segura de ello. La mano le tembló contra la de Ilios, y él la miró también con inquietud.

—No quería arriesgarme a perderla —respondió Ilios sin dejar de sonreír—. No quiero perderla nunca.

Mientras hablaba inclinó la cabeza y la besó, pillando a Lizzie por sorpresa. Sabía que Ilios estaba interpretando un papel de cara a su primo, pero de todas formas no esperaba aquello. Sus labios se suavizaron bajo los suyos. Sin pretender hacerlo, Lizzie le puso la mano en el brazo y se acercó a él. Todo su cuerpo sucumbió al amor por él. Sintió bajo la seda del vestido cómo se le endurecían los pezones y el deseo se abría paso desde la boca del estómago. Incapaz de detenerse, alzó la mano hasta el rostro de Ilios, trazando la línea de su mandíbula con las yemas de los dedos.

Ilios retiró la boca de la suya, provocando que Lizzie abriera los ojos para mirarlo.

Le temblaba la mano contra su piel, traicionando sus emociones. Las palabras «te deseo» y «vamos a casa» se formaron en su mente, pero no podía pronunciarlas.

—¿Y cómo os conocisteis?

La voz de Tino fue una intrusión que le recordó a Lizzie su papel de falsa esposa.

Comparó el dolor que aquello le provocaba con la fantasía imposible con la que soñaba. Una fantasía en la que Ilios la amaba de verdad y había dicho en serio lo que había dicho, la había besado con el corazón...

—El destino nos unió, Tino —le respondió Ilios a su primo—. Y ahora, si nos disculpas...

Ilios la estaba ya sacando de allí con la mano colocada en su espalda mientras la guiaba hacia Ariadne Constantin, la mujer que le había sonreído antes.

Capítulo 14

LIZZIE tuvo que esperar hasta que Ilios y ella estuvieron en el coche rumbo a casa para decírselo. Habían quedado la semana siguiente para cenar con los Constantin.

—Tenías razón respecto a tu primo. Sería imposible confiarle a él el futuro de tus hijos. ¿Crees que se ha creído lo que dijiste de nosotros?

—Espero que sí —respondió Ilios.

Porque quería librarse de ella, por supuesto.

Ilios estaba molesto consigo mismo. El hecho de que Lizzie reconociera que estaba equivocada respecto a su primo le había hecho recordar la vulnerabilidad que sufrirían sus hijos si algo le sucediera a él. ¿Por qué debería preocuparle lo que ella pensara? ¿Por qué se le pasó por la cabeza la peligrosa idea de que Lizzie sería una buena madre? Sabía que había tomado la decisión correcta respecto a su propia vida, y Lizzie podía tener todos los hijos que quisiera siempre y cuando no fueran suyos.

—Buenas noches —le dijo Lizzie al llegar al apartamento mientras se quitaba el abrigo—. Seguro que tienes trabajo que hacer.

¿Por qué había dicho eso? Ilios no era estúpido. De hecho, más bien todo lo contrario. Era muy perceptivo, y sin duda había captado la nota ácida de su voz y que estaba pinchándole deliberadamente. Lizzie contuvo el aliento esperando que él la desafiara, pero Ilios se apartó y se marchó de allí.

En el vestidor del dormitorio principal, Lizzie colgó el abrigo y se dijo que, si Ilios hubiera exigido una explicación a su comentario, podría haber averiguado fácilmente que había sido provocado por su deseo de que volviera a acostarse con ella.

Todo se debía al beso que le había dado antes durante la velada, el modo en que la había hecho suspirar por su amor no correspondido.

Ilios abrió el ordenador portátil en el salón. Lizzie tenía razón, había trabajo que hacer. Y, como había descubierto muchos años atrás, para él el trabajo no era solamente una panacea para acabar con su dolor, sino que también era su más fiel compañero, su aliado más cercano en su lucha para mantenerse independiente de las exigencias emocionales. El trabajo le sostenía, y sabía que, en cuanto permaneciera unos segundos observando la pantalla que tenía delante, los pensamientos sobre Lizzie Wareham y las emociones no deseadas que despertaba en él desaparecerían.

Pero no fue así. Por mucho que tratara de concentrarse en la

pantalla, dentro de su cabeza sólo veía la imagen de Lizzie. ¿Qué estaba sucediendo? Fuera lo que fuera, no lo deseaba, pensó Ilios con firmeza. No había en su vida sitio para aquello, para ella. Pero cuanto más se agarraba a aquel pensamiento, a negar lo que realmente deseaba, más deseaba su cuerpo a Lizzie. Su cuerpo. Eso era todo.

Sólo se trataba de eso, de un deseo físico unido a la falta de sexo y al hecho de que estuviera compartiendo casa con una mujer. Cualquier mujer habría provocado el mismo efecto en él. ¿Cualquier mujer? Entonces, ¿por qué era su imagen la que estaba dentro de su cabeza?

No. Se negaba rotundamente a aceptar el hecho de que hubiera conseguido meterse dentro de su cabeza. Sólo quería sexo. Nada más.

«Demuéstralo», le retó una voz interior. «Ve a buscarla y estréchala entre tus brazos, acaríciala y demuestra que al hacerlo lo único que sientes es una respuesta sexual sin ninguna emoción que la empañe».

Ilios miró hacia la puerta. Aquello era ridículo. No tenía nada que demostrarle a nadie, ni tampoco a sí mismo. Pero se puso de pie y se dirigió hacia el dormitorio principal.

Lizzie estaba preparándose para ir a la cama cuando la puerta se abrió e Ilios entró en la habitación.

—Esta noche he pensado en acostarme pronto también —le dijo antes de desaparecer en el vestidor.

Tumbada bajo las sábanas, con una mezcla de incertidumbre y emoción, Lizzie trató de respirar con normalidad y relajarse, diciéndose a sí misma que Ilios probablemente no había querido decir nada más que lo que había dicho.

No tenía necesidad de hacer aquello, se dijo Ilios mientras permanecía bajo la ducha. ¿Acaso temía no ser capaz de cumplir lo que había dicho?, le preguntó una voz interior.

¡No! Ilios lo negó. Salió de la ducha y buscó una toalla. Si ella no le hubiera tocado la cara ni le hubiera mirado como lo hizo antes, cuando se vio forzado a fingir una escena de felicidad de recién casados para Tino, entonces no estaría ocurriendo eso. No la desearía como la deseaba en esos momentos, ¿verdad?

Si eso era lo que hacía que sintiera deseo por ella, entonces, ¿qué excusa tenía para explicar que la deseara del mismo modo todas las noches?

Se trataba de sexo. Eso era todo. Sexo.

Se puso la toalla. Todavía tenía tiempo para detener aquello, tiempo para salir de allí y utilizar su fuerza de voluntad para silenciar la voz de su interior.

Tal vez todavía hubiera tiempo, pero, ¿y el deseo?

Cuando abrió la puerta del dormitorio, tuvo que reconocer que todo su deseo estaba centrado en Lizzie.

Estaba tumbada en el lado de la cama de Ilios. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—Estoy en tu lado de la cama —le dijo cuando él se acercó—. Me moveré.

—¿Por qué? —le preguntó Ilios con dulzura—. ¿Cuándo vamos a compartir el mismo espacio?

Lizzie sintió que el corazón le daba un vuelco gigantesco, y luego todo su cuerpo se llenó de un placer anticipado que la atravesó como miel derretida.

Aquello no era nada comparado con lo que sintió cuando Ilios se metió en la cama y la atrajo hacia sí. Estaba desnudo, como ella, y la sensación de su piel contra la suya fue como una caricia.

Aquello no debería estar ocurriendo. Y menos ahora, cuando sabía que le amaba. Antes era diferente, pero ahora…Ahora le estaba engañando, tomando de él algo que Ilios no quería darle. La estaba acariciando, deslizando las yemas de los dedos por la sensible piel del interior del brazo, haciéndola estremecerse en respuesta.

Lizzie levantó la mano hacia su hombro con la intención de decirle que debía parar, pero de alguna manera, la sensación de aquella bola firme de músculo bajo su contacto acabó con sus buenas intenciones, bloqueando su fuerza de voluntad para hacer cualquier otra cosa que no fuera dejarse llevar por su propio deseo.

Lizzie cerró los ojos y recorrió la forma de los músculos de su espalda, sus terminaciones nerviosas registraron el placer de cada caricia. ¿Era realmente la piel masculina distinta de la piel femenina, más gruesa, resbaladiza, cálida y sensual? ¿O era sencillamente su propia respuesta al saber que la piel que estaba tocando pertenecía a Ilios lo que la hacía sentirse así?

Mientras la besaba y la abrazaba, el deseo que Ilios sentía hacia ella se desató como lenguas de fuego hasta que le llenó el corazón y las venas.

El suave peso de su seno, que tenía cubierto con la mano, encajaba perfectamente en ella, como si hubiera sido creado sólo para sus caricias y la erótica sensibilidad de su pezón sólo respondiera a su contacto. Lizzie se arqueó, invitándolo a poseerla.

¿Cómo era posible que un contacto tan delicado tuviera el poder de acabar con la resistencia de toda una vida? ¿Cómo era posible que pareciera ofrecerle refugio y confort? ¿Cómo podía tener el poder de hacerle pasar de ser un hombre cuyas emociones eran su enemigo a ser un hombre que anhelaba…?

¿Un hombre que anhelaba qué?

Ilios se revolvió incómodo contra sus propios pensamientos, contra su propia debilidad por permitirse aquel deseo desconocido de entregarle su esencia a otro ser humano. Agarró el rostro de Lizzie para poder besárselo. Besarla y sentir su respuesta restableció su papel dominante. Suya era la responsabilidad de los dos, se advirtió Ilios Una responsabilidad que ya había descuidado en una ocasión.

Lizzie exhaló un suspiro de placer bajo los besos de Ilios. Resultaba imposible no permitir que su mano siguiera su propia inclinación y recorriera su cuerpo, pasara por la masculina curva de sus caderas y fuera a detenerse en la base de su espina dorsal. La presión de la boca de Ilios sobre la suya aumentó cuando él la abrazó con más fuerza y ella rodó bajo su cuerpo. Lizzie abrió la boca con ansia, acariciándole la lengua con la suya, recorriendo con las yemas de los dedos el final de su espalda.

¿Era el amor que sentía por Ilios lo que provocaba que la intimidad que estaban compartiendo resultara tan intensa?, se preguntó emocionada. Debía ser; no cabía ninguna otra explicación para ello.

Gimió suavemente de placer cuando Ilios se colocó encima de ella, respondiendo a la presión de su creciente deseo. El placer de sus manos recorriéndole los muslos y de sus labios saboreando su sexo acabaron con su capacidad de hacer otra cosa que no fuera entregarse a él mientras se deslizaba por su cuerpo. Su piel brillaba bajo la luz de la luna. Lizzie extendió la mano y agarró su sexo.

Lo que había sido un placer se convirtió ahora en una urgencia, en un impulso primitivo capaz de derribar todos los obstáculos.

¿Cómo era posible que el contacto de otro ser humano resultara tan intenso que invadiera cada parte de su cuerpo?, se preguntó Ilios. Deseaba que Lizzie siguiera acariciándole así eternamente. Quería que recorriera cada centímetro de su cuerpo. Quería que...

Como si un claro se hubiera abierto de pronto en un paisaje nublado, los pensamientos de Ilios se detuvieron cuando se dio cuenta del peligro al que se estaba enfrentando. No podía permitirse sentir algo así. Iba contra todo lo que planeado. No debía suceder. Tenía que destruirlo.

Se forzó bruscamente a soltar a Lizzie, apartándose de ella, dejándola sin una mirada y sin una palabra de explicación.

Ilios se había ido. Estaba sola en la misma cama que hacía unos instantes era un lugar maravilloso de intimidad y deseo compartido, pero que ahora no suponía más que un escenario de cruda realidad y vacío.

Acurrucada para protegerse del dolor, Lizzie apretó las mandíbulas

para defenderse del grito de agonía y desesperación que le quemaba la garganta.

¿Qué había esperado? ¿Que sucediera lo imposible e Ilios le declarara su amor? Tenía veintisiete años, no diecisiete, y lo que le había sucedido a su hermana pequeña le había enseñado lo que podía pasarle a una mujer cuando era lo suficientemente estúpida como para creer que el amor hacia un hombre tenía la facultad de cambiarle.

Ilios no la amaba. Lo había dejado claro en el modo en que se había apartado de ella, rechazándola con aquella mirada de furibunda desconfianza que le había dicho con más claridad que cualquier palabra que no sólo no la amaba, sino que desearía con todo su alma que ella no estuviera allí.

Capítulo 15

LIZZIE contuvo un bostezo culpable. Temía quedarse dormida literalmente durante la cena si no andaba con cuidado. Ahora lamentaba haber dicho durante la recepción de la semana anterior que era una buena idea cuando Ariadne Constantin le sugirió que fueran a cenar los cuatro juntos a un restaurante que acababan de inaugurar. Sobre todo teniendo en cuenta la distancia que Ilios había puesto deliberadamente entre ellos. Apenas la miraba ya, ni mucho menos le hablaba ni la tocaba. No hubo más invitaciones para que la acompañara a visitar lugares durante el día, ni tampoco le habló de más aspectos de su vida ni de sus planes.

Era como si odiara tenerla allí, reconoció Lizzie con tristeza, y como si lamentara amargamente haber tenido que casarse con ella, aunque hubiera sido decisión de él.

La comida, una fusión de comida australiana y griega, resultó deliciosa, y las salsas ligeras que acompañaban la carne y el pescado eran deliciosamente tentadoras. Pero Lizzie no tenía apetito. ¿Sería el cansancio que sentía constantemente un síntoma de lo triste que se sentía? ¿Por eso estaba deseando cerrar los ojos y bloquear la realidad?

Con sólo recordar la frialdad de su voz y el modo como la había rechazado, sentía cómo se le formaba de nuevo un nudo en la garganta, y le picaban los ojos con un irresistible deseo de l orar. Su reacción parecía más bien la de una adolescente presa de las hormonas que la de una mujer adulta.

Lizzie observó con envidia cómo Ariadne y su marido se levantaban para bailar en la pequeña pista de baile del restaurante. Estar entre los brazos del hombre al que una amaba en una discreta demostración pública de amor debía de ser el cielo. Todo su cuerpo tembló ante la intensidad de sus emociones.

Los Constantin regresaron a la mesa. Stavros Constantin pidió más vino. Lizzie negó con la cabeza cuando el camarero se acercó a llenarle la copa. No había vuelto a probar el alcohol desde la noche en que bebió champán e Ilios y ella hicieron el amor. Mejor dicho, mantuvieron relaciones sexuales, se corrigió. Porque eso fue todo. Sexo. Deseo. Debía recordarlo. No iba a arriesgarse bajo ningún concepto a beber ahora. En su estado de vulnerabilidad emocional, no había forma de saber lo que se le ocurriría hacer, o hasta qué punto sería capaz de humil arse cuando se quedaran solos

Los otros tres bebieron vino, y luego Ariadne se puso de pie,

preguntándole a Lizzie si quería ir también al lavabo. Lizzie asintió con la cabeza y se levantó a su vez. Cualquier cosas sería mejor que tener que estar sentada al lado de Ilios sabiendo lo mucho que deseaba librarse de ella.

Una vez en el cuarto de baño, Lizzie volvió a sentir el cansancio que amenazaba con apoderarse de ella y que la obligó a contener otro bostezo. Se disculpó ante Ariadne, confiando en que la otra mujer no la considerara una maleducada.

—No te preocupes —le dijo Ariadne—. Lo comprendo. Yo me sentía exactamente igual cuando estaba embarazada de nuestro primer hijo. Esperaba sentir náuseas matinales, pero lo que estaba era muerta de sueño.

Embarazada. El cuarto de baño dio vueltas a su alrededor, y Lizzie tuvo que agarrarse al lavabo. Ariadne acudió en su ayuda, visiblemente preocupada.

—Estoy bien —la tranquilizó Lizzie—. Es que no se me había ocurrido pensar que...

Se detuvo bruscamente, pero estaba claro que Ariadne había adivinado la verdad porque se llevó un dedo a los labios y exclamó: —¡Oh! No te habías dado cuenta de que podías estar embarazada, y yo he sido la primera en saberlo cuando debió haber sido Ilios. No te preocupes, no diré una palabra, ni siquiera a Stavros.

Ariadne le apretó el brazo en gesto tranquilizador y le dijo: —Si quieres puedo darte el nombre de un ginecólogo. Es muy bueno.

—Eso es muy amable por tu parte, pero... pero en realidad no creo que esté embarazada —tartamudeó Lizzie.

Estaba todavía en estado de shock, luchando por aceptar la realidad de la situación, sin saber si reír o l orar de desesperación y de alegría. Esperaba con toda su alma que el hombre al que amaba reaccionara con amor y orgullo ante la noticia del hijo que habían concebido juntos. Pero, ¿cómo iba a ser así si Ilios no la amaba?

Embarazada. Estaba embarazada. Ahora le resultaba tan obvio que no podía creer que no se hubiera dado cuenta por sí misma. ¿Qué iba a hacer? Ilios tenía derecho a saberlo, por supuesto. ¿Qué diría? ¿Qué haría? Quería hijos. El hecho de saber que ella estaba esperando un hijo suyo, ¿suavizaría su corazón hacia ella o lo endurecería? Lizzie deseó saberlo. Pero si Ilios los rechazaba a ella y a su hijo, al menos el bebé tendría una familia en Inglaterra que le querría. Un poderoso y maternal impulso de proteger a su hijo no nacido se apoderó de ella. Tal vez Ilios no quisiera al hijo que habían concebido juntos, pero ella lo querría el doble, por sí mismo y por ser de Ilios.

Una vez de nuevo en la mesa, Lizzie volvió a bostezar. Al otro

extremo, Ariadne le sonrió con complicidad y le dijo a su marido: —Lizzie está cansada. No está acostumbrada a nuestro hábito de cenar tarde, supongo. Ilios, debes llevarla a casa y cuidar de ella.

Lizzie se puso tensa, horrorizada al pensar que Ariadne pudiera anunciar que estaba embarazada a pesar de su promesa. Pero para su alivio, la otra mujer dijo que ellos tampoco querían retirarse muy tarde porque su madre se había quedado al cuidado de los niños. Salieron del restaurante juntos y se despidieron con besos y abrazos en la cal e, al lado de los coches. El abrazo que Ariadne le dio a Lizzie fue especialmente cariñoso.

Recostada contra el cómodo apoyo del asiento del copiloto del coche de Ilios camino del apartamento, Lizzie cerró los ojos. Sus pensamientos se llenaron de pánico y desesperación. Estaba embarazada. Estaba esperando un hijo de Ilios.

A pesar de la confusión de su cabeza, en algún lugar de su interior había un lago de calma y de felicidad al saber que esperaba el mayor regalo que podía darle la vida: un hijo del hombre al que amaba.

Capítulo 16

LIZZIE le dirigió una débil sonrisa a María cuando entraron juntas en el ascensor.

Había transcurrido una semana desde que se dio cuenta de que estaba embarazada y todavía no se lo había contado a Ilios. Aunque tampoco había tenido oportunidad de hacerlo, porque él la había evitado todo lo que había podido. Lizzie lamentó no ser más valiente, no tener el valor de enfrentarse a él y decirle que podía tratarla a ella como quisiera, pero que su hijo tenía derecho a su amor.

Había salido a dar una vuelta para tratar de aclarar sus pensamientos. Ilios estaba tan frío con ella, que sabía que no tenía sentido esperar que algún día correspondiera a su amor. El ascensor subió en silencio. Sumida en la desesperación de sus propios pensamientos, a Lizzie se le olvidó darse la vuelta y mantenerse de espalda a la pared de cristal y al vacío que quedaba abajo, una visión que siempre le ponía nerviosa. Sufría miedo a las alturas desde que era capaz de recordar, y el movimiento del ascensor y su estructura de cristal sólo servían para empeorarlo.

Se sintió mareada y perdió el equilibrio. El ascensor se había detenido, pero ella tenía demasiadas náuseas como para moverse.

María asumió el control, la agarró del brazo y la sujetó mientras la guiaba con firmeza fuera del ascensor en dirección al apartamento. Lizzie se sentía demasiado mal como para hacer otra cosa que no fuera permitir que María la llevara. Un sudor frío le perlaba la frente y tenía el estómago del revés.

Cuando María la dejó para cerrar la puerta, Lizzie cayó al suelo redonda.

Cuando volvió en sí, María estaba arrodillada en el suelo a su lado con rostro sonrojado por la alegría mientras le daba palmaditas maternales en la mano y le aseguraba:

—No se preocupe. Es el bebé que le ha hecho Ilios lo que ha provocado que se desmaye. Va a ser un niño muy grande. Ya está provocándole problemas a mamá. Quédese aquí. Yo telefonearé a Ilios y le diré que avise al médico.

—¡No! —protestó Lizzie horrorizada—. No, María, por favor —le suplicó.

No era sí como deseaba que Ilios se enterara de que iba a ser padre.

—No hay necesidad. Me encuentro perfectamente.

Pero no sirvió de nada. María ya tenía el teléfono en la mano y

estaba hablando a toda velocidad en griego.

Lizzie se puso de pie con sumo cuidado y se dirigió hacia el salón. Allí tomó asiento en uno de los sofás. Todavía se sentía mareada, pero lo cierto era que tampoco había desayunado nada. Había pensado comer algo cuando estuviera fuera, pero no lo había hecho, y ahora sospechaba que el bebé estaba expresando su descontento. Una sonrisa se le asomó a la boca al recordar lo firme que había sido con Ruby para que comiera adecuadamente cuando estaba embarazada de los gemelos.

Ahora podía escuchar con claridad la voz de Ilios en el pasillo mientras hablaba con María en griego. El corazón le dio un vuelco. La situación se le había ido de las manos y no había vuelta atrás. Gracias a María, Ilios ahora sabría que iba a ser padre. ¿Qué iba a decir? ¿Qué haría?

La puerta se abrió y él entró en el salón, dirigiéndose a grandes zancadas hacia donde estaba Lizzie. No llevaba chaqueta, y la camisa le enfatizaba la poderosa anchura de los hombros, unos hombros en los que una mujer podría apoyarse, siempre y cuando esa mujer no fuera ella.

—María dice que te has desmayado.

La voz de Ilios resultó áspera. ¿Estaba enfadado? Lizzie luchó contra el regreso de las náuseas. Gal etas de jengibre, eso era lo que necesitaba. Recordó que a Ruby le habían servido.

—¿Es cierto que viene un hijo en camino? —preguntó Ilios con seriedad.

Lizzie no fue capaz de hablar. Sólo pudo asentir con la cabeza, imaginando lo mal recibida que sería su confirmación.

La furia se apoderó de Ilios. Una furia salvaje y ciega que hizo explosión en su interior como una bola de fuego, devorando la razón, la humanidad y la compasión. Aquello era lo último que deseaba en el mundo, verse atado a alguien. Y menos a aquella mujer que había estado tratando de alejar de sus pensamientos, sus deseos y sus emociones. Atado nada menos que por un niño, una vida humana que los uniría a los tres con unos lazos que nadie tendría el poder de destruir. Ilios deseó apretar los puños y gritarles a los dioses para negar aquello. No lo deseaba y nunca lo desearía.

—Lo has hecho adrede, aunque sabías que yo no quería —acusó a Lizzie, olvidando porque le convenía que él también había jugado un papel importante en la concepción de ese hijo—. Sin duda esperabas obligarme a aceptaros al niño y a ti. Supongo que para ti este niño es un salvoconducto para vivir cómodamente el resto de tu vida.

Lizzie se sintió enferma de dolor.

-¡No! —le dijo—. No fue eso lo que pensé.

-¿No?—la retó Ilios—. ¿Crees que soy tan estúpido como para no ver ahora lo que buscabas cuando me dijiste que me deseabas? Lo que realmente querías era lo que ahora llevas en tu vientre. Mi hijo... nacido dentro de un matrimonio legal. Un hijo del que no puedo renegar. Un hijo que podrá reclamarme dinero durante toda su vida.

-Eso no es cierto —se defendió Lizzie.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? —Ilios le dirigió una mirada de amargo desprecio—. Bien, pues yo rechazo tu plan y rechazo a tu hijo. Ni él ni tú significáis nada para mí. Menos que nada.

Las crueles palabras de Ilios habían caído sobre ella como golpes. Unos golpes que no podía soportar que su hijo sufriera.

Se puso de pie a pesar de que se sentía muy débil y se dirigió hacia la puerta.

Cuando llegó a ella, se dio la vuelta y le dijo a Ilios con orgullo: Tal vez tu hijo sea menos que nada para ti Ilios, pero para mí es lo más preciado de la vida. Tienes razón. Confiaba en tener una vida segura cuando te dije que te deseaba, aunque en ese momento no me diera cuenta. Pero la vida de seguridad que quería no dependía de tu dinero, sino de tu amor. Quería que me entregaras tu amor a cambio del mío. Ahora que has dejado claro que eso no podrá suceder jamás, saldré de tu vida... para siempre.

—Bien —le contestó Ilios con frialdad—. Cuanto antes, mejor.

Capítulo 17

ILIOS se había marchado. Lizzie no sabía dónde. No iba a l orar. ¿Qué sentido tendría? Lo que hizo fue hacer todo lo necesario. Reservó una plaza en el primer vuelo disponible e hizo la maleta. No iba a llevarse nada que hubiera conseguido a través de Ilios... excepto por supuesto, su hijo. Pero él no quería aquel hijo. Había renegado de él, había hablado de él con desprecio y crueldad.

Al final estaba l orando. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas sin que pudiera detenerlas. Se las secó cuidadosamente con un pañuelo de papel.

Había hecho todo lo que había que hacer, incluido llamar a un taxi.

Sonó el intercomunicador.

Había llegado el momento de irse.

Dejó el pañuelo de papel al lado de la libreta que había junto al teléfono, donde había anotado el número de vuelo, y se dirigió a la puerta.

***

¿Se habría marchado ya? Ilios esperaba que sí, se dijo cuando abrió la puerta de su apartamento y entró. Pero no fue una sensación de placer ni de alivio lo que se apoderó de él y retorció sus emociones con dolorosa y cruel intensidad cuando entró en el dormitorio principal. La única prueba de que Lizzie había estado alguna vez allí era el sutil eco de su aroma. En la mesil a del lado de la cama de Ilios estaba el anillo de compromiso de Lizzie y el de casada. Los recogió. Lizzie tenía dedos delicados y manos elegantes. Sintió el calor de los anillos. Los apretó entre los dedos. El calor de Lizzie. En su cabeza se coló la imagen de las manos de Lizzie sosteniendo a su hijo, su rostro mirándole, sus ojos llenos de amor.

Una nueva oleada de ira se apoderó de él. Guardó malhumorado los anillos en el bolsillo. ¿Qué le estaba pasando? Se estaba comportando como un.. como un estúpido enamorado. El había querido que se fuera. La había obligado a irse. La obligó a pesar de ver el mal aspecto que tenía. ¿Y si volvía a desmayarse?

Bueno, en caso de que así fuera, ¿qué más le daba a él?

Entró en el vestidor y se quitó la chaqueta. Un trozo de encaje pillado en la puerta cerrada del armario de Lizzie captó su atención. Estaba claro que se había dejado algo al hacer el equipaje. Abrió la puerta y una oleada de furia lo atravesó al ver toda la ropa colgando. La ropa que él le había comprado. ¿Qué estaba intentando demostrar?

¿De verdad pensaba que le impresionaría que la hubiera dejado allí? Bien, pues no era así. Lo cierto era que hubiera preferido mil veces que se la llevara. ¿Por qué? ¿Por miedo a que le recordara a ella y pudiera empezar a arrepentirse de lo que había hecho?

Por supuesto que no. Aquello era una tontería, ¿verdad? ¿No la estaba echando ya de menos? ¿No lamentó su crueldad hacia ella desde el instante en que salió del apartamento? ¿Acaso el hecho de que ahora estuviera recorriendo arriba y abajo la estancia sin poder trabajar, sin poder dejar de pensar en ella, no le decía algo respecto a sus sentimientos? ¿Respecto a ella… a Lizzie?

Lizzie.

Ilios se dejó caer pesadamente en la sil a que había al lado del teléfono, hundiendo la cabeza entre las manos en señal de derrota.

Solo en aquel lugar silencioso que, a pesar de todos sus intentos para evitarlo, estaba lleno de recuerdos de la presencia de Lizzie, Ilios miró hacia el teléfono. Su cuerpo se puso tenso al ver el trozo de papel en el que ella había apuntado su número de vuelo y la hora de salida. Una hora más y habría desaparecido de su vida. Había un pañuelo de papel al lado del teléfono manchado de rímel. ¿Había l orado? ¿Por él? El repentino sonido del teléfono le llenó de esperanza. Tenía que tratarse de Lizzie.

Levantó al auricular con el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Lizzie?

Se sintió invadido por la desilusión cuando se dio cuenta de que quien l amaba era un mero conocido. Cuando se hubo librado de él, Ilios volvió a colgar el teléfono y se quedó quieto, mirando al infinito mientras el corazón le latía como un martillo para lanzarle el mensaje que tanto había tratado de negar.

El dolor le atravesó, rompiéndole el corazón y llenándole de angustia.

Amaba a Lizzie. La amaba y la había perdido. Nada era lo mismo en su vida y nada podría serlo. La ira que sentía, la furia, la firme determinación de destrozar lo que había echado raíces en su corazón no eran propias de un hombre valiente, sino de un cobarde. No era el amor que sentía por Lizzie lo que amenazaba su futuro, sino sus intentos de destruirlo.

Como si la luz hubiera reemplazado a la oscuridad, Ilios podía ver ahora, cuando ya era demasiado tarde, lo vacía que había estado su vida, y lo vacía que seguiría estando sin ella. En el corto espacio de tiempo en que habían estado juntos, Lizzie le había cambiado por completo en tantos aspectos, que sentía que todavía no conocía a la persona en la que se había convertido.

Necesitaba que ella le ayudara a hacer eso. Le había enseñado muchas cosas, pero todavía le quedaba mucho por aprender.

¿Cómo iba a enseñarles él solo a sus hijos a convertirse en los hombres que ahora sabía que quería que fueran? No podría. Esos hijos necesitaban a Lizzie, igual que él. Todos necesitaban su amor.

Cuando pensó en los hijos que tenía pensado tener y en el modo en que había planeado su concepción, los visualizó dentro de su cabeza viviendo entre sombras, privados de la felicidad que hubieran conocido si Lizzie hubiera sido su madre. Quería detener el tiempo y regresar al momento en el que todavía la estrechaba entre sus brazos. Podría entonces escuchar lo que su corazón había estado intentando decirle en lugar de negarlo con tanta firmeza. Podría haberle dicho a Lizzie que no era nadie sin ella, y podría haberle suplicado que lo amara. Ahora era demasiado tarde.

Demasiado tarde. Ilios se vio a sí mismo cuando era un niño pequeño y estaba en el muelle con Tino y su abuelo viendo cómo su madre y su nuevo marido subían a un velero. Su madre le había abierto los brazos para que se refugiara en ellos. Él deseaba desesperadamente hacerlo, recordó, pero sabía que su abuelo reprobaba el hecho de que se hubiera vuelto a casar.

—El niño de mamá, el niño de mamá —se había burlado Tino.

Así que vaciló, y entonces tuvo que ver cómo la sonrisa de su madre desaparecía y era reemplazada por frialdad mientras se apartaba de él.

Aquella fue la última vez que la vio. Un mes más tarde, se ahogó.

Si hubiera saltado, si hubiera corrido el riesgo, si hubiera confiado en que el amor de su madre le mantendría a salvo, su vida habría podido ser muy diferente.

Demasiado tarde.

Ilios sacó su teléfono móvil. Nunca era demasiado tarde para un hombre valiente. Sólo tendría que ir más lejos para conseguir lo que más quería.

Capítulo 18

ESTABAN embarcando su vuelo, pero Lizzie había sentido unas náuseas repentinas y se había visto obligada a salir a toda prisa hacia el baño de señoras, donde todavía estaba, rezando para que las molestias pasaran.

No les había enviado todavía un mensaje a sus hermanas. Seguía pensando en qué iba a decirles.

Ilios salió del helicóptero en cuanto hubo aterrizado, agachándose para esquivar las aspas todavía en movimiento mientras corría hacia el edificio de la terminal. Había tenido suerte; el servicio de helicópteros que solía utilizar tenía un piloto de guardia.

La puerta del vuelo de Lizzie se había cerrado, pero Ilios no iba a permitir que esa pequeñez le detuviera. Contrataría un jet privado para seguirla hasta Manchester si era necesario.

—Última lamada para el vuelo E20 con destino a Manchester. Pasajera Elizabeth Wareham, por favor diríjase a la puerta número diez.

¿No había embarcado? Ilios miró hacia la sala, que se hallaba completamente vacía. ¿Dónde estaba?

Lizzie agarró el bolso y salió corriendo del baño de señoras. Las náuseas habían remitido por fin, pero si no se daba prisa iba a perder el vuelo.

Habían vuelto a llamarla por megafonía. Por su antiguo apellido, que era el que figuraba en su pasaporte. El apellido al que ahora volvía. Antes le habían parecido sólo unos metros cuando corrió hacia el cuarto de baño, pero ahora le parecían kilómetros. Allí estaba la puerta... e Ilios al lado de ella.

Lizzie se detuvo en seco.

-Necesito hablar contigo —le dijo él.

-Voy a perder el vuelo.

Aspirando con fuerza el aire, Ilios le tendió la mano.

-Por favor, Lizzie.

El a quiso negarse. Tendría que negarse, aunque sólo fuera por el bien del niño.

Pero no fue capaz. Ilios se estaba aprovechando de su vacilación y le dijo a la azafata que no iba a volar, y como sólo tenía equipaje de mano, no había necesidad de retrasar el vuelo para descargar sus maletas.

-Sentémonos —sugirió Ilios—. No deberías estar mucho tiempo de pie, teniendo en cuenta que...

¿Estaba mostrando preocupación por ella? ¿Por ella y por el bebé?

Aquello la hizo sentir tales temblores, que Lizzie admitió que necesitaba sentarse, y se dejó guiar hacia una sil a. Ilios se sentó a su lado.

-Lo que te dije estuvo mal. Muy mal —le dijo Ilios—. Quiero que te quedes. El hecho de que vayas a tener un hijo mío lo cambia todo. Su lugar está aquí en Grecia, conmigo. Y tu lugar está con él. Los dos sois mi responsabilidad. Es mi deber ocuparme de vosotros.

Qué estiradas y torpes sonaban aquellas palabras, pero no conocía otra, manera de decir lo que quería.

—El deber no es un sustituto del amor, Ilios —le aseguró Lizzie—. Y no puedo vivir un matrimonio sin amor. Desear algo que no se puede tener es destructivo. Lo destroza todo. Verse atrapado en un matrimonio no deseado hace que la persona que no ama anhele su libertad, y a partir de ahí crecen el desprecio y la hostilidad. No quiero que nuestro hijo crezca en un ambiente así, dividido entre un padre y una madre que sólo están juntos por él. Supone demasiada carga para un niño. Es mejor que me vaya.

Se detuvo un instante.

—Por favor, no me hagas esto más duro de lo que ya es. Le contaré al niño todo sobre ti, lo especial que eres, lo orgulloso que puede sentirse de ser tu hijo y de que tú seas su padre.

Tuvo que pararse porque la emoción le atenazaba la garganta. Deseaba con todas sus fuerzas tocarle, recorrer el contorno de su rostro y entregarle su amor. Un amor que sabía que él no deseaba.

—Le contaré que tú querías que nos quedáramos contigo y que yo no quise. Y

también le diré lo mucho que te amo, y que no pude soportar la idea de cargarte con ese amor sabiendo que tú no me correspondías. Lo que no puedo prometer es que vaya a decirle que su madre fue tan estúpida como para confundir deseo con amor. Espero que seas feliz, Ilios, y que la vida te envíe a alguien a quien puedas amar de verdad, porque...

—Ya lo ha hecho... pero yo estaba demasiado asustado para aceptarlo, Lizzie.

Ilios le tomó la mano y habló con tono desesperado.

—Te amo. Por favor, dame una segunda oportunidad. Debemos estar juntos...

nuestro hijo tú y yo. Lizzie negó con la cabeza.

—Estás diciendo esto por el bebé. Porque crees que tienes que hacerlo.

Porque...

Ilios la interrumpió.

—Lo estoy diciendo porque es la verdad.

Al mirarla a los ojos, supo que por mucho que tratara de convencerla no iba a creerle. Aspiró con fuerza el aire.

—Lizzie, ¿sabes por qué ocurrió. . esto? —le preguntó, tocándole el vientre, todavía plano.

—Por supuesto. Ocurrió porque te deseaba. Ilios negó con la cabeza.

—No. Sucedió porque yo permití que pasara. Porque secretamente quería que ocurriera, aunque me negué a reconocerlo en su momento. Hubo algo dentro de mí, algo más valiente y fuerte que yo, que supo qué era lo que más necesitaba.

Ilios le estaba sosteniendo la mano con la suya, haciéndola sentirse segura y protegida, haciéndola desear que...

—Te admiro más de lo que nunca creí posible admirar a nadie, hombre o mujer. Te respeto y te valoro como persona, no sólo como la mujer a la que amo. Antes de saber que te amaba supe que quería que fueras la madre de mis hijos. Lo supe la noche que hicimos el amor. Lo supe, por eso decidí ignorar deliberadamente el hecho de que no estuviéramos utilizando ningún método anticonceptivo. Aunque en su momento me negué a reconocerlo, ahora sé que quiero que tengas a mi hijo, Lizzie. Por favor, quédate. Quédate y demostrarte que te amo. Te necesito, Lizzie. Me has cambiado, has hecho que no me reconozca a mí mismo, y necesito que me ayudes a entender a la persona en la que me he convertido. Necesito que me enseñes cómo es el hombre que quieres que sea. Crecí sin saber lo que es el amor. Necesito tu ayuda para conocerlo.

¿Podría creerle? ¿Se atrevería a hacerlo?

Iba a perderla. Ilios podía sentir en el bolsillo el peso del anillo de boda de Lizzie y el del diamante de compromiso. Siguiendo un impulso, hincó una rodilla en el suelo delante de Lizzie y sacó los anillos del bolsillo.

—Por favor, vuelve a ponértelos, Lizzie... por mí, por nuestro hijo y por los otros hijos que quiero que tengamos. Sé mi esposa y mi amor. Te necesito, Lizzie. Te amo.

Lizzie extendió la mano y le acarició el oscuro cabello. Se sentía llena de amor hacia él.

—Renunciaría a cualquier cosa por tu amor, Lizzie, incluso a Villa Manos. Tú me has enseñado que el amor es lo más importante.

—¿Renunciarías a tu herencia? Pero es un legado sagrado.

—No sacrificaría mi amor ni a mis hijos por un puñado de ladrillos y cemento.

Ahora sí le creía. Ahora sabía que la amaba a ella y al hijo que iban a tener.

—Oh, Ilios. .

Él la estrechó entre sus brazos y la besó con una intensidad que hablaba más que cualquier palabra. —No podía dejar que te fueras —le dijo Ilios emocionado—. Mi vida no significa nada si no puedo compartirla contigo, Lizzie.

-A mí me pasa lo mismo —le susurró ella con amor.

-No me mires así —le suplicó Ilios—. Al menos hasta que estemos en casa y pueda demostrarte lo mucho que te deseo.

-En casa. Qué bien suena eso —le dijo Lizzie—. Tú eres nuestra casa, Ilios. La mía y la del bebé. Nada más importa.

La expresión de devoción y amor del rostro de Ilios era todo lo que el enamorado corazón de Lizzie deseaba ver, e incluso más.